

refuerzo del personal y con la oración, para que promovieran sin descanso hasta los últimos confines de la Tierra tan importantes obras de fe y de civilización. La Divina Providencia favoreció hasta con milagros la obra evangelizadora.

* * *

El Cardenal Desprez, Arzobispo de Tolosa, examinando un día el mapa de las regiones boreales y ponderando lo que la Iglesia había hecho por la civilización, lamentaba que los misioneros no hubiesen llegado hasta aquellas latitudes. Impensadamente cayó en sus manos el *Boletín Salesiano*, en su edición francesa, en que se narraba la llegada de los Salesianos a la Patagonia y Tierra del Fuego. No pudo contener su entusiasmo y exclamó:

—¡Bendito sea Dios! Gracias a Don Bosco se cumple la profecía: *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines terrae verba eorum!*

De la Argentina los salesianos enviados todavía por Don Bosco pasaron al Uruguay y a Chile.

* * *

En 1885 le pidieron, formalmente interesando al Papa, escuelas de artes y oficios para la educación del pueblo y formación de obreros, los Gobiernos del Ecuador y Colombia y el Estado de Boston en los Estados Unidos. Sólo pudo alistar y enviar la expedición al Ecuador.

Los Salesianos llegaron a Quito en 28 de enero de 1888, tres días antes de la muerte del Santo. Cuando le leyeron el cable anunciador de la llegada sonrió y bendijo.

En cuanto a Colombia, dio orden a Don Rúa de que la primera próxima fundación fuera para esa cultísima República.

CAPÍTULO XLVIII

Vicariato Apostólico y Prefectura Apostólica

I

En su alocución de despedida a los misioneros había dicho Don Bosco: "Damos principio a una grande obra." Y de esta grande obra la Providencia le concedió ver al menos los principios bien sólidos.

Hombre positivo y práctico, no menos que inspirado, no quería que sus misioneros pasaran por los territorios como meteoros más o menos luminosos, sino que organizaran establemente las Misiones y sus principales centros.

Estaba bien que ante todo los recorrieran, porque así podían ver, calcular y escoger. Cuanto más avanzaban los misioneros, mayor veía la necesidad de imprimir a su acción un carácter normal y duradero.

Para esto era preciso obtener la autonomía jurisdiccional, de modo que los misioneros dependieran no ya de los Ordinarios, sino directamente de la Santa Sede mediante la Sagrada Congregación de Propaganda Fide; sólo así se lograba homogeneidad compacta y orgánica de personal, libertad de movimientos, unidad de miras, facilidad de intercambios y hasta relaciones continuadas y oficiales con los Gobiernos, sin lo cual había poco que esperar. El artículo 67 de la Constitución argentina confiaba al Congreso el cuidado de fomentar la civilización de los salvajes y su conversión al Catolicismo.

Esta disposición había quedado hasta entonces en letra

muerta para los territorios boreales. Don Bosco, pues, le ofrecía una mano al Gobierno para actuar el programa; pero necesitaba poder desplegar todas las energías de una verdadera y propia Misión Apostólica. Por esto, desde 1880 inició resueltamente gestiones encaminadas a obtener de la Santa Sede la erección de un verdadero Vicariato Apostólico para la Patagonia Septentrional y otro para la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego.

Hacia dos años que lo venía preparando, pero sólo en abril de 1880 se decidió a tratarlo con León XIII. Al estudio del asunto dedicó el Papa una comisión de Prelados, entre los cuales el Cardenal Alimonda, miembro de "Propaganda Fide". Con ellos se entrevistó Don Bosco y les presentó un memorial, en el que no faltaba nada: datos geográficos y etnográficos, actividades de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora, programa que se proponían desarrollar, propuesta de erección de un Vicariato Apostólico. El documento fue pronto presentado al Sumo Pontífice. Pero en Roma "las cosas de palacio van despacio".

* * *

Dum Romae consúlitur, en la Patagonia se trabajaba con ardor. El jefe de la Misión, Don José Fagnano, hombre dinámico, emprendedor y de una salud a toda prueba, se lanza a la campaña, explorando activa e inteligentemente hasta las zonas más remotas e inaccesibles; pero reforzando al mismo tiempo su residencia en Patagones, con la erección de una iglesia y dos colegios, uno para cada sexo. También Don Beauvoir y Don Milanese, infatigables operarios evangélicos, se adentraban adondequiera había una colonia de civilizados o una tribu de indios. De éstos estudiaban las costumbres, los idiomas, tanto más difíciles cuanto que carecían de escritura. Sin embargo, el poco de español que a través de los siglos había penetrado en aquellos sitios facilitaba su cometido. Jornadas a caballo, brújula en mano, optimismo en el

alma... Ninguna alabanza humana podría jamás equilibrar el mérito de aquellos preclaros hijos del Oratorio. Las relaciones de diversa índole que continuamente enviaban a Don Bosco facilitaban siempre nuevos datos para sostener la tesis del Vicariato.

Cuando los resultados logrados le parecieron a la Santa Sede suficientes, exigió a Don Bosco formalizar su petición. Él entonces pidió no uno, sino tres Vicariatos, proponiendo como vicarios a los Padres Cagliero, Santiago Costamagna y José Fagnano. Los Cardenales de la comisión decidieron crear sólo circunscripciones apostólicas, Provicariato de la Patagonia Septentrional y Central para el Padre Cagliero y una Prefectura para el Padre Fagnano.

La cualidad de Provicario excluía el carácter episcopal, que sería conferido más tarde. Los Breves de erección llegaron en noviembre.

A la verdad un poquito de contrariedad la experimentó Don Bosco, que prefería que Cagliero volviese a la Argentina decorado con el carácter episcopal. También lo veían así el Cardenal Alimonda y el mismo Papa. Pero había que seguir los trámites legales. De ello se encargó el Cardenal Alimonda, aduciendo tres motivos: el consuelo que se daba a Don Bosco —que se lo merecía todo—, honor a la Sociedad Salesiana, ya tan benemérita de la Iglesia, mayor facilidad y eficacia de ministerio en los elegidos.

Pero la cosa tropezó en el despacho del Cardenal Ferreri, Prefecto de la Sagrada Congregación, empeñado en creer que la Sociedad Salesiana moriría con la muerte del Fundador. Pero el Papa era de otro parecer, y, claro, su parecer pesó también ante el Cardenal Ferreri, y el 9 de octubre, Monseñor Jacobini, Secretario de Propaganda, escribió al Cardenal Alimonda que el Padre Cagliero quedaba nombrado Pro Vicario Apostólico; y añadía en broma: "Creo que con todo habrá que quitar el Pro, pero quiero todavía consultar al Cardenal Prefecto. Entretanto ruego a su Eminencia felicite a Don Bosco por el nuevo y merecido honor que esto supone

para el Oratorio." También el Cardenal Ferrieri quitó el "Pro" y el Padre Cagliari quedó preconizado Obispo, con el título de Mágida. Estábamos ya en 1883.

* * *

Un Obispo salesiano era ciertamente un grande honor para el Oratorio; pero al mismo tiempo era un reconocimiento oficial de la eficacia del sistema educativo de Don Bosco. Sólo un educador como Don Bosco y un método como el suyo podían hacer de aquel diablillo vivaracho e inquieto, exuberante de nervios y de sangre, ajeno a todo yugo, un religioso modelo, un sacerdote ejemplar, y, en aquel ambiente pobrísimo, un tan insigne Prelado como fue el Cardenal Cagliari. Puede imaginarse el efecto que la noticia produjo en el Oratorio.

Don Bosco se propuso dar a la consagración la mayor solemnidad, empalmándola con el primer decenio de la aprobación de las Santas Reglas.

La consagración tuvo lugar el 7 de diciembre, haciéndola el Cardenal Alimonda, siendo Obispos conconsagrantes Monseñor De Macedo Costa, Obispo de Belén del Pará, Brasil, y Monseñor Basilio Neto. Encorvada bajo el peso de sus ochenta y ocho años, se veía absorta en oración la veneranda madre del nuevo Obispo y en la penumbra del presbiterio atrayendo, sin quererlo, las miradas de todos, el amadísimo Don Bosco.

La presencia de un Obispo americano en la solemnidad de la consagración episcopal de Monseñor Cagliari pareció un rasgo amoroso de la Divina Providencia. Terminada la ceremonia, el nuevo Obispo fue a abrazar a su anciana madre; después se lanzó a abrazar a Don Bosco, que le esperaba con el bonete en la mano. Fue una escena que ninguno de los presentes olvidó jamás. El Santo no pudo contener las lágrimas; intentó besar la mano de su querido hijo, pero éste echando los brazos al cuello del que por tantos años le había hecho de padre, lo abrazó amorosamente; y sólo

después de haber dado expansión a su amor filial, Monseñor Cagliari cedió a los deseos del Santo y le permitió que le besase el anillo. Don Bosco fue el primero en estampar sus labios en la sagrada gema, porque Monseñor Cagliari había tenido hasta entonces guardada de propósito la mano entre los pliegues del hábito. Aquel anillo tenía su historia. Habíansele regalado a Don Bosco algunos años antes para el primer Obispo salesiano y él se lo había dado a Cagliari en una cajita cerrada y sellada, con el encargo de abrirla cuando recibiera orden. Ya hemos visto cómo la curiosidad adelantó este momento.

Durante la novena de Navidad Monseñor Cagliari partió para Roma y tuvo el consuelo de oír de labios de León XIII que "la salud de Don Bosco era preciosa para toda la Iglesia".

II

El Vicario Apostólico zarpó de Marsella el 14 de febrero.

Aunque anteriormente ya hemos hecho su presentación, bueno es que el lector sepa algo más del primer misionero salesiano. Bastantes años hacía que Don Bosco sabía que Cagliari debía ser Obispo. Un día del año 1855 estaba Don Bosco sentado a la mesa con un grupo de jovencitos, entre los cuales Cagliari. Hablaban del porvenir, parte en serio y parte en broma. De pronto Don Bosco tomó un aspecto solemne como en ciertas ocasiones importantes y trazando con la mano un círculo en el aire exclamó:

—Uno de vosotros será Obispo.

Los jovencitos se miraron unos a otros llenos de asombro.

En agosto del año anterior (1854) Cagliari había tenido una gravísima enfermedad y estaba moribundo. Como lo hacía con todos en esos trances, fue Don Bosco a prepararlo al gran paso y administrarle los últimos sacramentos. Pero al pasar el umbral del aposento, llamó su atención una pa-

loma revoloteando sobre la cama del niño con un ramo de olivo en el pico, y que dadas dos o tres vueltas, dejó caer el ramito de olivo sobre el niño y desapareció. Aparecieron entonces dos figuras humanas de tipo desconocido, musculosas, inclinadas respetuosamente sobre el niño.

Fue cosa de pocos instantes. Pero a los ojos de Don Bosco se había descubierto el porvenir del enfermito.

Se le acercó.

Se sonrieron mutuamente.

—Don Bosco —dijo el primero el niño—, ¿viene a darme el pasaporte para el Cielo?

—¿Y tú quieres morir o sanar?

—Me parece que estoy preparado. ¿Pues prefiero irme al Cielo!

—No, hijo mío. Ahora curarás... Serás sacerdote... Después..., después, breviario bajo el brazo, crucifijo en la mano, recorrerás muchas tierras... Después... después...

Y por entonces no le dijo más.

El niño se levantó. Al otro día estaba con sus compañeros haciendo la vida común y alborotando los patios.

A su tiempo hizo su profesión religiosa entre los veintidós miembros de la naciente Sociedad Salesiana. Se ordenó de sacerdote...

Una tarde venía Don Bosco de la calle; estaba muy cansado. Cagliero se encontraba al pie de la escalera. Se le acercó y con su habitual hilaridad le dijo:

—Don Bosco, apóyese en mi brazo y vea si soy capaz de ayudarle a subir.

Don Bosco lo hizo. Y al llegar arriba, con rápido movimiento le tomó a Cagliero la mano y se la besó con el mayor respeto.

Protestó éste:

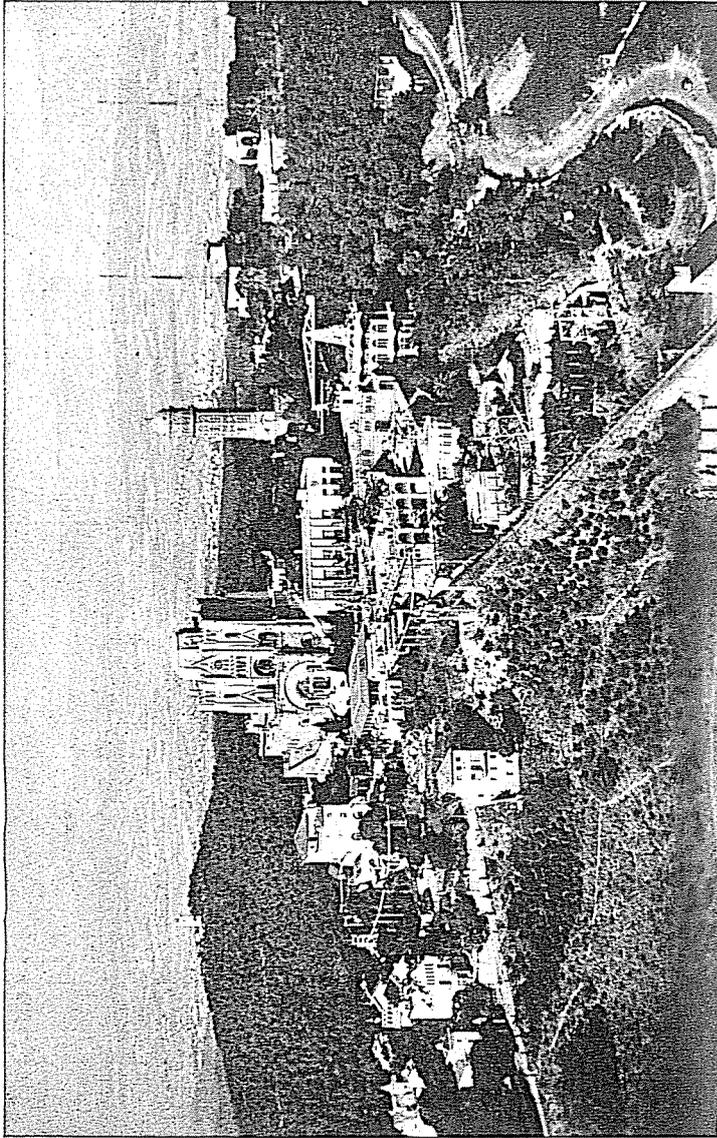
—¿Qué ha querido hacer, Padre? ¿Humillarse o humillarme?

—Ni una cosa ni otra. A su tiempo lo sabrás.

Y cuando se abrieron las primeras Misiones Salesianas,



Grupo tomado en la "Torre Martí-Codolar" de Barcelona-Hortá, durante la estancia del Santo en la Ciudad Condal. De este retrato del Santo dícese que es uno de los más exactos.



Vista aérea de la cumbre del Tibidabo (Barcelona).

Cagliero, por disposición especial de la Divina Providencia, fue nombrado superior de ellas.

No era él el candidato; lo era Don Juan Bonetti. Pero éste enfermó y Don Bosco preguntó a Cagliero si quería sustituirlo y él aceptó generosamente.

Y allá en las tierras Australes de América fundó casas, abrió misiones en las tribus salvajes, misionó muchos años, civilizó a muchas tribus, transformó regiones mediante la agricultura y la religión y fue nombrado Vicario Apostólico y consagrado Obispo...

* * *

Aquella tarde Cagliero consagrado Obispo paseaba con el Padre bajo los pórticos del Oratorio en íntimo coloquio. Hablaban de los grandes problemas de la Congregación y de las Misiones.

Don Bosco se detiene un momento y pregunta al Obispo:

—¿Te acuerdas de tu grave enfermedad cuando el cólera morbo?

—¡Si me acuerdo...! Y usted venía a sacramentarme... Y no me sacramentó. Y me anunció la curación. Y me dijo que después... después, el breviario bajo el brazo... el crucifijo... y después... pero no me dijo ese último después.

—Ahora lo has visto.

Y le contó la visión del año 54.

Quizá podría haberle dicho algo más acerca de ese después. Pero se conmovió y las lágrimas le impidieron seguir.

Monseñor Cagliero le rogó que contara el "sueño" a todos los del Oratorio en las "Buenas noches". Y así lo hizo.

Después Cagliero fue nombrado Arzobispo, y Nuncio Apostólico, y Cardenal. Cuando se abrieron las Misiones de Asia, de la China y de la India, Cagliero estaba en la Sagrada Congregación de Propaganda Fide; cumplió todavía un nuevo encargo que en su lecho de muerte le dio el Padre la víspera de volar al Cielo...

Parece un cuento de hadas... como tantas realidades de la vida de Don Bosco. ¡Cuántas veces en sus conversaciones íntimas el Cardenal nos recordaba estas cosas!

* * *

Llegó a Buenos Aires en un mal momento. Hacía varios meses que la República era combatida por oleadas de anticlericalismo. La prensa atacaba a los religiosos, naturalmente sin perdonar a los Salesianos. Habían roto las relaciones con la Santa Sede y expulsado al Delegado Apostólico. Monseñor Cagliero fue inmediatamente atacado sin compasión apenas hubo desembarcado. Todo hacía temer un fracaso en la erección del Vicariato.

Con tal de plantar sus tiendas en el territorio, Monseñor Cagliero estaba dispuesto a entrar hasta vestido de seglar. Con todo, pidió audiencia al presidente, general Roca, a quien ya conocía, y fue a verlo en compañía del Padre Costamagna, amigo del general desde la campaña militar por las Pampas. Muy serio y con rudeza militar le dijo el Presidente a Monseñor Cagliero apenas le saludó:

—¿No sabe usted que el Papa no tiene derecho de mandar Obispos a la República sin entenderse con el Gobierno?

A la verdad, los trámites se habían observado con el Gobierno anterior. Sonriente y campechano, respondió Monseñor Cagliero:

—Mi general, yo soy Obispo de una ciudad del Asia y vengo a la Argentina para ayudar a mis hermanos en los trabajos de la Patagonia.

¿Cómo se lo diría, que el general desarrugó el ceño y entretuvo a los dos misioneros hablando de la Patagonia, de las Pampas y de todos aquellos territorios? Antes de despedirse, Monseñor le pidió un billetito de presentación para el Gobernador del territorio y se lo dio en términos muy cordiales y de alto aprecio.

Gobernador era el general Winter, protestante, persegui-

dor de Monseñor Fagnano, y que deseaba echar a todos los misioneros. Pero cuando se dio cuenta de las buenas relaciones que mediaban entre el Presidente y el Vicario, se batió estratégicamente en retirada, y prometió cordialmente su apoyo. Y cumplió su palabra. Al fin, militar. Una gran amistad acabó por unirlos.

III

La llegada de Monseñor Cagliero prueba lo que puede la habilidad de un jefe. Aquellos misioneros, ya tan activos y abnegados, sintieron como una inyección potente de nueva vida. Siguiendo las instrucciones y los ejemplos del apóstol, ordenaron y unificaron sus labores, todo se les hacía más fácil; recorrieron los desiertos en busca de indios para ganarlos a la fe y traerlos a la civilización; organizaron la vida parroquial en los centros donde había inmigrados europeos y argentinos y en las colonias mixtas que estaban en vías de desarrollo en las orillas de los ríos Negro y Colorado. Dos "pioneros", Don Savio y Don Beauvoir, bajaron hasta Santa Cruz, sita en la desembocadura del río homónimo, y desde allí corrieron en busca de los pobres indios.

Monseñor estableció su sede en Viedma y en Patagones y se dedicó a despertar la religión y la piedad, cosas que habían olvidado los emigrantes y desconocían los indígenas. Abrió en dondequiera escuelas y Oratorios Festivos, que se vieron inmediatamente poblados. Los niños y las niñas influían sobre las familias. Las Hijas de María Auxiliadora hacían prodigios en sus dos grandes casas y Dios bendecía a manos llenas su celo y abnegación; también ellas tienen sus páginas de oro en la historia de las Misiones. Uno de los compañeros del Vicario escribía de él a su compañero Don Lemoyne, con fecha 14 de mayo de 1886: "Su persona difunde en torno suyo la suavidad y la alegría; y en sus acciones van unidas la sencillez y la prudencia, la dulzura y la

energía de un auténtico primogénito de Don Bosco." En medio de tantos trabajos y tantos viajes, los misioneros hallaban tiempo para escribir a Don Bosco; sabían que le daban un gusto. Sus relatos, que narraban sus peregrinaciones y describían los frutos de su apostolado, fueron lo que más alegró al Padre en sus últimos días y aquello de que más supo él servirse para avivar el fuego sagrado. Cuando murió, la misión patagónica, anhelo de su corazón, estaba tan definitivamente organizada, que podía afrontar todas las tempestades.

* * *

El Santo espoleaba a Monseñor Fagnano para que organizara igualmente su Prefectura. El motivo que más influía en él era el saber que los protestantes empezaban a desarrollar una acción intensísima en aquellos territorios. Pero graves y casi invencibles dificultades se oponían al celo del misionero. Finalmente se presentó un resquicio y fue cuando el Gobierno argentino, deseando contrarrestar la invasión inglesa, decidió sistematizar la administración civil en la parte de la Tierra del Fuego que le pertenecía, y ordenó una expedición militar sobre la costa oriental de "La Isla Grande". Monseñor Fagnano logró hacerse nombrar capellán militar.

La Isla Grande es propiamente la Tierra del Fuego. Campea entre una multitud de islas menores e islotes, desparrramados por todo el sur hasta el Polo. La expedición costó toda la isla en derredor, haciendo desembarcos donde convenía; el misionero bajaba con las tropas, permaneciendo todo el tiempo que podía y encargando tomar datos. En un sitio oportuno el comandante fijó su cuartel general. Allí dio en venir todos los días alguna representación de una tribu importante; parecía que Dios se los enviaba al misionero. Éste reunía dos veces diariamente a los niños y niñas para enseñarles a rezar. Grande fue su pena cuando el 16 de enero de 1888 el jefe de la expedición levantó el campo para

volver a Buenos Aires. En Patagones se separó de sus compañeros de viaje, desembarcando el 25.

Tres ventajas principales había sacado de su expedición: un discreto conocimiento de los lugares, una idea aproximada de las condiciones de aquellos indios y la convicción (por lo que había observado) de que convenía colocar la sede de toda la Misión en Puntarenas, siendo punto central importantísimo de las comunicaciones con Chile, Tierra del Fuego e Islas Malvinas, porque su jurisdicción alcanzaba también la parte chilena del Archipiélago fueguino.

Pasada la fiesta de San Francisco de Sales, se trasladó a Buenos Aires, resuelto a hacerse con todos los elementos necesarios para salir con su empresa. Desde la ciudad le escribía a Don Bosco: "Alégrese, Padre, que uno de sus hijos ha llegado hasta el grado 55º de latitud meridional y ha podido vestir a doscientos indios salvajes, predicar la Religión Católica y bautizar a algunos."

En Viedma no halló a Monseñor Cagliero. Lo halló después en donde y como menos hubiera deseado. El gran misionero había emprendido una gran misión a largo del Río Negro, con ánimo de trasponer las Cordilleras e ir a Concepción de Chile, donde, por encargo de Don Bosco, había fundado una casa, confiando su dirección a uno de sus más activos colaboradores, el Padre Evasio Rabagliati; debía recorrer unos mil quinientos kilómetros. Había ya recorrido mil trescientos, predicando, confesando y bautizando por doquiera; cuando al entrar en unos barrancos rupestres de la cordillera, el caballo se le espantó y encabritó y se puso a correr frenético, sin que las riendas ni el freno lograsen domarlo. El sendero era estrecho y pedregoso; allá abajo bramaba el río. Monseñor Cagliero, aprovechando una vuelta de alguna anchura, tiróse al suelo, muy a tiempo, pues el animal se despeñó y cayó arrollado en las vertiginosas aguas; pero Monseñor quedó ileso: se le desprendieron dos costillas del lado izquierdo, con rupturas musculares y lesiones pulmonares y varias contusiones en la cara y en los brazos. Los compañe-

ros, aterrorizados, lo levantaron sin sentido y lo llevaron a una estancia llamada Malbarco, donde vivía una familia de colonos católicos, los cuales le prodigaron cuantos cuidados pudieron. Ello y la robusta constitución del misionero, y, sin duda, las oraciones del Padre, en diez días le pusieron en disposición de continuar el viaje a la meta prefijada. Tanto Monseñor Fagnano como el Padre Evasio apenas tuvieron noticias del accidente, montaron a caballo y a marchas forzadas se dirigieron a Malbarco. El Padre Evasio todavía lo encontró allí, y lo acompañó, con todas las precauciones, a Concepción. Aquí los alcanzó Monseñor Fagnano. Tan bien le sentó al Obispo la estancia en Chile, que antes de un mes estaba curado, y se dio a recorrer la República ejerciendo el sagrado ministerio. Casi siempre lo acompañó Monseñor Fagnano, que, por otra parte, estaba siempre pensando en sus fueguinos. En Ancud se entrevistó con el Obispo diocesano y le pidió cartas de recomendación para el Gobernador, hombre sumamente hostil a la Religión. Las cartas y las cualidades del Prefecto Apostólico lo amansaron.

Los dos misioneros desembarcaron en Buenos Aires. Monseñor Fagnano, deseoso de adelantar, le pidió refuerzos al Padre Inspector, y recibiendo tres sacerdotes, se hizo inmediatamente a la mar. Bajaron en Puntarenas, que hoy es una ciudad bastante importante, debido en gran parte a los Salesianos que fundaron colegios, escuelas elementales y profesionales, levantaron iglesias, plantaron los primeros cereales y las primeras fábricas de tejas y ladrillos... Desde allí Monseñor Fagnano escribía a su amigo Don Lemoyne: "Estamos a 52 grados y medio de latitud sur; somos materialmente los hijos más lejanos de nuestro Padre Don Bosco; pero tal vez los más cercanos a su corazón."

* * *

Dificultades de toda clase encontró en su Misión; pero nada era capaz de asustarlo ni detenerlo; temple de acero y corazón de apóstol, se crecía ante los peligros y las dificul-

tades. "Yo no puedo estar tranquilo —escribía al Padre Lazero— mientras no tenga todos los medios necesarios para redimir de la esclavitud, de la ignorancia y del vicio, de la miseria y especialmente del demonio a estas pobres almas."

Medio indispensable hubiera sido un vaporcito para recorrer las islas y los ríos. Los protestantes poseían dos, y bien equipados. No pudiendo comprarlo, fletó una goleta de cuarenta toneladas, la bautizó con el nombre de María Auxiliadora y con ella recorría islotes y mares, llevando adondequiera la palabra de Dios y los auxilios materiales que podía. Los indios lo llamaban "*El capitán bueno*", en contraposición a otros capitanes no buenos, que los maltrataban y explotaban.

* * *

Pocos meses antes de su partida para la eternidad, tuvo Don Bosco ocasión de ver un fruto de esta misión en la persona de una niña fueguina que le llevó Monseñor Cagliero y que dio pruebas de una nobleza de sentimientos que honraría a la más delicada de nuestras doncellas europeas.

La historia de las Misiones de Monseñor Fagnano es de las más emocionantes que se pueden leer. El Padre Raúl Entraigas ha escrito su biografía y no desdice de las más interesantes de los más heroicos misioneros de todos los tiempos. Cuando, rendido por la edad, las fatigas y los sufrimientos bajó a la tumba, dejó una red admirable de obras de todas clases: iglesias, hospitales, escuelas, colegios, granjas, observatorios meteorológicos, caminos... encaminando el progreso mismo industrial y el comercio en todas aquellas regiones con una floreciente agricultura y una inmigración europea de primer orden. No buscaba ciertamente esto en primer plano; pero buscando las almas y el reino de Dios, Dios le concedió por añadidura el abrir esas rutas también en lo material.

Con razón en Santiago de Chile el jefe del partido socia-

lista, venciendo la repugnancia de sus colegas, hizo el grande elogio del grande misionero, el 16 de agosto de 1937, con estas palabras: "No se debe olvidar que de los treinta mil habitantes de Magallanes, la antigua Puntarenas, la mitad recibieron instrucción de los Salesianos, quienes, con sus escuelas, talleres y granjas civilizaron esas regiones semi-bárbaras." E invitó a la Cámara a adherirse a los honores tributados a Don Bosco, como lo hicieron.

El humilde y grande misionero provenía, con tantos otros, de aquellas casas para "vocaciones de adultos" que, con el nombre de "Hijos de María", había fundado en buena hora Don Bosco.

CAPÍTULO XLIX

Haz de noticias

La partida de los misioneros despertó en el corazón de Don Bosco el ansia de mayores conquistas, de las que con frecuencia hablaba a sus hijos.

Así, el 3 de febrero, en una conferencia a los salesianos del Oratorio, les decía:

"Deseo exponeros un pensamiento para que todos nos animemos a recorrer generosamente nuestro camino. Si un pobre sacerdote con nada, y con menos que nada, porque ha sido combatido por todos y por todas partes, ha podido llevar las cosas hasta el punto que veis, decidme, ¿qué no esperará el Señor de trescientos individuos sanos, robustos, de buena voluntad, provistos de ciencia y con los medios que poseemos?

El Señor espera de vosotros cosas grandes; yo las veo clara y distintamente por doquiera y podría describirlas una por una, o, por lo menos, indicarlas... Se refieren al estado floreciente de la Congregación cuando yo esté en la eternidad...

Apenas comenzó la Obra de los Oratorios en 1841, pronto algunos piadosos y celosos sacerdotes y seglares vinieron a ayudarme para cultivar la mies, que desde entonces se presentaba copiosa entre los jovencitos abandonados.

Estos colaboradores o cooperadores fueron y serán siempre el sostén de las obras que la Providencia pone en nuestras manos."

Al genio y al corazón del Santo no escapó un problema que en un porvenir inmediato iba a tomar importancia: el de los *emigrantes europeos*.

Una vez establecidos sus misioneros en las Pampas, propuso con mucho interés al ministro de Estado otro proyecto: el establecimiento de una colonia italiana en la Patagonia, que hasta entonces era un vastísimo territorio abandonado, y podía llegar a ser la meta de una importante emigración para los italianos y otros europeos que se dirigían a la América del Sur.

Unía a la proposición una memoria sobre la asistencia prestada por los Salesianos a los italianos emigrados a la Argentina y al Uruguay, y esto por varias razones: para mostrar al Gobierno "que nosotros no hacemos nada en secreto, ni navegamos debajo del agua, sino que exponemos al público todo lo que hacemos"; y para hacer ver cómo se puede conciliar el amor a la Religión con el verdadero amor a la Patria. Y alistó una nueva expedición.

Él en persona acompañó a sus generosos hijos a recibir la bendición del Papa, que había dado cinco mil liras para aquella expedición. No contento con esto, dijo al Cardenal Bilio:

—Si viene Don Bosco, dígame que yo le pagaré los gastos del viaje.

Y dio todavía al Siervo de Dios mil liras en oro.

El Vicario de Jesucristo se presentó al nuevo grupo misionero, acompañado de los eminentísimos Cardenales Asquini, Caterini, Franchi y Di Pietro y de muchos Prelados y Obispos.

—He aquí —dijo en tono paternal—, he aquí un grupo de salesianos que van a América. Dios os bendiga, hijos míos, y la Santa Virgen os proteja...

A estas palabras, los buenos hijos del Oratorio, como arrastrados por un impulso de afecto ardentísimo, se lanzaron hacia el Papa para besarle la mano.

—No, no —exclamó el Papa sonriendo—, *servate ordinem*;

yo daré la vuelta y así cada uno podrá satisfacer su devoción.

Después de pasar sucesivamente por delante de todos y de dirigir a cada uno alguna palabra cuando le daba a besar la mano, recomendó a varios que tuviesen cuidado de los emigrados italianos y de sus hijos. Luego se reunió con los Cardenales y pronunció unas afectuosas palabras de despedida, bendiciéndolos y exhortándolos a corresponder a los cuidados amorosos de la Providencia.

* * *

Dios protegía visiblemente la Obra Salesiana, mostrando su agrado especialmente por la nueva expedición de misioneros. "Dios nos ayuda —escribía Don Bosco el 16 de noviembre— y las cosas proceden de modo que los profanos dirían que en ello hay algo de fabuloso; pero nosotros decimos que es un prodigio... Escuchad esta historia interesante: Seis sacerdotes van a América; otros seis entran en la Congregación. Siete clérigos van con aquéllos y siete clérigos piden ser admitidos, y lo son. Doce coadjutores deben ir a América, a Albano y a la Trinidad; doce nuevos coadjutores, por demás celosos, solicitan ser admitidos entre nosotros. Ved cómo guía Dios nuestros asuntos."

La obra de los Cooperadores, como también la de María Auxiliadora, florecía. Por eso sentíase muy obligado a expresar al Señor las más vivas demostraciones de gratitud.

En septiembre de aquel año, durante la segunda tanda de Ejercicios Espirituales, tuvo un sueño variado y largo, en el cual el personaje que ordinariamente se le ponía al lado en tales visiones, le dijo:

—Ven y te haré ver el triunfo de la Congregación de San Francisco de Sales. Sube a esta roca y verás.

"Era un peñasco en medio de una llanura desierta. Me puse encima. ¡Oh, qué vista tan inmensa se presentó a mis ojos! Aquel campo, que nunca lo hubiera imaginado tan grande, me pareció que ocupaba toda la tierra. Estaban allí reunidos hombres de todos los colores, con vestidos

de todas clases, de todas las naciones. Vi tanta gente, que no sé si podía haber tanta en el mundo. Comencé a observar a los primeros que se presentaron a nuestros ojos. Estaban vestidos como nosotros los italianos. Conocí a los de la primera fila y había entre ellos salesianos que conducían como por la mano a grupos de niños y de niñas. Después venían otros con otros grupos; detrás, otros y otros, que ya no conocí ni podía distinguir, pero su número era incontable. Hacia el mediodía aparecieron ante mis ojos los sicilianos, africanos y una muchedumbre de gente, del todo nueva para mí. Siempre iban conducidos por salesianos, de los cuales sólo me eran conocidos los de las primeras filas, y ninguno más.

—Da la vuelta —me dijo el desconocido.

Y he aquí que se me presentaron otros pueblos innumerables, vestidos de modo distinto de nosotros; usaban pieles, especie de mantos que parecían de terciopelo, y muchos, de varios colores. Hízome volver hacia los cuatro puntos cardinales. Entre otras cosas, vi en el Oriente mujeres con pies tan pequeños que apenas podían mantenerse derechas, y casi no podían caminar. Lo singular era que en todas partes veía salesianos, que conducían grupos de muchachos y de muchachas, y junto a ellos, una multitud inmensa. Siempre recordaba a los de las primeras filas, después, marchando adelante, ya no conocía a nadie; ni tampoco a los misioneros.

Entonces mi interlocutor tomó de nuevo la palabra y añadió:

—Mira y considera; tú no comprenderás ahora lo que te voy a decir; pero está atento: todo esto que has visto es la mies preparada para los Salesianos. ¿Ves qué inmensa es la mies? Este campo en que te encuentras es el lugar en que tus hijos deben trabajar. Los salesianos que ves son los trabajadores de la viña del Señor. Muchos trabajan y no te son conocidos. El horizonte se ensancha a ojos vistas con gente que tú no conoces todavía; y esto quiere decir que, no sólo en este siglo, sino en el otro y en los siglos futuros, los Salesianos trabajarán en su propio campo. Pero, ¿sabes con qué condición se podrá llevar a la práctica eso que ves? Yo te lo indicaré. Mira: es necesario que hagas imprimir estas palabras, que serán como vuestro lema, vuestro santo y seña, vuestro distintivo. Anótalas bien: **EL TRABAJO Y LA TEMPLANZA HARÁN FLORECER LA CONGREGACIÓN SALESIANA**. Explicarás, insistirás, harás imprimir un manual donde se expliquen y se haga entender bien que **EL TRABAJO Y LA TEMPLANZA** es la herencia que dejás a la Congregación y lo que será también su gloria..."

En 1878 los protestantes abrieron junto al Santuario de María Auxiliadora una escuela gratuita. Don Bosco abrió otra en el Oratorio con el intento de ganarles el mayor nú-

mero posible de niños. Los protestantes tenían y daban dinero a montones, mientras que él, viviendo de caridad, se limitaba a algún regalo a los que frecuentaban el Oratorio Festivo. Pero los jóvenes internos rezaban y hacían frecuentes comuniones según su intención. La lucha duró un año hasta que, en los primeros días del mes de María Auxiliadora, los alumnos de las escuelas protestantes se pasaron todos a las escuelas de Don Bosco, obligando a los protestantes a retirarse por falta de alumnos.

CAPÍTULO L

La iglesia de San Juan Evangelista

Turín es la ciudad de los "viales", que son avenidas anchas con cuatro espléndidas filas de árboles. En esto se adelantó a casi todas las demás ciudades como previniendo las necesidades del intensísimo tránsito moderno. Uno de estos era el del "Rey", cerca de la estación central del ferrocarril, llamada de "Porta Nuova". Entonces estaba formándose aún ese barrio suntuoso que presagiaba un espléndido porvenir. A la sombra de sus plátanos ya se iban alineando suntuosas casas de comercio. Se imponía una iglesia, una hermosa iglesia, tanto más que los protestantes estaban tomando posesión de él y habían construido un templo, tenían escuelas femeninas, dispensarios y una diaconía. Y estaban en camino de hacerse dueños absolutos del barrio.

Don Bosco no podía desinteresarse de él, tanto más cuanto que por las cercanías estaba su Oratorio Festivo de San Luis. La idea de oponer templo a templo había surgido en su mente desde el año 1869; pero numerosas circunstancias le impidieron la realización.

No pudiendo adquirir una faja de terreno por ser protestantes los propietarios y porque los poderes públicos pusieron impedimentos, trató de hacer declarar de necesidad pública la construcción; pero tampoco lo logró. Acudió al Ministerio; mas éste no accedió. Elevó un memorial al Consejo de Estado y su memorial pasó a los archivos. Era una verdadera obstrucción y una conjura organizada. Entretanto

el barrio se poblaba y los protestantes se afirmaban, con grande pena de los católicos. Al ir a Roma en 1876 quiso a todo trance descubrir el paradero de su memorial y se le dijo que en los traslados se había perdido. Mas él comprendió que lo que se quería era cansar su paciencia y hacerle desistir. Pero aún no había nacido quien hiciera perder a Don Bosco la paciencia, cuando andaban de por medio la gloria de Dios y la salvación de las almas. Al fin dio con sus papeles y los presentó personalmente. El Consejo nombró una comisión para estudiarlos. También logró averiguar quiénes eran sus miembros, y fue a visitarlos uno a uno. Y los persuadió. De la discusión, pues, salió la declaración de la necesidad urgente de levantar en el barrio de Porta Nuova un templo católico, porque así lo demandaba la población, católica en su casi totalidad.

Se dio la oportuna ley de expropiación y Don Bosco compró el terreno, mandó hacer los planos y los presentó a la aprobación eclesiástica. Pero entonces le faltaban... los medios. Una idea brilló en su mente. La tomó al vuelo. Pío IX había dejado en el mundo entero una corriente de simpatía. Pues el templo sería un monumento a la memoria del gran Pontífice.

Difundió por medio de la prensa la feliz idea. Y las limosnas comenzaron a llover; y no sólo de Italia.

* * *

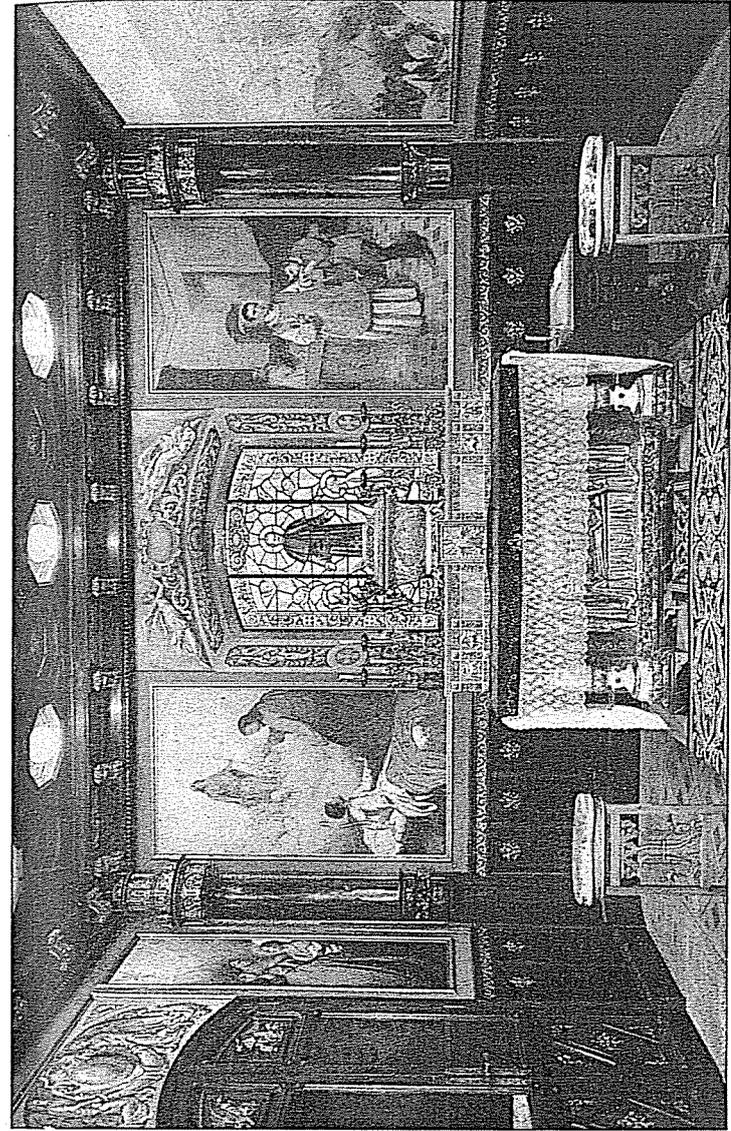
5. Pero entonces surgieron otras dificultades, y de donde menos se esperaba y como menos se podía esperar. No muy lejos de aquel barrio se estaba fabricando otra iglesia, dedicada a San Segundo. La había ideado y empezado a construir Don Bosco varios años antes; y cuando estaba casi para techarse, se le había dado orden de entregarla a la Curia, lo cual hizo, como obediente y abnegado que era. La construcción siguió lentísimamente y disminuyeron las aportaciones de los fieles. Un día, el 27 de febrero de 1878, apareció

en el Boletín eclesiástico la noticia de que la Curia declaraba la Iglesia de San Segundo monumento a la memoria de Pío IX. Se prohibió al *Boletín Salesiano* seguir haciendo su propaganda y se pidió a la Santa Sede que intimara a Don Bosco la prohibición.

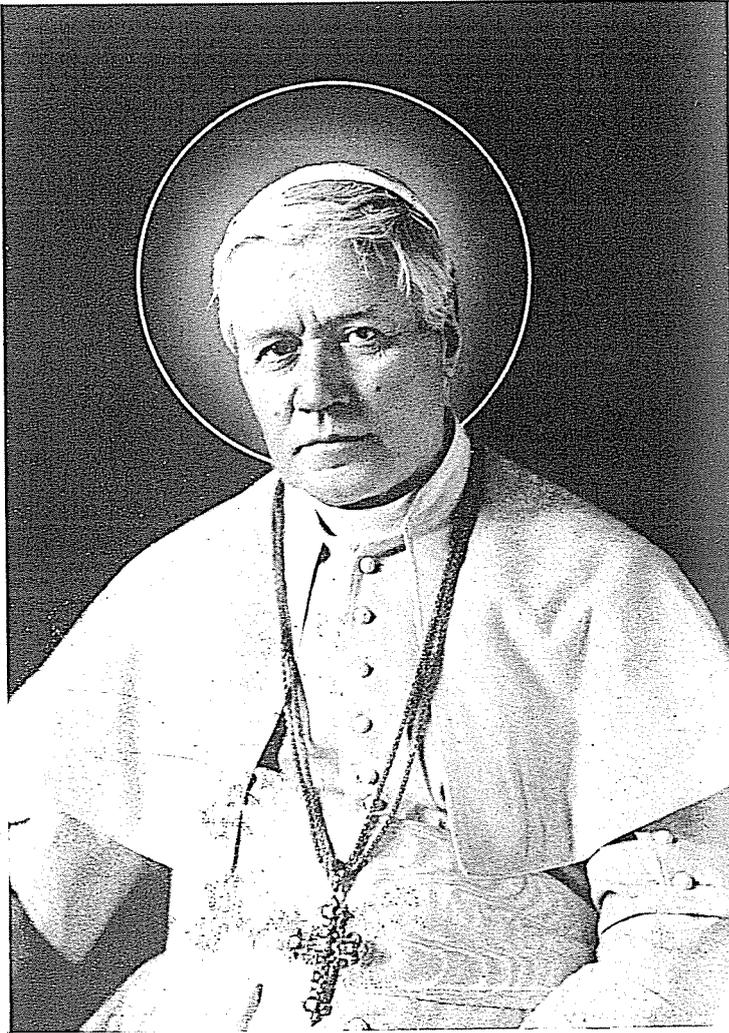
No quería él aparecer como en oposición a una decisión de la Curia; pero siendo Superior de una Congregación exenta y ya difundida por todo el mundo, apeló a la misma Roma, probando que su idea de hacer del templo de San Juan Evangelista un homenaje a la memoria de Pío IX era muy anterior a la de la Curia. Por prudencia y "*pro bono pacis*" mandó hacer para la Archidiócesis una tirada aparte del *Boletín Salesiano*, en la que se suprimía toda palabra sobre su templo.

Eran tiempos malos aquéllos. Las sectas odiaban al Papado. Los recuerdos del Papa del "*Syllabus*" y de la Infallibilidad Pontificia se les atravesaron. La iglesia de San Segundo había sido consagrada el 11 de abril. En su fachada ostentaba un hermoso busto de Pío IX, con una inscripción que debía recordar a la posteridad ser aquél un homenaje de la Curia al insigne Pontífice. A los ojos sectarios aquel busto y aquella inscripción produjeron el efecto que en el toro de lidia, el capote rojo: turbas desenfrenadas los arrancaron y profanaron entre blasfemias y risotadas, sin que los representantes del orden hicieran nada para impedirlo.

Entretanto el templo de San Juan Evangelista llegaba a su término. Roma había dado razón a Don Bosco. No se le había prohibido hacer de su templo un homenaje al insigne Bienhechor de la Sociedad Salesiana. No un busto, sino una magnífica estatua de mármol, debida al cincel del gran escultor Confaloniere debía adornarle. La prudencia aconsejaba cautela. El primer acto de prudencia fue colocar la estatua dentro de la iglesia y colocarla sin ruido. El segundo fue separar con intervalos las grandes solemnidades de la consagración del templo, con lo cual se lograba otro efecto: mantener viva la devoción y el entusiasmo de los fieles.



Capilla de Don Bosco en Sarría. Artísticamente se han convertido en ella las dos habitaciones que el Santo ocupó en su visita.



San Pio X, el Papa de la Eucaristía, Cooperador Salesiano.

* * *

El primer acto fue la *bendición de las campanas*. Cuando desde su esbelta torre hicieron vibrar de sonoridades los aires, rompiendo como por encanto la grave monotonía que pesaba sobre los alrededores del templo protestante, toda la población pareció despertar de una pesadilla.

Semanas después se hizo el estreno ("collaudo" lo llaman los italianos) del órgano; fue para todo Turín una fiesta de arte. Los mejores músicos intervinieron y la flor y nata de la sociedad se alternaba en las audiciones. Había también que *inaugurar la estatua*. Ésta es monumental. Quien entra en el templo pasa por delante de ella. Era imposible no detenerse a contemplar aquella obra maestra. Por añadidura la Juventud Católica había cometido, en su corajudo valor, una verdadera temeridad: cuando la profanación del busto, había lanzado a las sectas un desafío: "Os esperamos en la inauguración de la estatua en San Juan Evangelista." Y las sectas habían recogido el guante. El peligro era serio. La prudencia de Don Bosco lo conjuró. Ante todo dispuso que la entrada se hiciera con invitación personal. Y luego mandó la invitación a todos los periódicos, fueran del color que fueran, y todos correspondieron enviando sus reporteros. Y la anticlericalísima *Gazzetta di Torino* salió con un hermoso artículo que comenzaba así: "Hace tres días que la nueva iglesia, construída también ella como tantas otras por ese hombre extraordinario que es el Reverendo Bosco, no se vacía de gente, sino en los intervalos en que su magnífico órgano calla."

Por otro acto de prudencia retardó la consagración hasta el 29 de octubre.

Los festejos se desarrollaron con un programa semejante al de la de María Auxiliadora. Tampoco aquí reparó en gastos ni ahorró solicitudes para dar a la manifestación religiosa la más imponente grandiosidad, en vista, eso sí, de

las correspondientes ventajas espirituales. De eso especialmente se complacía, como se ve en la carta que escribió a una generosa cooperadora francesa que mucho le había ayudado, Clara Louvet, de Air-Lila: "Se ha visto un espectáculo verdaderamente milagroso: los hombres venían a miles a confesarse y a comulgar con una devoción especialísima."

* * *

La iglesia fue consagrada por el Arzobispo Monseñor Gastaldi. Don Bosco celebró en ella la primera Misa. Cuando el Arzobispo, acabada la consagración, volvió a la sacristía, el Santo, que ya había tomado los sagrados ornamentos, se le acercó con lágrimas en los ojos y le dio las gracias. Monseñor, conmovido ante aquel acto, llorando también, no supo decir otra cosa que:

—¡Oh, Don Bosco, Don Bosco!

Y vuelto a los seminaristas que formaban parte de su séquito, añadió:

—Yo gozo de que se haya levantado este templo en honor del apóstol tan amado de Jesús, tan devoto de María Santísima, tan respetuoso a la autoridad de Pedro. Aprended de él un intenso amor a Jesús Sacramentado, a la Santísima Virgen y al Sumo Pontífice.

Las fiestas de la consagración duraron ocho días. Varios Prelados tomaron parte en ellas y entre otros los Obispos de Fossano, Alba y de Biella, Monseñor Manacorda, Monseñor Pampirio y Monseñor Leto. Pero el momento más solemne de aquellos días fue cuando Don Bosco, en la tarde misma de la consagración, habló a los fieles el primero. Después de haber dicho lo que era aquel lugar treinta y cinco años antes, lo que era entonces y lo sería en el porvenir, terminó resumiendo y adaptando al auditorio la sublime plegaria que elevó Salomón en presencia del pueblo de Israel en la dedicación del Templo de Jerusalén.

La muchedumbre que acudió los días del octavario a vi-

sitar el nuevo templo, no se saciaba de contemplarlo, y antes de salir se detenía para mirar la hermosa estatua de Pío IX, obra del escultor Confaloniere.

* * *

A glorificar la nueva casa de Dios invitó también a los escritores. En Don Lemoyne tenía un literato de primer orden. Mandó-le ilustrar con toda la amplitud posible la figura del Santo titular. Y el escritor hizo una obra en dos volúmenes muy original y atrayente, accesible al pueblo y no desagradable para las personas cultas. Es de los libros que no envejecen.

Y después del titular, la iglesia dedicada a él. De este trabajo técnico encargó al arquitecto señor Buffa, el cual hizo una monografía elegante, describiendo sus líneas, analizando su estilo, ponderando su equilibrio, su esbeltez y la pureza del arte en toda su ejecución exquisita, que hace de esta iglesia una joya artística. El estilo es románico-lombardo; su arquitecto, el conde Arborio Mella.

Al lado del templo levantó un hermosísimo colegio, que al principio quiso dedicar para niños huérfanos y abandonados; pero luego lo destinó, según hemos dicho, para los "Hijos de María", o sea, para Seminario de vocaciones tardías, que más tarde cuidarían de los niños en todas las latitudes del mundo.

El coronamiento de tan duras fatigas y sufrimientos durante tantos años, el esplendor de las funciones, el bien que manifiesta y ocultamente se hacía y el bien todavía mayor que esperaba se haría en tiempos venideros, le compensaban suficientemente de tantos trabajos y penalidades.

Como contrapartida, dos grandes desgracias cayeron sobre la Obra del Siervo de Dios. "Una —así lo escribía a los Cooperadores— cayó sobre nosotros el 3 de febrero y la otra el 27 de marzo. La primera fue la explosión de la fábrica de papel de Mathi, cerca de Turín; la segunda, el incendio de la

iglesia de Paysandú, en América. Se apreciaron los daños sufridos y los gastos necesarios para repararlos y se calculó que ascendían a la cantidad de más de trescientas mil liras. ¡Paciencia! Este desastre podría habernos desalentado haciéndonos abandonar obras utilísimas a la Religión y a la Sociedad y hacer que nos diéramos por vencidos por el demonio; pero no será así. Confortados por Dios y ayudados por vuestra caridad, hemos tratado de remediar el mal lo mejor que nos ha sido posible, haciendo como las golondrinas, que al ver su nido destruído, vuelven a comenzar lo de nuevo.”

CAPÍTULO LI

El apostolado de la Prensa

I

Se ha dicho, y con razón, que Don Bosco tenía tres grandes pasiones —pasiones buenas, elevadas—: la educación de los niños, la confesión y la Prensa.

Muy pronto comenzó a ejercer este apostolado fecundo. Su misma devoción a San Francisco de Sales no estaba exenta de esta simpatía. En 1850 fundó en Turín una “unión de seglares promotores” para “emprender una benéfica actividad instructiva, moral y material contra los abusos de la mala Prensa”. Dicha sociedad tuvo sucursales en algunas poblaciones.

También colaboró en algunos periódicos; colaboración que interrumpió cuando vio que difícilmente podía continuarla sin entrar en cuestiones políticas, ya que entre sus resoluciones estaba mantenerse alejado de la política. En cambio siguiendo las huellas del Santo Patrono y las tendencias de su propio corazón, se dedicó a la “defensa y propaganda de la sacrosanta Religión para el bien de las almas”. Como nunca obraba al acaso ni sin preparación y consejo, estudió bien cuáles eran las mayores necesidades espirituales del pueblo, y a ello consagró su vasta erudición y el tiempo que sus obligaciones sacerdotales y la dirección de los niños le dejaban libre. Tuvo, pues, finalidades concretas, y a ello debió en gran parte el éxito de sus publicaciones: eran opor-

funas, respondían a una necesidad real. Así nacieron las *Lecturas Católicas*, publicación mensual, que tan oportunas vinieron, que hasta serios atentados a su vida le trajeron de parte de las sectas. No las improvisó: tres años de preparación laboriosa les antepuso, durante los cuales ensayó, calculó, previó y proveyó para que no hubiera abusos y el resultado fuera seguro y eficaz.

Al principio las editó donde pudo y como pudo... Mas no descansó hasta tener una tipografía propia dentro del recinto del Oratorio.

Para comenzar sus empresas Don Bosco no aguardaba a tenerlo todo perfectamente; las meditaba, sí, muy bien, ante Dios, y consultaba con personas dignas; pero convencido de la necesidad o conveniencia, las ponía en marcha sin mayores dilaciones. Así, poco a poco, de progreso en progreso, llegó a tener una tipografía de primer orden. En 1875 contaba ya con seis máquinas y con fundición de tipos propia. En 1881 comenzó un grande edificio para el "arte del libro" que, inaugurado en 1883 con máquinas, último modelo, con estereotipia, calcografía, etc., no había en Turín ni en todo el Piemonte tipografía que pudiera comparársele. Don Aquiles Ratti (que más tarde fue el Papa Pío XI), que se trasladó de Milán a Turín para visitar a Don Bosco y su obra, la encontró funcionando tan admirablemente, que quedó sorprendido y alabó esa "admirable conjunción de la escuela y el taller". Y desde entonces siguió con atención el trabajo salesiano en este ramo, tanto, que elevado al solio pontificio, llamó a los Salesianos a dirigir la Políglota Vaticana.

* * *

En las casas que fundaba para aprendices, la tipografía ocupaba siempre el primer lugar. Cuando la de Sampierdarena empezó a trabajar, Don Bosco sintió la necesidad de emanciparse en cuanto a la provisión del papel, y asociando esta idea con la de ayudar a los colegas de la Buena Prensa,

fundó en Mathi, en las cercanías de Lanzo turinés, una fábrica de papel, para cuya dirección puso algunos salesianos convenientemente preparados.

Al lado de las tipografías, las escuelas-talleres de encuadernación cuidaban activísimamente de despachar los productos. Y para que todos pudieran formarse idea cabal de lo que allí se hacía, mandó imprimir un catálogo del que distribuyó por toda Italia cuarenta mil ejemplares. Don Bosco comprendió siempre el valor de la propaganda de la Prensa, mas no como fuente de ingresos, sino en función de apostolado.

—Estamos en tiempos en que es preciso trabajar —decía—. El mundo se ha materializado; por eso hay que trabajar y hacer trabajar. Si uno hace milagros permaneciendo en su celda y rezando día y noche, el mundo no cree, y se pierde. El mundo tiene necesidad de ver y tocar.

II

Don Bosco era un amante de las "Colecciones". Esa continuidad ordenada y escalonada de obras le entusiasmaba. La primera colección en orden de tiempo fueron las *Lecturas Católicas* y fue también su predilecta. No solamente la dirigió, sino que colaboró en ella de un modo que parece increíble, porque sin tener en cuenta *Il Galantuomo*, grande calendario, siempre anónimo y preparado casi exclusivamente por él, de 1853 a 1873, cincuenta publicaciones llevan su nombre, algunas de dos a seis tomos. El programa, mientras vivió su fundador, se mantuvo dentro del ámbito apologético, moral y hagiográfico, al alcance del pueblo, pues para defenderlo e instruirlo se publicaban.

Pero existía otra clase de público, que Don Bosco amaba como las pupilas de sus ojos: los estudiantes de Enseñanza Media. En Italia el *máxima debetur púero reverentia* del poeta Juvenal, parecía, por desgracia, un anacronismo; tanta

era la libertad con que se ponían en sus manos textos que no podían menos de despertar malísimas resonancias en sus almas. Y Don Bosco quería poner remedio. Y lo puso. De su alma inocentísima se irradiaba un aire tal de pureza, que arrebatava aun a los descarriados. Y quería que los libros que se ponen en manos de la adolescencia, por lo menos no atenten a la Religión y a la que él llama "bella virtud"; este criterio lo guió en la preparación de estas colecciones.

La primera fue *Selecta ex latinis scriptóribus*, que poco a poco fue dando a las escuelas y colegios en ediciones racionalmente expurgadas, la colección completa de todas las obras o trozos de obras que el Ministerio imponía o simplemente recomendaba, para la Enseñanza Media. Profesores de dentro y de fuera, bajo la dirección del Padre Francesia, trabajando sin descanso, lograron en breve tiempo presentar estos textos, con notas y comentarios. Por las varias ediciones que sin cesar se sucedían, puede juzgarse si llenaban o no un vacío.

Después les llegó el turno a los autores italianos. La colección titulada *Biblioteca de la Juventud Italiana*, dirigida por el Padre Durando, puso en circulación desde 1869 a 1885 doscientas cincuenta y cuatro obras, más que suficientes para cumplir con los programas que pudieran poner los Ministerios. Los tomitos salían regularmente cada mes y se vendían uno a uno o por suscripciones anuales. Eran comodísimos y costaban poco. Por el momento los suscriptores llegaron a tres mil. Su nitidez y corrección hizo que penetraran en los seminarios y colegios religiosos. Benedicto XV, que había sido uno de los abonados, dijo, siendo ya Papa, que de esa colección Italia tenía que vivir agradecida a Don Bosco, porque había hecho posible a los alumnos del santuario lecturas que la conciencia prohibía y que los programas oficiales imponían. Ciertamente que la empresa no era fácil ni pasó sin acerbas críticas de los que no conocen lo delicado de las almas juveniles. Pero Don Bosco opuso oídos de mercader y todo el mundo acabó por darle razón.

Algo más tarde emprendió la *Colección de textos griegos*. Comenzó con seis *Diálogos de Platón*, en tres tomitos; siguió con la *Ciropedia* y la *Anábasis*, de Jenofonte. De ella encargó al Padre Pecchenino, quien luego la entregó al Padre Garino, que desde niño había crecido al lado de Don Bosco y secundado maravillosamente cuando le encargó redactar una Gramática Griega asequible a los estudiantes de Enseñanza Media, la cual se impuso de tal manera, que fue por generaciones y generaciones el texto de seminarios y gimnasios; y luego un diccionario que reunió las mismas condiciones. A estas tres colecciones añadió otra en 1875. Era el tiempo de las célebres discusiones, sobre todo en Francia, acerca de la conveniencia o no de incluir en los programas de las lenguas clásicas los autores cristianos. Sistemáticamente se los venía excluyendo tanto en Francia como en Italia. Don Bosco, sin tanta discusión, recordando ciertas disposiciones de Pío IX, reforzadas luego en una carta al fogoso Abate Gaume en 1874, dejando que los polemistas discutieran, inició su *Colección ex Selectis Christianis scriptóribus* griegos y latinos, cuya dirección confió al Padre Tamietti, sacando por primer tomo un volumen de San Jerónimo e imponiendo al mismo tiempo a todos los institutos salesianos la explicación de un autor cristiano una vez por semana. También esto fue bastante criticado en un principio, mas también todos acabaron por darle la razón. Famosas se hicieron algunas frases suyas que abrieron el camino a la aceptación en los mismos Liceos oficiales: "El Latín de los Padres de la Iglesia quizás no sea clásico en el sentido que suele darse a la palabra, pero, ¿quién no queda sorprendido de la alteza de las ideas y de la hermosura de la lengua, leyendo a San Agustín o San Bernardo!" El mismo Gobierno les abrió las puertas ordenando su estudio en sus Liceos y escuelas de Magisterio. Tomaseo escribió en su diario, fecha 31 de mayo de 1883: "Los primeros escritores cristianos (en orden de tiempo) son gigantes en comparación de los paganos últimos (sus contemporáneos). También éste es un vestigio divino."

* * *

Otra categoría de libros escolares era preciso expurgar: los diccionarios. ¿Hoy quién ignora los peligros de toda clase que encierran para las almas juveniles los vocabularios? Don Bosco quiso librar de este inconveniente a la escuela y dio las convenientes órdenes a sus hijos especializados: al Padre Durando le dio la orden de preparar el diccionario latino-italiano e italiano-latino; al Padre Cerruti el italiano; a los Padres Pecchenino y Garino, el griego-italiano y el italiano-griego. También estas publicaciones fueron acogidas con general aplauso y gratitud.

Ya en el ocaso de su vida, emprendió otra colección importantísima: la del *Teatro juvenil*. Mucha importancia le había dado durante su vida al teatro, mirándolo como un excelente medio de distraer, educar, alegrar y formar el pequeño mundo de los colegios y escuelas. Desde 1847 había comenzado sus representaciones en sus Oratorios y colegios, escribiendo él mismo algunas comedias y encargando otras a sus amigos. También las escribió e hizo representar en Latín. Poco a poco en sus institutos fueron surgiendo actores que representaban como profesionales, con gran admiración y contento de los espectadores. Con esta experiencia emprendió en 1885 la *colección de piezas dramáticas para institutos y familias*. Cada dos meses salía un tomito. El mayor contribuyente fue Don Lemoyne, cuyos dramas fascinaban a los jóvenes y producían un bien incalculable. Algunos de ellos no envejecen y serán monumentos a través de las generaciones.

* * *

Persuadido como estaba de que *la Música* es un medio eficazísimo de educación, poquísima encontraba que fuera apta para esos fines. Excitó, pues, a Cagliero a hacer compo-

siciones sagradas y recreativas que tuvieran las condiciones que él deseaba. Y Cagliero, dotado por la naturaleza de dotes extraordinarias, secundó admirablemente sus proyectos, de modo que el Oratorio no sólo se distinguió por sus maravillosas ejecuciones, sino que rivalizó con las mejores caligrafías musicales.

Otra colección había planeado, pero la muerte apenas le dio tiempo de verla iniciada: *Colección de lecturas amenas*. La prosiguieron sus hijos como un homenaje debido a la memoria del Padre amadísimo.

* * *

Quizás alguien pregunte cómo podían surgir en torno de Don Bosco esas pléyades de escritores y artistas. Pues, sencillamente: se los formaba, como formaba directores, predicadores, maestros... Tenía el arte supremo de descubrir las cualidades de cada individuo y el no menos precioso de valorizarlas; los asociaba a las obras que él andaba realizando, les enseñaba a trabajar, a rebuscar, les proveía de libros y materiales de consulta, los ponía en relación con quienes pudieran perfeccionarlos, los sostenía en sus trabajos y luchas, sin por eso dispensarlos de sus ordinarias ocupaciones de clase y asistencia. Él sabía que nadie que quien vive ocupado encuentra tiempo para todo. Era que, sobre todo, los inflamaba en el ardor de sus ideales y los electrizaba con su ejemplo.

Para el apostolado de la Prensa se necesitaban entonces —según su modo de pensar, dos cosas: *precio asequible y larga difusión*. Ambas procuró lograr. En cuanto a lo primero, hay graciosas anécdotas con su primer administrador, el señor Oreglia. Puso éste a la vida de Francisco Besucco un precio algo elevado, pareciéndole no sólo justo, sino convenientísimo. Y el Santo, que había hecho los cálculos del coste y no quería rebasarlos, lo reprendió suavemente.

—Usted, caballero, sabe que Don Bosco tiene necesidad

de dinero y quiere proporcionárselo; yo sé que el pueblo tiene necesidad de buenas lecturas y debo proporcionárselas sin reparar en dinero.

En cuanto a la difusión, es difícil enumerar las industrias de las cuales se valía Don Bosco. En muchísimos centros, grandes y pequeños de población, él se ganaba para la causa de la Prensa algunos amigos, sacerdotes y seglares, enamorándolos de misión tan importante, de modo que buscaban suscriptores, vendían los libros, los llevaban a domicilio... dándose por satisfechos con poder colaborar en un apostolado tan meritorio. A veces les dejaba alguna comisión. Así tenía colaboradores en los palacios de los grandes, en los Obispados y parroquias, en las barberías, en los hoteles y hasta en las tabernas. Así se explica que las *Lecturas Católicas*, a poco de salir, tuvieran catorce mil suscriptores fijos.

III

Otra cualidad de Don Bosco era saber aprovechar las oportunidades. En 1884 Turín inauguró la *Gran Exposición Nacional de la Ciencia, del Arte y de la Industria*. Ahora bien, él concibió y realizó el atrevido proyecto de exponer y poner en acción *todo el mecanismo de la producción del Libro*. Aprobada por el Capítulo Superior su propuesta, pidió y se construyó ex profeso para él un pabellón especial, sobre cuyo frontispicio se leía en letras cubitales: DON BOSCO: *Fábrica de papel, tipografía, encuadernación y librería salesiana*. Para aquellos tiempos un sacerdote expositor y en una Exposición Nacional, y en la sección de trabajo, a muchos les parecía el colmo de las extravagancias. Y de hecho no pocos caracteres ligeros, al ver la inscripción, sacudían la cabeza y seguían adelante diciendo: “¡Eh, cosas de curas!” En cambio, los que entraban, quedaban inmediatamente sorprendidos de la exposición, de los trabajos y... de los trabajadores, porque Don Bosco presentaba las cosas a lo vivo:

allí estaban sus artesanos, sus obreros, con sus maestros, coadjutores salesianos o antiguos alumnos, y realizaba los trabajos a la presencia de los visitantes, imponiéndose a la admiración de todos por su aplicación, su compostura, serenidad y alegría. Probablemente jamás le había venido a ningún expositor la idea de semejante manera de exposición. El proceso del libro encadenaba la atención de los visitantes, que veían asombrados cómo de un montón de trapos sucios, pasando por diversos procesos, veían salir preciosamente encuadernado, un soberbio volumen ilustrado con un centenar de primorosos grabados: “*Fabiola*”, del Cardenal Wiseman. De modo que aquel pabellón constituyó el reclamo más importante de la Exposición Nacional. Los que habían pasado de largo meneando la cabeza y diciendo: “¡Cosas de curas!”, volvían a ver la exposición, y salían diciendo, por lo menos en su interior: “¡Qué cosas saben a veces hacer los curas!” La prensa oficial, a pesar de los vientos que entonces corrían, no podía menos de comprobar que “la galería de Don Bosco era una de las pocas en que los visitantes se aglomeraban en un continuo ir y venir, notándose en todos los rostros las señales evidentes de la satisfacción y del asombro”.

En la fabricación del papel trabajaba una máquina novísima, adquirida en Suiza. En la librería figuraban mil volúmenes, impresos todos en la tipografía salesiana. Los había de todo tamaño y calidad: científicos, literarios, históricos, didácticos, religiosos, ilustrados... Hacía también su papel la colección entera del *Boletín Salesiano*, impreso en tres lenguas: italiano, francés y español. Había también muestras de *Dibujo Profesional*. Y todo elegantemente colocado en estantes de artística estructura, fabricados por los ebanistas y cerrajeros del Oratorio, y las vitrinas dejaban ver una gran variedad de encuadernaciones, también de diferentes estilos.

Concurriendo de esta manera en una Exposición Nacional, con caracteres mundiales, Don Bosco se proponía varias cosas: v. gr., hacer ver y palpar que el Clero no es enemigo

del progreso, como algunos órganos de prensa venían propagando; dar buen ejemplo también en la santificación de las fiestas, porque el domingo sus obreritos no trabajaban, por más que se les insistió. Algunos periódicos intentaron ponerlos en ridículo; pero el temor de levantar un escándalo y perjudicar a la Exposición los contuvo. Otra ventaja, y no pequeña, fue la inmensa popularidad que ganó para la Buena Prensa con su actividad. Toda Italia vino a conocer, no sin legítimo orgullo, una obra grandiosa que grandemente la honraba y que merecía ser sostenida para el honor de la Patria y de la Iglesia.

Antes de dejar la Tierra, Don Bosco tuvo el consuelo de haber actuado sus deseos: primero, una tipografía; luego, una gran tipografía; después, muchas, grandes y buenas tipografías. Además de la de Turín, había fundado una en Génova, otra en San Benigno Canavese, tres en Francia: Niza, Marsella y Lila; una en Barcelona-Sarriá (España), y otra en Buenos Aires. Con tales antecedentes, ¿qué de extraño que los hijos de Don Bosco, en dondequiera que se encuentren, se dediquen con ardor de predilección a suscitar y organizar poderosas escuelas tipográficas y librerías difusoras? El apostolado de la Prensa es parte de la herencia que les ha legado su Padre.

CAPÍTULO LII

En los últimos días de Pío IX

I

EN ROMA Y EN EL PIEMONTE

Don Bosco estaba nuevamente en Roma el 2 de enero de 1877. Pío IX le había encargado reformar las Reglas de un Instituto romano adaptándolas al espíritu de la Sociedad Salesiana, a la cual deseaba incorporarlo, conservando, con todo, el fin de su fundación. Largas y difíciles gestiones ocuparon al Santo, no sólo durante su permanencia en Roma, sino todo el año.

El angélico Pontífice lo recibió tres veces en audiencia. La última, que fue el 21 de enero, hallándose enfermo en cama, no vaciló en admitirlo en su dormitorio, en donde lo entretuvo conversando más de una hora con paternal ternura. La extrema pobreza de aquella habitación dejó a Don Bosco profundamente maravillado y conmovido.

—¡Ah —exclamaba narrando aquella visita—, si viniesen los soberanos y los príncipes de este mundo a visitar el dormitorio de Pío IX, cuánto tendrían que aprender!

Este gran Papa, que vivía con tanta pobreza y aliviaba las miserias de todo el mundo católico, el 23 de enero entregó veinte mil liras a Don Bosco, sabiendo que se hallaba preocupado porque tenía que pagar una deuda equivalente, contraída en la última expedición de misioneros.

Memorables fueron las palabras que Pío IX dirigió a Don

Bosco en la mencionada audiencia; parecen un eco de las que el Santo había oído en el sueño ya indicado.

“—Yo —dijo entre otras cosas— creo que le revelo un misterio diciéndole que estoy seguro de que esta Congregación ha sido suscitada en estos tiempos por la Divina Providencia para mostrar el poder de Dios. Estoy convencido de que el Señor ha querido tener escondido hasta el presente un secreto importante desconocido durante muchos siglos, aun para otras Congregaciones. Su Congregación es nueva en la Iglesia, por la novedad de su formación, porque aparece en estos tiempos, de manera que pueda ser Orden religiosa y secular, que participe del mundo y del claustro, y sus miembros sean religiosos de claustro y libres ciudadanos... Escríbalo a sus hijos del mismo modo que se lo digo. *La Congregación florecerá, se dilatará milagrosamente, durará los siglos venideros y siempre encontrará colaboradores y cooperadores, mientras procure promover el espíritu de piedad y religión, y especialmente de moralidad y castidad.*”

Poco se detuvo en Turín, adonde llegó el 4 de febrero. Volvió a marchar a fines del mes hacia Francia, visitando de paso las casas de la Riviera.

El 16 de noviembre del año anterior, después de despedir a los misioneros, desde la misma Génova había ido a Niza para la inauguración de una casa salesiana en aquella ciudad, titulada Patronato de San Pedro.

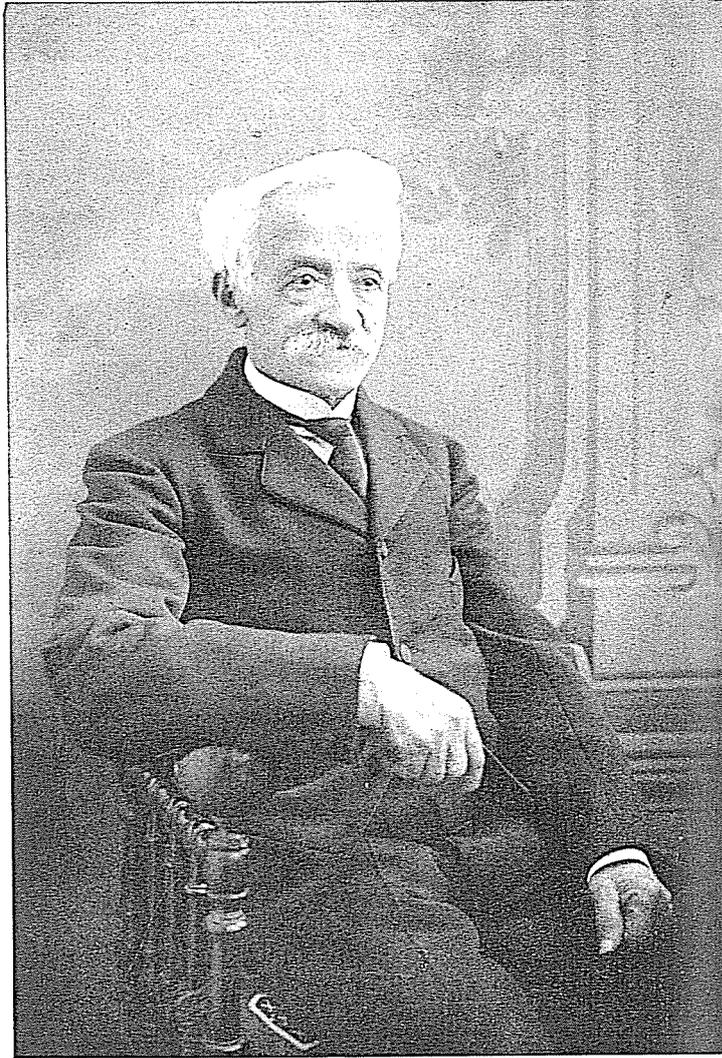
Deseaba prolongar el viaje hasta Tolosa y Burdeos, pero debió limitarse a quedarse en Marsella, porque tuvo un vómito de sangre, que le impuso un prudente reposo. Si no pudo conceder muchas audiencias, recibió en cambio peticiones de abrir nuevas casas salesianas en Marsella y treinta más en toda Francia.

* * *

En aquellos días estaba madurando Dios para la Sociedad Salesiana una vocación singular. La víspera de la solemnidad de María Auxiliadora la antecámara del Siervo de Dios estaba llena de gente, cuando entró una señora de Turín, la cual más que conducir, en parte, arrastraba y, en parte, cargaba con una hija suya de cerca de diez años, llamada Josefina



El Emmo. Cardenal Juan Cagliero, hijo predilecto de San Juan Bosco, Doctor en Letras y Sda. Teología. Fue el primer Maestro de música graduado en el Conservatorio, el primero de los misioneros, el primer Obispo, el primer Nuncio Apostólico, el primer Cardenal de la Congregación. Murió en Roma en 1926.



Maestro D. José Dogliani. Habiendo ido al Oratorio para aprender un oficio, Don Bosco descubrió en él la pasta del gran músico. Lo hizo estudiar bajo la dirección de Cagliari y luego en el Conservatorio. Bajo su mágica batuta, la Escolanía del Oratorio fue de las mejores de Europa. Dejó inspiradas composiciones.

Longhi. Y hacía tiempo que padecía terribles convulsiones, de cuyas resultas se había quedado parálitica; no podía tenerse de pie, había perdido el movimiento de la mano derecha, y desde un mes atrás, el uso de la palabra. La madre, cuando vio que eran inútiles los remedios de la Medicina, puso toda su confianza en los medios celestiales. Aquella mañana, después de haber llevado a su hija al santuario de Valdocco, para encomendarla a la Virgen, la llevó a Don Bosco, para que le diese la bendición de María Auxiliadora.

Los que esperaban en la antecámara sentíanse conmovidos por el lastimoso estado de la enfermita. Uno de ellos el conde Carlos Cays di Giletta y di Caselette, Diputado en el Parlamento Subalpino, y uno de los primeros bienhechores de Don Bosco, haciéndose intérprete de los sentimientos de los otros, dijo a la pobre madre que con gusto todos la dejarían entrar la primera, y añadió para sí: "Si esa niña vuelve curada a su casa, ya no tendré duda sobre mi vocación." Porque ya hacía algún tiempo que abrigaba el deseo de hacerse salesiano.

Don Bosco exhortó a la madre a tener fe en la bondad de la Virgen; después dio la bendición de María Auxiliadora a la enfermita y la invitó a hacer la señal de la cruz. La niña se dispuso a hacerla, pero con la mano izquierda.

—No con la izquierda, sino con la derecha —dijo Don Bosco.

—No puede con la derecha —respondió la madre.

—Deje, deje que pruebe.

Y repitió la invitación.

La niña, obedeciendo, levanta el brazo parálitico y la mano encogida, la lleva a la frente, después al pecho, al hombro izquierdo y al derecho, como si no hubiese tenido ningún mal.

—¡Muy bien! —dijo Don Bosco—; has hecho bien la señal de la cruz; pero no has dicho las palabras. Repítela ahora con las palabras, como hago yo: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo."

La niña, muda desde hacía un mes, suelta la lengua, repite la señal augusta y la acompaña con las palabras; y fuera de sí, empieza a gritar:

—¡Oh, mamá, la Virgen me ha curado!

Al oír hablar así a la hija, la madre lanza un grito y rompe a llorar de alegría.

—Ahora que la Virgen te ha devuelto la palabra —continuó Don Bosco—, dale gracias al punto y reza de corazón el Avemaría.

La niña la rezó claramente y con devoción.

Pero esto no era todo; todavía era necesario ver si podía estar en pie y caminar sin ser sostenida. Don Bosco la invitó a andar por la habitación y lo hizo admirablemente. La curación era completa. En aquellos momentos la afortunada niña, no pudiendo contener los sentimientos de gratitud que le llenaban el corazón, abre la puerta de la antecámara, se presenta a los circunstantes, que pocos minutos antes la habían visto contraída, coja y muda, y le oyen decir con desevoltura superior a su edad y con tono de vehemente inspiración:

—Señores, den gracias conmigo a la Santísima Virgen. Ella, con un rasgo maternal de su misericordia, me ha curado. ¡Ya lo ven! Muevo la mano, ando y hablo; no tengo ningún mal.

Aquella escena y aquellas palabras produjeron una emoción indescriptible: el mismo Don Bosco estaba tan impresionado, que temblaba de pies a cabeza. La niña bajó con su madre de la habitación de Don Bosco y ambas fueron de nuevo ante el altar de María Auxiliadora, donde con más lágrimas que palabras dieron gracias por el favor recibido.

El conde Cays, testigo ocular del hecho, no tuvo necesidad de más para asegurar su vocación. “La Virgen ha hablado, pensó; esto me basta. ¡Soy salesiano!”

—Había venido para ultimar con usted —le dijo al Santo— el asunto de mi vocación y resolverme; dudaba todavía, pero la Virgen me ha convencido del todo.

Y después de referirle la condición que había puesto, añadió:

—Si Don Bosco me acepta, seré salesiano.

—Venga, pues, con nosotros —respondió—y será definitivamente aceptado.

El 17 de septiembre de aquel mismo año, el Conde tomó el hábito clerical y el 20 de septiembre del año siguiente era consagrado sacerdote en la metropolitana de Turín, a los sesenta y seis años. Era hombre muy versado en Teología y Derecho.

Sus nietos le ayudaron la primera Misa.

Roma estaba de fiesta por las Bodas de Oro Episcopales de Pío IX, a cuyos pies se congregaron, obsequiosos, Obispos y peregrinos de todo el mundo católico. Don Bosco organizó fiestas extraordinarias en todas sus casas y envió a Roma a Don Julio Barberis y a Don José Lazzerio para presentar al Vicario de Jesucristo los homenajes de la Sociedad Salesiana; después marchó él mismo, juntamente con Monseñor Aneyros, Arzobispo de Buenos Aires, que había venido con varios sacerdotes argentinos con dicho objeto. Después de Roma acompañó Don Bosco al Prelado argentino a varias ciudades de Italia, y, finalmente, a Turín, donde se tributó una entusiasta acogida al insigne bienhechor de los Salesianos de la Argentina.

Más tarde lo acompañó hasta el puerto de Marsella, no sin predecirle que llegaría con retraso a Buenos Aires a causa de un incidente de viaje, como ocurrió efectivamente. A su regreso al Oratorio se hallaba tan agotado, que, al volver de nuevo a sus ocupaciones, en el confesonario, apenas podía levantar la mano para dar la absolución.

* * *

Pero tanto cansancio no era bastante para impedirle el despacho de los múltiples negocios que le esperaban: la apertura de nuevas casas, la organización de una nueva expedi-

ción de misioneros, asistir a los Ejercicios Espirituales, convocar el primer Capítulo General de la Sociedad Salesiana, el cual se llevó a cabo durante el mes de septiembre en Lanzo Torinese.

Y para que la naciente Congregación pudiese ayudarse con la experiencia de otros, invitó a las reuniones a dos Padres de la Compañía de Jesús, al Padre José Rostagno, notable canonista, y al Padre José Franco, el cual tenía en tanta estima a Don Bosco y a sus hijos, que varias veces había dicho:

—Si no fuese de la Compañía de Jesús, entraría sin vacilar en la Sociedad Salesiana.

II

LAS ESCUELAS AGRICOLAS

Durante los Ejercicios, la noche antes de recibir una carta del Obispo de Frejus que lo invitaba a abrir en Francia una Colonia Agrícola en La Navarre, tuvo uno de sus acostumbrados "sueños", que refirió a algunos de los suyos en presencia del conde Cays y del teólogo Don Julio Barberis el día siguiente.

Soñó y vio delante de sí una región desconocida y una casa rústica, delante de la cual se extendía una pequeña era. En ella había un niño de diez años, vestido de artesano, y junto a él una Señora primorosamente ataviada, que tenía la apariencia de una campesina. El jovencito cantaba en francés:

—¡Amigo venerado, sed para nosotros padre amado!

Don Bosco nada comprendía, aunque entendía las palabras. El niño continuó cantando:

—Mis compañeros te dirán qué queremos.

Se adelantó entonces por el campo hacia la era una multitud de niños cantando a coro:

—¡Oh guía nuestro, condúcenos al jardín de las buenas costumbres!

Preguntó quiénes eran y le respondieron cantando:

—Nuestra patria es el país de María (1).

A estas palabras, la Señora tomó por la mano al niño que había hablado primero e indicando a los otros que la siguieran se dirigió a una era mayor, no muy lejana. Cuando llegó a ésta, frente a la cual se levantaba otro edificio, la Señora, tomando entonces un aspecto misterioso, se volvió a Don Bosco y le dijo:

—Estos jóvenes son tuyos todos.

—¿Míos? —replicó el Siervo de Dios—. Pero, ¿con qué autoridad me entregáis esos muchachos? No son vuestros ni míos; son del Señor.

—¿Con qué autoridad? —dijo la Señora—. Son mis hijos, y yo te los confío.

—Pero, ¿cómo haré yo para guiar a esta multitud tan inquieta y bulliciosa?

—Mira —dijo la Señora.

Volvióse Don Bosco y vio avanzar un grupo numerosísimo de otros jóvenes, sobre los cuales ella arrojó un gran velo, cubriéndolos a todos. Después tiró del manto para sí y aquellos jovencitos se convirtieron en sacerdotes y clérigos.

—¿Estos sacerdotes y estos clérigos son míos? —preguntó Don Bosco.

—Tuyos son, si tú los formas.

El hizo la señal a todos los jóvenes para que se agrupasen en torno de Ella; y a una indicación suya comenzaron a cantar a coro:

—*Gloria, laus, honor et gratiarum actio Dómino Deo Sábaoth!*

En este punto Don Bosco se despertó.

Después de este sueño recibió la mencionada carta del Obispo de Frejus, y aceptó la dirección de la colonia agrícola que se le proponía, seguro de cumplir la voluntad del Señor. Hasta entonces no había recibido ninguna invitación de esta clase. Envió a Don Lemoyne a verla y estudiar sus condiciones. ¡Pues bien, el lugar y la casa de la colonia eran ni más ni menos que los que había visto en sueños! Pero hubo un

(1) *Ami respectable—soyez notre père aimable.*

Voilà mes compagnons—qui vous diront ce que nous voulons.

Notre père du Chemin—guidez-nous dans le chemin;—guidez-nous au jardin;—mais au jardin de bonnes moeurs,—non au jardin de fleurs.

Notre Patrie c'est le pays de Marie.

Nous attendons l'ami qui nous guide au Paradis.

detalle más maravilloso aún: cuando Don Bosco fue a visitar la colonia, todos los jóvenes salieron a su encuentro precedidos de un compañero que llevaba un ramo de flores. Cuando lo vio Don Bosco cambió de color por la emoción: ¡era el jovencito del sueño!... Pero hay más aún; por la tarde se hizo un poco de fiesta literaria y se cantó un himno, ¡y aquel jovencito cantaba los solos! Y el himno era el del "sueño..." Así nacieron las Escuelas Agrícolas Salesianas.

El niño se llamaba Miguel Blain; se hizo salesiano; fue director de la Escuela y murió en 1947, a los 82 años de edad.

III

GRANDES ACONTECIMIENTOS

Estas maravillosas ilustraciones venían a confortarlo especialmente en los períodos más agudos de las contrariedades ya mencionadas. Por entonces, en noviembre, salió para América una tercera expedición de misioneros bajo la dirección del teólogo Don Juan Cagliero (que había vuelto a Italia para el Capítulo General). También el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, después de apenas cinco años de existencia, y cuando contaba con cerca de doscientas Hermanas y doce casas en Italia y una en Francia, enviaba a sus primeras hijas a abrir un asilo para niñas pobres y desamparadas en Villa Colón, cerca de Montevideo.

En Mornese se llevó a efecto por primera vez la conmovedora función de despedida. Seis fueron las elegidas, dos de las cuales, acompañadas por la Madre Mazzarello, marcharon a Roma por deseo de Don Bosco. El angélico Pío IX quedó edificado de la humildad y modestia, de la abundancia de las celestes bendiciones y de la expansión alcanzada por esta segunda familia religiosa de Don Bosco.

Este santo Pontífice había escrito en aquellos meses tres cartas al Santo y éste le había contestado; pero las respuestas no habían sido entregadas a Pío IX, el cual exclamó:

—¿Qué he hecho a Don Bosco, que no se digna contestarme? ¿No he hecho por él todo lo que he podido?

Confió su pena al Cardenal Bilio, y éste escribió a Don Bosco y reveló a Don Cagliero la preocupación del Papa; Don Cagliero le aseguró que Don Bosco siempre con afecto filial había cumplido su deber y aun se había sorprendido mucho de no haber recibido contestación a ciertas peticiones que había hecho al Padre Santo.

El Cardenal se apresuró a disipar toda duda de la mente del Papa. El gran Pontífice Pío IX levantó los ojos al cielo, exclamando:

—¡Paciencia! Tampoco el Papa logra todo lo que quiere.

Es cosa sabida que en las Cortes no todas las cartas llegan a su destino.

Estaban así las cosas cuando el 18 de diciembre de 1877 Don Bosco marchó a Roma. Allí se apresuró a solicitar una audiencia del Papa; repitió le petición por dos veces y no pudo conseguirla; parecía como si una barrera de acero se interpusiese. Le interesaba mucho ver una vez más a su primer bienhechor y también porque sabía que pronto iba a desaparecer; pero a lo que parece, no tuvo este consuelo.

—¡Pronto —había dicho el Santo— tendremos grandes acontecimientos que conmoverán a los buenos y a los malos!

En efecto, el 9 de enero de 1878 moría el rey Víctor Manuel. Algunas semanas antes Don Bosco había ordenado que se dijese el *Oremus pro Rege* (que no se rezaba en Turín desde muchos años atrás) antes de la Bendición que se acostumbraba dar todas las tardes en el Santuario de María Auxiliadora.

El 29 de enero, fiesta de San Francisco de Sales, a quien aquel año por primera vez se honraba con el título de Doctor de la Iglesia, el Santo dio la primera conferencia a los Cooperadores Salesianos en la iglesia de las nobles Oblatas de Santa Francisca Romana en Tor de Specchi; Pío IX encargó a su Cardenal Vicario, el Eminentísimo Mónico La Valetta, que la presidiera.

* * *

El 7 de febrero, por la mañana, se difundió por Roma un vago rumor: que Pío IX estaba gravemente enfermo. No se le daba crédito, pero los buenos estaban temerosos. Sin embargo la triste noticia era cierta. Aquel mismo día, a las 17'40, la grande alma del inmortal Pontífice volvía a Dios. Hasta la víspera había hablado de Don Bosco, y Don Bosco al recibir la primera noticia de una probable pérdida había ordenado por telégrafo a todas las casas que se pidiera por la salud del Pontífice. Después que hubo fallecido, no dejó de rendirle su último tributo. El 12 de febrero —dice Don Berto— “entramos en San Pedro para visitar los restos mortales del Padre Santo. Pudimos besarle el pie y tocar varios objetos en sus venerandos despojos”.

CAPÍTULO LIII

En el nuevo Pontificado

En la Capilla Sixtina había comenzado el novenario del rito y en los Palacios Apostólicos había gran movimiento para los preparativos del Cónclave; y se encargó a Don Bosco que explorase las intenciones del Gobierno sobre este punto. Era muy importante que la elección del nuevo Pontífice se pudiese celebrar libre y tranquilamente y en Roma.

El Santo obtuvo del ministro Crispi la seguridad de que el Gobierno respetaría y haría respetar el Cónclave y que no se turbaría lo más mínimo el orden público. Crispi, que en el primer momento se mostró duro y hasta descortés con él, le entretuvo luego familiarmente, recordándole aquel tiempo en que iba a confesarse con él en el Oratorio, durante su permanencia en Turín.

—No me acuerdo —respondió el Santo sonriendo—; pero si quiere, estoy dispuesto a escucharlo aunque sea ahora mismo.

—De seguro que no me vendría mal; pero nosotros... Créame, Don Bosco, las angustias de entonces son nada en comparación de las preocupaciones de hoy.

Y la conversación continuó sobre el Oratorio, la Obra Salesiana y el Sistema Preventivo en la educación de la juventud.

Al volver al Vaticano, Don Bosco se encontró con el Camarlengo de la Santa Iglesia, que lo era el Cardenal Joaquín Pecci. Acercándose a él, le dijo con filial afecto:

—¿Me permite Su Eminencia que le bese la mano?

—¿Quién es usted, que se acerca tan resuelto?

—Soy un pobre sacerdote, que ahora besa la mano a Su Eminencia, con la firme esperanza de que dentro de pocos días podré besarle el pie.

—Mire bien lo que dice; le prohibo que rece con ese fin.

—Su Eminencia no puede prohibirme que pida a Dios lo que Él quiere.

—Si pide usted con esa intención, le amenazo con las censuras.

—Su Eminencia no tiene autoridad por ahora para imponerme censuras; cuando la tenga, la respetaré.

—Pero, ¿quién es usted que me habla con tanta libertad?

—Soy Don Bosco.

—Por favor, no hable de eso. No es tiempo de bromear.

Como el Santo predijo, el 20 de febrero, catorce días después de la muerte de Pío IX, el Eminentísimo Cardenal Joaquín Pecci, Arzobispo-Obispo de Perusa, era elegido Papa y tomaba el nombre de León XIII.

El 21 de febrero hizo Don Bosco llegar un afectuoso y reverente testimonio de su devoción y la de sus hijos al nuevo augusto Vicario de Jesucristo.

* * *

El 23 de febrero concedió el Papa la primera audiencia pública. Al pasar por delante de Don Bosco le dirigió una benévola frase. El 3 de marzo asistió éste a la ceremonia de la coronación, formando parte de la comitiva del Eminentísimo Cardenal Oreglia. Pero pasaban los días y aunque había pedido una audiencia privada, ni aquella tarde ni la siguiente, ni durante diez días después pudo ver al Padre Santo. Comprendió que el nuevo Papa había sido prevenido en contra de él, y dulcemente se quejó con el Cardenal Oreglia. Éste obtuvo y preparó la audiencia, que se efectuó el 16 de marzo, durando algo más de una hora y dejándolos a los dos su-

mamente satisfechos. Probablemente Don Bosco, a más de hablarle de la Sociedad Salesiana en sus tres ramas, tocó los puntos anotados en un pliego que a su muerte se encontró entre sus papeles con la fecha "1878". Habla de las cosas a su juicio más necesarias para la Iglesia en aquellos momentos. Después de lamentar la escasez de vocaciones eclesiásticas, indica los medios para aumentarlas, contenidos en las siguientes conclusiones: hay que convenir, pues, en que promoviendo y cultivando las vocaciones eclesiásticas para el Santuario, recogiendo a los religiosos dispersos, y restituyéndolos a la regular observancia; asistiendo, favoreciendo y dirigiendo a las Congregaciones recientes, se tendrán obreros evangélicos para las diócesis, para los institutos religiosos y para las Misiones extranjeras.

En el momento de despedirse le rogó que se dignase dirigirlle algunas palabras para transmitir las a los Salesianos en general, a sus alumnos, a los Cooperadores Salesianos, a los aspirantes y a nuestros misioneros en América. El Papa contestó a cada punto. Recomendó a los Salesianos que nunca olvidasen el gran beneficio que Dios les había hecho con llamarlos a la Congregación, la cual es manifiestamente obra divina, y que mostraran su gratitud con la exacta observancia de las Reglas; exhortó a los alumnos a combatir el respeto humano, gran enemigo de las almas, y a ser siempre sumisos a la Santa Sede, maestra infalible; trazó la misión de los Cooperadores, diciendo que debían santificar a sus familias con el buen ejemplo y con los deberes religiosos, y emplear su solicitud en ayudar a los Salesianos en las cosas que deben realizar en el siglo y que no son adecuadas para los religiosos. A los novicios, esperanza de la Congregación Salesiana, les recomendó el retiro y el ejercicio de aquellas virtudes que deberían practicar después durante toda la vida.

Cuando se habló de los misioneros quiso saber en qué países habitaban, cuántos eran y cuántas casas e iglesias habían abierto. Después de haber expresado su grande estima por las obras de los misioneros, les recomendó que vigilaran

sobre sí mismos para predicar no sólo con la palabra, sino con el ejemplo.

Finalmente dijo:

—Le bendigo a usted, a su Congregación, a los alumnos, a sus bienhechores, a los Cooperadores y a los enfermos que me ha recomendado: *Benedictio Dei*, etc.

El Santo salió del Vaticano con el alma inundada de la más santa alegría. De labios del nuevo Pontífice había oído la voz de Dios, y esta voz le había repetido: “Vuestra obra es obra del Señor; así, pues, no temáis; ¡ánimo! y ¡adelante!”

* * *

Poco después de esta audiencia recibió una invitación del Cardenal Manning, Arzobispo de Westminster. Este insigne Prelado había recibido de León XIII el encargo de sondear la opinión de Don Bosco sobre las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno italiano, puesto que en los ambientes romanos comenzaba a discutirse apasionadamente sobre una eventual conciliación.

Pío IX conocía bien las ideas y sentimientos de Don Bosco sobre el particular. No así León XIII, y deseaba saberlo. Y se alegró cuando lo supo. El Santo deseaba ardientemente la conciliación, mas no de cualquier manera, sino digna y sin confusiones, que asegurara ante todo el honor de Dios, el honor de la Iglesia, el bien de las almas —como dijo Pío XI en el discurso del 19 de marzo de 1929, para los milagros de la Beatificación, asegurando haberlo oído a él mismo de sus labios cuarenta y seis años antes.

Y “el modo digno y sin confusiones” lo había planeado él con el célebre Padre Perrone, y probablemente lo había conocido Pío IX. Comprendía varias cláusulas, algunas de las cuales quizás parecieron atrevidas, y que sólo poco a poco se fueron justificando.

Salió de Roma el 26 de marzo, después de tres meses y tres días de permanencia.

En las últimas semanas había ideado una publicación de grande oportunidad, dedicándole un tomito de las *Lecturas Católicas*, para instruir a los lectores sobre la elección de un Papa, para hacer conocer bien al nuevo Pontífice, para perpetuar el recuerdo de tan fausto acontecimiento, que tuvo resonancia grandísima en todo el mundo. Para Don Bosco concebir un plan y realizarlo, era todo uno: le dio al libro un título felicísimo, *Il più bel fiore del Collegio Apostolico* (la más hermosa flor del Colegio Apostólico). Lo dividió en tres partes: en la primera expone histórica, litúrgica, canónicamente cómo se desarrolla el Cónclave; en la segunda describe la muerte y los funerales de Pío IX y da una viva pincelada sobre la persona de León XIII desde su niñez hasta su exaltación. En la tercera traza breves rasgos biográficos sobre los sesenta y tres Cardenales que tomaron parte en el Cónclave, resaltando sus cualidades características y poniendo de relieve las eclesiásticas, especialmente la piedad, la caridad y el celo.

De la obrita envió ejemplares elegantemente encuadrados a cada uno de los Cardenales y para el Papa uno a todo lujo, con una afectuosa y respetuosa carta, que comenzaba así: “La Divina Providencia, oh Beatísimo Padre, quiso que me hallara en Roma durante los grandes acontecimientos de la muerte de Pío IX y la gloriosa elevación de Vuestra Santidad. En esa solemne ocasión tuve cuidado de recoger las principales noticias que pudieran interesar a los fieles, con ánimo de publicarlas para provecho espiritual de nuestros jóvenes y de aquellos que quisieren aprovecharlas.”

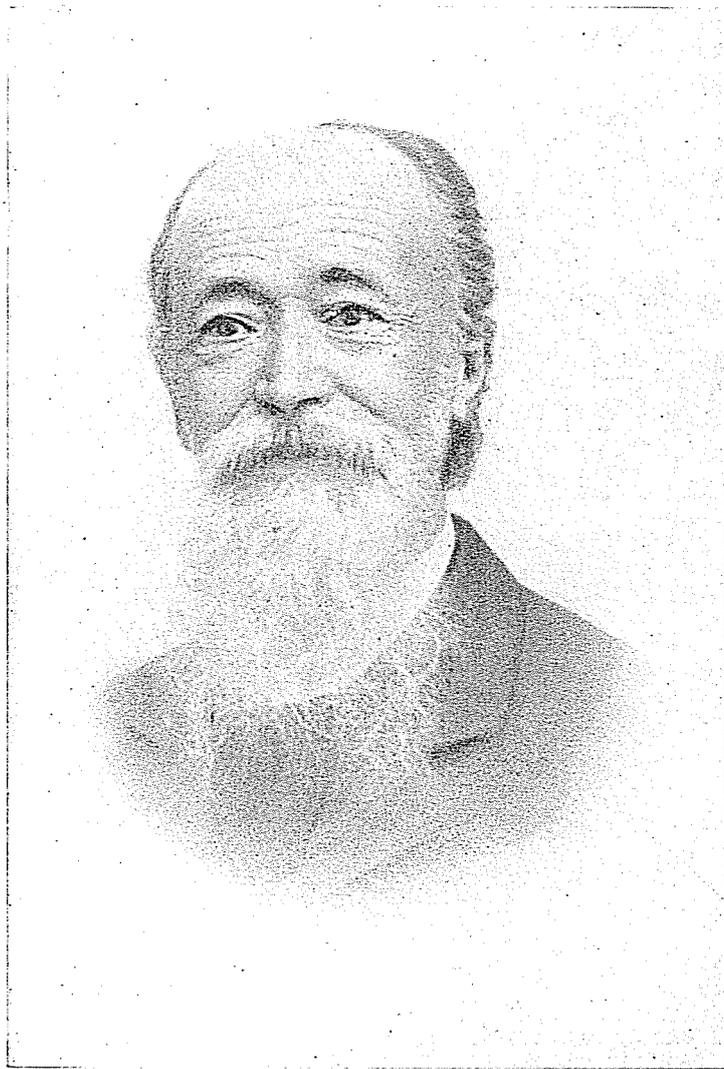
De buena tinta se supo que el Papa había hecho poner el libro sobre su mesita, para leerlo despacio.

A sus salesianos les dijo Don Bosco que también se había propuesto que Su Santidad viera con qué alegría y prontitud se esforzaban los Salesianos por mostrar su inquebrantable adhesión a la Cátedra de Pedro y por infundir en los corazones el amor al Vicario de Jesucristo. Esto mismo podía también verse en la conclusión del libro. Como se publicó

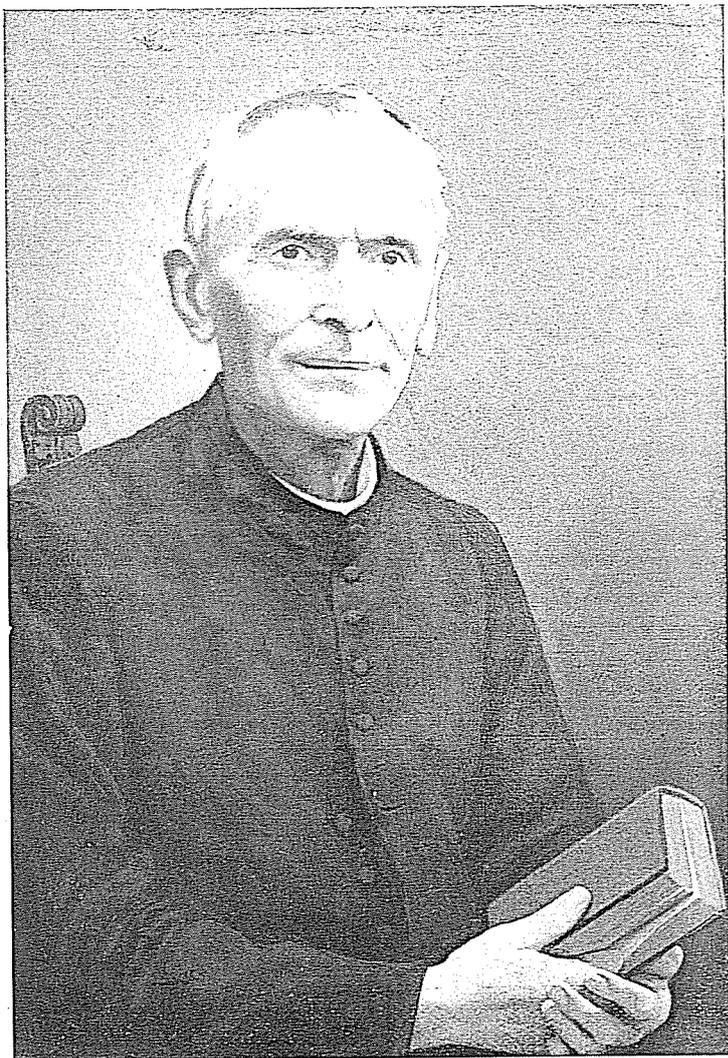
en dos fascículos y el segundo en septiembre, puso una rápida pero jugosa reseña de los actos de León XIII, desde febrero a agosto, y comentaba: "Estas y muchas otras cosas que por brevedad omito, nos hacen con toda razón mirar a León XIII como una luciente aurora, prometedora del más espléndido triunfo de la Iglesia Católica. Toca a nosotros facilitarlos. ¿Cómo? Con la oración, con la docilidad a la voz de nuestros Prelados, con una conducta verdaderamente cristiana. Pongámonos a la obra, y cada uno en su propia esfera promueva y fomente en las familias las buenas costumbres y la práctica de la Religión; cada cual aleje de sí y de los suyos el pecado y el día del Señor no tardará en despuntar."

CUARTA PARTE

El último decenio



Don Carlos Gastini, "el juglar de Don Bosco". Fundador de las Asociaciones de los Antiguos Alumnos Salesianos. En las fiestas del Padre nunca faltaba la composición cómica de Gastini, que excitaba la hilaridad de todos. Delicadísimo de sentimientos, fue el ideador del corazón de oro para demostrar al Padre la gratitud.



El Ecdmo. y Venerable Don Miguel Rúa, al tomar la sucesión de Don Bosco en el gobierno de la Sociedad Salesiana.

CAPÍTULO LIV

Las cuatro primeras Inspectorías

I

En los primeros meses de 1878 la salud de Don Bosco inspiró alguna inquietud. Cansadísimo e impresionado fuertemente por la muerte repentina de un salesiano en Niza Marítima, se hizo violencia y continuó trabajando; pero el cansancio de la visita que hizo a las casas acabó, al fin, por abatirlo. En Sampierdarena se vio obligado a guardar cama. Las fervorosas oraciones de sus hijos del Oratorio, algunos de los cuales llegaron a ofrecer su vida por él, conjuraron el peligro. El 21 de abril llegaba un telegrama de Sampierdarena concebido así: "Escuchadas oraciones. Padre mejor; come con nosotros." El mal se había detenido, la curación, casi instantánea, fue un señalado favor de María Auxiliadora.

A fines del mismo año hubo otra alarma por una amenaza de ceguera. Entonces se entabló también una conmovedora porfía de filial ternura en el Oratorio y en las otras casas. Algunos jovencitos, escogidos entre los mejores por su angélico candor, y a invitación de Don Bosco, durante la merienda se reunían en la antecámara del Siervo de Dios para pedir por su salud. Esta piadosa práctica duró hasta la muerte del Santo; pero últimamente se efectuaba en el coro del Santuario de María Auxiliadora.

Pero antes el corazón de Don Bosco había sido lacerado

con graves dolores. Eran éstos: la muerte de varios insignes bienhechores, entre ellos el Eminentísimo Cardenal Berardi, la clausura de las clases elementales externas del Oratorio por orden de la autoridad y la lucha contra las escuelas internatas. A estas penas y preocupaciones se unía el dolor inmenso de verse incomprendido y acerbamente combatido, perseguido y puesto en oposición por y con la suprema autoridad de la Iglesia turinesa, de la que había esperado sería su más fuerte apoyo; prueba que duró aún cinco años, colmándolo de disgustos y amarguras; pero que no logró disminuir su actividad, ni agotar su sumisa paciencia. Antes bien, en aquel período de tiempo abrió nuevas casas en Italia, Francia y América e imprimió un gran desarrollo al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Además, en 1878, abrió en el Corso Vittorio Emmanuele, de Turín, la espléndida iglesia de San Juan Evangelista, de la cual hemos hablado.

Tampoco le faltaban consuelos; más aún, puede decirse que este período fue como un atardecer majestuoso que si tiene algunas nubes, más sirven para embellecerlo que para ofuscarlo.

Como se ve, eran las alternativas de la "Noche oscura" y los "resplandores divinos", características de los grandes Siervos de Dios.

Al mismo tiempo recibía la noticia de que en Buenos Aires-Almagro, con gran concurrencia de público, de autoridades y sacerdotes y en presencia del Arzobispo Monseñor Aneyros y de Su Excelencia el Ministro de Instrucción Pública y Cultos, se inauguraba una casa de artes y oficios, dedicada también a la memoria de Pío IX. El 18 de septiembre de aquel año, el nuevo Papa enviaba un Breve a los misioneros salesianos, "invocando de Dios toda la plenitud de las gracias sobre ellos, a fin de que pudieran ser constantemente válidos instrumentos de su gloria y de la salvación de las almas"; y estaba de viaje la cuarta expedición de aquéllos, cuando el Eminentísimo Cardenal Jacobini, Secretario de Estado, en nombre del Vicario de Jesucristo, implo-

raba de Don Bosco el envío de nuevos misioneros para la República del Paraguay, satisfecho con que se enviasen de Turín o de Buenos Aires, "donde, decía, ya han dado pruebas de inteligente celo y de laboriosidad verdaderamente apostólicos".

El 4 de agosto, un centenar de antiguos alumnos sentábanse a la mesa con él. Al acabarse la comida, respondiendo a sus felicitaciones, los exhortó a unirse con el fin de auxiliarse mutuamente.

—Renuncio a todo discurso, pues son muchas las ideas que se agolpan en mi mente y grande la conmoción que experimento, como otras veces me ha ocurrido. Os diré una sola cosa: Hoy el asociarse es una necesidad. Todos buscan en nuestros días estrecharse y unirse para formar sociedades de mutuo socorro. Pues bien, ahora que todos estáis en condiciones de ahorrar, hacedlo; uníos para esto; de tal forma que el provecho no se limite a vosotros; debe extenderse también a aquellos jóvenes que, al salir del Oratorio, tienen necesidad de especial ayuda. Una sociedad como ésta sería muy útil para vosotros. Sólo una condición ha de ponerse y es que todos los que la formen han de llevar una vida honrada y cristiana. Si alguno no viviese conforme a los preceptos de nuestra santa Religión, no lo aceptéis en estas asociaciones. Ya se comprende que no hablo de una caída o de una falta aislada; esto podría suceder a Don Bosco y a cualquier persona; hablo del que habitualmente no viva como se debe. Éste no puede ser invitado a estas reuniones, que tienen carácter de intimidad. Vosotros, sin ninguna excepción, procurad hacer honor al nombre que lleváis, a la casa donde os educasteis; a la Religión que profesáis y a la sociedad de los Cooperadores Salesianos, a la cual pertenecéis.

¿Quién no ve aquí el esbozo de las Asociaciones de Antiguos Alumnos, con sus variadas secciones religioso-sociales? Don Bosco consideró siempre a los ex alumnos como miembros natos de la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos.

II

A principios de 1879, el buen Padre volvió a Francia; Marsella se conmovió con su presencia. El magistrado don Julio Rostand le ofreció un banquete, al cual, para honrarle, había invitado a los principales de la ciudad, y de tal modo habló de él, que un orador sagrado no habría hablado mejor de un Santo.

A su vuelta convocó en Alassio al Consejo Superior y a varios directores de la Sociedad Salesiana, y al ver "con gran consuelo" cómo tomaba ésta mayor incremento de día en día, y no queriendo, para corresponder a la bondad divina, escatimar nada de cuanto pudiera contribuir a su pleno desarrollo, creó las cuatro primeras Inspectorías o provincias: la Piamontesa, la Ligurina, la Romana y la Americana.

Después de girar una visita a las casas de la Liguria, marchó a Roma. El 26 de febrero dio una conferencia a los Cooperadores de Lucca. Su paso por esta ciudad fue memorable por varias prodigiosas curaciones. Fue acogido con tanta veneración, que al dirigirse a la catedral para ver la Santa Faz, lo recibieron a la puerta del templo con hachas encendidas y los canónigos con capa, los cuales, uno por uno, quisieron hablarle y recibir su bendición.

También en Roma recibió muchas pruebas de estimación de toda clase de personas. El 3 de marzo, fecha de la coronación de León XIII, rogáronle que bendijera un rosario para la madre del Papa.

El Padre Santo lo recibió el 20 con gran afecto, le concedió grandes honores para algunos bienhechores y le señaló como protector de la Sociedad al Eminentísimo Cardenal Lorenzo Nina, Secretario de Estado. También en el Palacio Braschi obtuvo del ministro Depretis reverente acogida.

De Roma pasó a Bolonia, después a Este y a Milán y el 9 de abril por la tarde entraba en el Oratorio, después de tres meses y medio de ausencia.

La fama de sus obras y de su santidad se difundía más y más. El 15 de mayo de 1879 por la tarde, cerca de doscientos peregrinos franceses, presididos por el vizconde de Damás y el abate Picard, de vuelta de Roma, se detuvieron en Turín ex profeso para visitarlo.

* * *

Una gran aflicción le esperaba en el mes siguiente. El día en que celebraban sus hijos su onomástico con el mayor entusiasmo, le comunicaron el decreto de clausura de las clases superiores del Oratorio. El profesor Don Celestino Durando, del Consejo Superior de la Sociedad, y el profesor José Allievo, de la Real Universidad de Turín, fueron al punto a Roma para obtener una prórroga en la aplicación del decreto; Don Bosco escribió al Rey, el cual accedió a su súplica, de modo que se suspendió la ejecución del decreto. Mientras tanto, en el Real Gimnasio Monviso, en Turín, de ochenta y dos candidatos a la Licenciatura Gimnasial, treinta y uno eran del Oratorio, ventiocho de los cuales en el primer ejercicio obtuvieron calificaciones más altas que todos los otros y uno también con la máxima puntuación. Llevada la cuestión de las clases superiores al Consejo Superior de Instrucción Pública, no se resolvió hasta fines del año 1881, con la obligación de poner al frente de ellas profesores aprobados en todas las clases.

Ninguno de los que rodeaban a Don Bosco el día de su Santo tuvo conocimiento de la nueva espina que había venido a traspasarle el corazón. Sonriente, como siempre, aseguró a los circunstantes que experimentaba un gran cosuelo al ver tantos hijos, viejos y jóvenes, eclesiásticos y seglares, vecinos y lejanos, formándole corona, rezando por él y prometiéndole vivir siempre como buenos cristianos y honrados ciudadanos. Dijo, además, que la más dulce de las alegrías se la había proporcionado una carta de Don Costamagna, fechada el 27 de abril, recibida aquella mañana y portadora

de la noticia de la entrada de los Salesianos en la Patagonia.

Don Costamagna escribía: "Los Salesianos se encuentran ya en medio de los habitantes del desierto, entre los indios pampas, que aún no conocían a su Redentor; ya hablan y viven con ellos, y les hacen sentir los saludables efectos de la Redención. No es un sueño, sino una realidad tanto tiempo deseada. Ya nos encontramos en Carrhué, lugar distante de Buenos Aires cerca de cuatrocientas millas y dentro de poco estaremos en las orillas del Río Negro, que dista otras cuatrocientas millas, y siempre a través de desiertos. El miércoles después de Pascua, Monseñor Espinosa, Vicario General del Arzobispado, Don Luis Botta Joselino, salieron de Buenos Aires, en ferrocarril con el Ministro de la Guerra y gran número de soldados para Azul, último poblado de la República Argentina, pasado el cual comienza el gran desierto de las Pampas." El 11 de mayo la audaz expedición llegó al Río Colorado, al punto llamado Rincón Grande, donde Don Costamagna celebró una Misa de acción de gracias, hallándose presentes los oficiales del Cuartel General y todos los cuerpos de la división.

El 24 de mayo, fiesta de María Auxiliadora, la expedición llegaba a orillas del Río Negro.

El gozo de Don Bosco por esta noticia, que le recordaba cómo sus "sueños" se realizaban también en aquellas lejanas tierras, fue muy grande, y por eso sus conversaciones tenían frecuentemente por tema la Patagonia.

Los salesianos a quienes cupo la dichosa suerte de abrir esta Misión fueron los Padres Don José Fagnano (además del Padre Costamagna) que después fue Prefecto Apostólico y Superior de las Misiones de la Patagonia Meridional, de la Tierra del Fuego y de las islas Malvinas, Don Luis Chiara y Don Emilio Rizzo con algunos coadjutores. Al mismo tiempo, también las Hijas de María Auxiliadora, bajo la dirección de Sor Ángela Vallese, se establecían en el mismo centro avanzado entre los salvajes. La Sociedad Salesiana iniciaba gloriosamente también su vocación misionera.

CAPÍTULO LV

Triunfos ciertos y atentados fallidos

I

Dios prueba a sus siervos como el oro en el crisol; pero a su tiempo toma su defensa y muestra al mundo que tiene en ellos sus complacencias.

En enero de 1880 Don Bosco volvió a Francia. Marsella fue teatro de innumerables maravillas. La primera ocurrió cuando fue a visitar por vez primera el Oratorio de San León, que a la sazón era un edificio pobre y pequeño. La habitacioncita destinada a él tenía delante un piso más elevado, desde el cual se podía ver el interior. Don Bosco dijo a Don Bologná:

—Ya verás cómo pronto quitamos este inconveniente y tendremos una casa grande y hermosa, con un patio grande y llano.

Después de algunos días, exclamó:

—¡Estoy perdiendo el tiempo aquí!

Efectivamente, no se observaba que nadie se tomase interés por la obra iniciada.

He aquí que le traen en un carrito a un pobre niño, que no podía andar ni tenerse de pie. Los padres, que se han enterado casualmente de la presencia de Don Bosco en Marsella y habían oído hablar de sus virtudes, le llevaban al pobre niño para que lo bendijese. El Santo le dio la bendición de María Auxiliadora y añadió:

—¡Ahora anda!

El niño miró asombrado al Siervo de Dios, sin moverse. Don Bosco le repitió:

—¡Anda!

Entonces el jovencito se levantó y echó a andar curado prodigiosamente. Don Ronchail, director de la casa de Niza, y Don Bologna, director del Oratorio de Marsella, estaban presentes. Este último preguntó a Don Bosco cómo se había efectuado aquello. Y el Siervo de Dios respondió:

—Don Bosco ha visto que no podía hacer nada y ha dicho a la Virgen: “¡Ea, Madre mía, comencemos” Y la Virgen ha comenzado.

Los padres del afortunado niño esparcieron por doquier la fama de aquella curación. El entusiasmo que en breve se despertó por Don Bosco, no puede explicarse sin esta superior intervención.

La señorita Perrier yacía enferma de un cáncer y desahuciada por los médicos en casa de las Salesianas de Marsella. Don Bosco, que fue a visitar a aquellas Hermanas, encontró en la enfermería a varias pacientes, a cada una de las cuales dirigió una palabra de consuelo. Cuando llegó junto a la señorita Perrier le dijo:

—¿Y usted no pide permiso para levantarse? ¡Pues levántese!

—¿Pero no sabe usted —observó la superiora— que esta enferma tiene un cáncer incurable?

—Levántese usted al mediodía y vaya a comer con las otras —continuó Don Bosco, dirigiéndose a la señorita.

Y la bendijo. Mientras Don Bosco se marchaba, la enferma exclamó de repente:

—¡Ya no tengo ningún mal; estoy curada! ¡Quiero levantarme! ¡Denme mis vestidos!

En efecto, estaba curada. Don Bosco recomendó a la superiora que rogase al médico hiciera constar el carácter milagroso de aquella curación. El doctor, que era un buen católico, quedó algo mal impresionado al oír que Don Bosco

había aconsejado el examen de aquella curación y además la había llamado un hecho milagroso. Fue a buscarlo para tener una explicación de lo ocurrido; y mientras esperaba su turno, decía a Don Bologna en la antecámara:

—¿Y la humildad no es virtud que practica Don Bosco?... Porque aquí hay vanagloria; quiere aprovecharse de esta curación.

Don Bologna procuraba convencerlo, pero no lo consiguió; y en tal estado de ánimo el médico entró a ver a Don Bosco. Lo que éste le dijo no se sabe; pero cuando una hora después Don Bologna se asoma a la habitación para advertir a Don Bosco que los que esperaban para verle se impacientaban, vio al doctor de rodillas con los ojos llenos de lágrimas y las manos juntas, rezando fervorosamente y a Don Bosco en ademán de bendecirlo. Al salir, profundamente impresionado, el doctor exclamó:

—No es para él, es para los otros; es para la gloria de la Virgen.

* * *

La fama de tales prodigios se difundía en toda la ciudad y la prensa narraba el entusiasmo con que se hablaba de Don Bosco.

“El Señor —atestigua el Cardenal Cagliero, que le acompañaba en aquel viaje— quiso premiar la humildad de su Siervo en los quince días que estuvo en Marsella. Una enorme multitud de toda clase de personas deseosas de sus consejos y su bendición, iba todos los días a nuestra casa, dispuesta a esperar desde la mañana a la noche con tal de poder hablarle. Aquellos días fueron un martirio y un triunfo para el Siervo de Dios. Muchos enfermos, recibida su bendición, se iban curados o mejorados; otros, consolados en sus desgracias, y los demás, alentados en sus dudas. El día de la partida había más de doscientas personas en casa, que lo esperaban atraídas por la bondad de su corazón y de su fama

de santidad. Todos deseaban un recuerdo del Siervo de Dios y vi a muchos que daban cortes a su sotana y a su manteo. No valieron ni protestas ni repulsas, por todo lo cual el Siervo de Dios salió muy mal parado en sus vestidos y tuvo que cambiarlos en las casas de Saint-Cyr y de Navarra. Libres a duras penas de aquella inmensa muchedumbre y ya en el coche los dos solos, nos dirigimos a Aubagne. Por el camino el Siervo de Dios, humillado y confuso, me dijo: "¡Qué admirable es siempre el Señor y qué grande es su misericordia, que ha querido servirse de un campesino de Becchi para poner en movimiento a tanta gente y obrar tales maravillas!"

* * *

El 24 de febrero estaba de nuevo en Niza. Allí se detuvo hasta el 6 de marzo, solicitado como en Marsella por toda clase de personas; el mismo deseo de verlo, la misma confianza, el mismo entusiasmo. Recibió más de ochocientas cartas de la ciudad en aquellos días.

De Niza pasó a Bordighera, donde le esperaba una memorable ceremonia. El 9 de marzo, en presencia de seis mil personas y con la intervención de Monseñor Reggio, Obispo de Ventimiglia, al cual acompañaban Monseñor Allegro, Obispo de Albenga, y Monseñor Boraggini, Obispo de Savona, se colocó la primera piedra de una iglesia en honor de María Auxiliadora.

De la Liguria pasó a Roma para tratar de delicadísimos e importantes asuntos con el Padre Santo. El 24 de marzo por la tarde Don Bosco pasó a visitar al Eminentísimo Cardenal Vicario, que le hizo la primera indicación de una gran empresa, que el Padre Santo deseaba confiarle. El día 29 marchó a Nápoles, donde, entre otros, se entrevistó con el Venerable Ludovico de Casoria, el cual, lleno de admiración y de humildad, quiso besarle la mano.

Regresó a Turín el 7 de mayo después de cerca de cuatro meses de ausencia. El 11 del mismo un centenar de peregrinos

nos franceses llegaban a Valdocco para verlo y un número bastante mayor de devotos se aglomeraban en el Santuario de María Auxiliadora para la fiesta de la Virgen de Don Bosco.

II

Mientras Dios le concedía estos triunfos y le preparaba otros nuevos, los enemigos de Dios y de la Iglesia urdían contra él otro vil atentado. Vino primero, agitadísimo, un ex alumno a revelar entre lágrimas que habiéndose por desgracia suya, inscrito en las sectas, le había tocado a él la mala suerte para matarlo, y que había además otros once designados también por la suerte para repetir el golpe, caso de que fallase el suyo. Don Bosco se levantó, trató de calmarlo y tranquilizarlo; pero no lo consiguió. El pobrecillo salió precipitadamente, y no pudiendo dominar su angustia, después de algunos días, intentó ahogarse en el Po. Acudieron a socorrerlo dos guardias, y lo salvaron. Don Bosco, que había prudentemente comunicado al padre el secreto, combinó con éste el mejor modo de traerlo al buen camino y al mismo tiempo de sustraerlo a la venganza de sus compañeros, facilitándole, después de haberlo socorrido generosamente, un refugio en el extranjero.

De allí a pocos meses otro joven de unos veinticinco años solicitó hablar con Don Bosco; él le invitó a sentarse junto a él en el sofá. Su cara no inspiraba confianza; había en sus ojos un no sé qué de amenazador, que obligó a Don Bosco a ponerse en guardia y a vigilar todos los movimientos del joven, que eran en extremo nerviosos. Sentóse éste y sin advertirlo, se le deslizó del bolsillo y le cayó en el sofá un pequeño revólver. Sin que lo notase el visitante, Don Bosco tomó el arma y se la metió en el bolsillo y comenzó el diálogo, que el desconocido trataba de prolongar sin venir a nada concluyente.

De pronto, con aire provocativo y mirando en torno suyo, como para asegurarse de lo que preparaba, metió la mano en el bolsillo y registrando a más y mejor, se levanta y mira al diván y al suelo con aire de extrañeza y de disgusto. Don Bosco se pone también de pie, y mientras el otro continúa buscando en sus bolsillos, le pregunta con tranquilidad:

—¿Qué busca, señor?

—Tenía en el bolsillo un objeto y ahora no sé, no lo encuentro...

Y se revolvía contrariado, buscando. Don Bosco dio una vuelta rápida, se acercó a la puerta, puso en ella la mano izquierda para abrirla y sacando el revólver y apuntando al desconocido, dijo:

—¿Es éste quizá el objeto que buscaba?

El otro se quedó como de piedra.

—¡Vamos! —dijo en alta voz el Santo.

Y abriendo rápidamente la puerta, dijo a los que se encontraban en la antecámara:

—¡Acompañad a este señor a la portería!

El otro vacilaba.

—¡Salga! —insistió Don Bosco—, no venga más.

El malvado salió. Dos jovencitos, que habían adivinado de lo que se trataba, lo acompañaron hasta la puerta del Oratorio, donde lo esperaba un cierto número de compañeros en grupo, hablando en voz baja, parte de los cuales, apenas comprendieron que se había descubierto la trama, subieron a un carruaje, que desapareció, y otra parte se alejó rápidamente a pie.

CAPÍTULO LVI

Espinas, capullos y rosas

I

Como en el mundo no hay jamás dicha completa, al lado de las satisfacciones que estas continuas muestras de protección divina y del cariño más intenso de sus hijos y amigos le traían, arreciaban las persecuciones de que era objeto, y estaba siempre la dolorosa cruz que continuaba pesando sobre los hombros de Don Bosco: la incomprensible persecución por parte de aquel a quien después del Papa veneraba él más sobre la Tierra; y la cruz que entonces también pesaba sobre uno de sus más celosos hijos, el sacerdote Don Juan Bonetti, se hacía cada vez más gravosa. Tuvo entonces un nuevo sueño. La noche del 8 al 9 de julio de 1880 soñó hallarse en conferencia con el Capítulo en la habitación inmediata a la suya, esto es, en la que murió. Mientras hablaba de cosas relativas a la Sociedad, observó que el cielo comenzó a nublarse, hasta que se desencadenó una tempestad con rayos, relámpagos y truenos por demás espantosos. Un trueno, el más fragoroso, hizo temblar la casa. Don Bonetti se levantó y fue a la galería contigua; y después de un momento se puso a gritar: "¡Cae una lluvia de espinas!"

Y cayeron espinas espesas en copiosa lluvia. Después se oyó otro trueno fragorosísimo; entonces el tiempo pareció aclararse un poquito y Don Bonetti gritó desde la galería:

—¡Oh, qué bonita lluvia de capullos!

En efecto, se vieron caer muchos capullos de flores, tantos, que todo el suelo se había vuelto verde. ¡Otro estampido atronador! Y el cielo, serenándose más, dejó entrever algún rayo de sol. Don Bonetti gritó desde la ventana:

—¡Qué lluvia de flores!

Y por el aire se vieron flores de todos los colores, forma y especie, que en un instante cubrieron el suelo y la casa con admirable variedad de matices. Retumbó otro trueno; el cielo se despejó completamente; brillaba un sol esplendoroso. Don Bonetti, desde el mismo lugar, gritó:

—¡Vengan a ver; llueven rosas!

Efectivamente, del cielo caían rosas fragantísimas en cantidad interminable.

—¡Oh, por fin! —exclamó Don Bosco.

Al día siguiente reunió ex profeso al Capítulo para referir este sueño, que hubo de servirles de gran alivio. Varias veces, dice Don Rúa, “se le vio llorar ante la idea de encontrarse en contra de cierta autoridad, con la cual hubiera querido vivir en la más perfecta unión. Otras veces le oí repetir:

—¡Tendríamos que hacer tanto bien y yo me encuentro tan contrariado, que no sé cómo hacer!”

Hablaremos en su punto de un hecho singular que parece relacionarse con este sueño. Mas no todo eran espinas; también debían venir los capullos y las rosas.

* * *

Quando el decreto dado por el Gobierno francés el 29 de marzo contra las Congregaciones no aprobadas por él se aplicaba con rigor, Don Bosco tenía en Francia cuatro casas: En Niza, Marsella, Saint-Cyr y Navarra. Los salesianos de Marsella fueron invitados a desalojar su casa. Don Bologna telegrafió a Alassio: “Esta tarde estaremos todos con vosotros.” De Alassio anunciaron a Valdocco: “Llegados los sa-

lesianos expulsados de Marsella.” Don Rúa corrió a dar la noticia a Don Bosco, el cual respondió:

—¿Qué dices? ¡Es imposible! No deben ni pueden ser expulsados; se lo he escrito a Don Bologna.

Don Rúa insistía y Don Bosco a cada nueva afirmación respondía:

—¡No, no es posible! Aquí debe de haber una equivocación; voy a escribir a Don Bologna y verás cómo la cosa es según te digo yo.

Escribió al punto a Don Bologna y no a Alassio, sino a Marsella. Esta seguridad, comprobada por los hechos, maravilló a todos. Había escrito y repitió a Don Bologna: “No temáis; tendréis molestias, contrariedades y disgustos; pero no os echarán.” Y como no había querido creer las noticias que le había comunicado Don Rúa, respondió amablemente con aquella confianza paternal que solía tener con sus hijos:

—He visto en sueños a la Santísima Virgen, que extendía su manto sobre nuestras casas de Francia! Había un ejército que descargaba contra ellos una granizada de cañonazos, tiros de fusil, flechas, piedras y fango; pero todo chocaba contra aquel bendito manto que servía de escudo a los nuestros. Pregunté a la Virgen:

—María Santísima, ¿qué hacéis ahora?

Y me respondió:

—*Ego diligentes me diligo.* Yo amo a los que me aman.

II

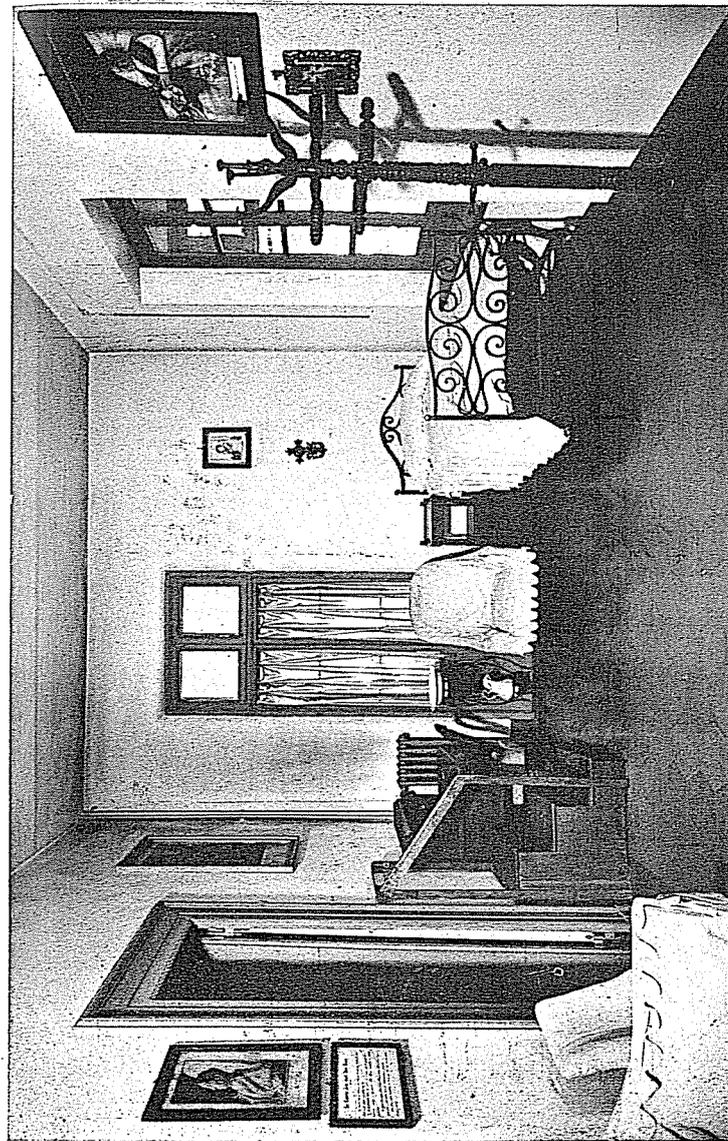
Una Encíclica de León XIII sobre las Misiones católicas sirvió de ocasión a Don Bosco para escribir a los Cooperadores el 10 de enero de 1881 anunciándoles una nueva expedición de obreros evangélicos para la América del Sur con el fin de ayudar a sus Hermanos y a las Hijas de María Auxiliadora; a los Salesianos se les presentaba una mies copiosísima que recoger en el Uruguay y en la República

Argentina, y sobre todo en la Patagonia. La función de despedida se efectuó el 20 del mismo mes, primer día de la novena de San Francisco de Sales. Don Bosco les dirigió la palabra y pocos días después les dio un nuevo adiós en Marsella.

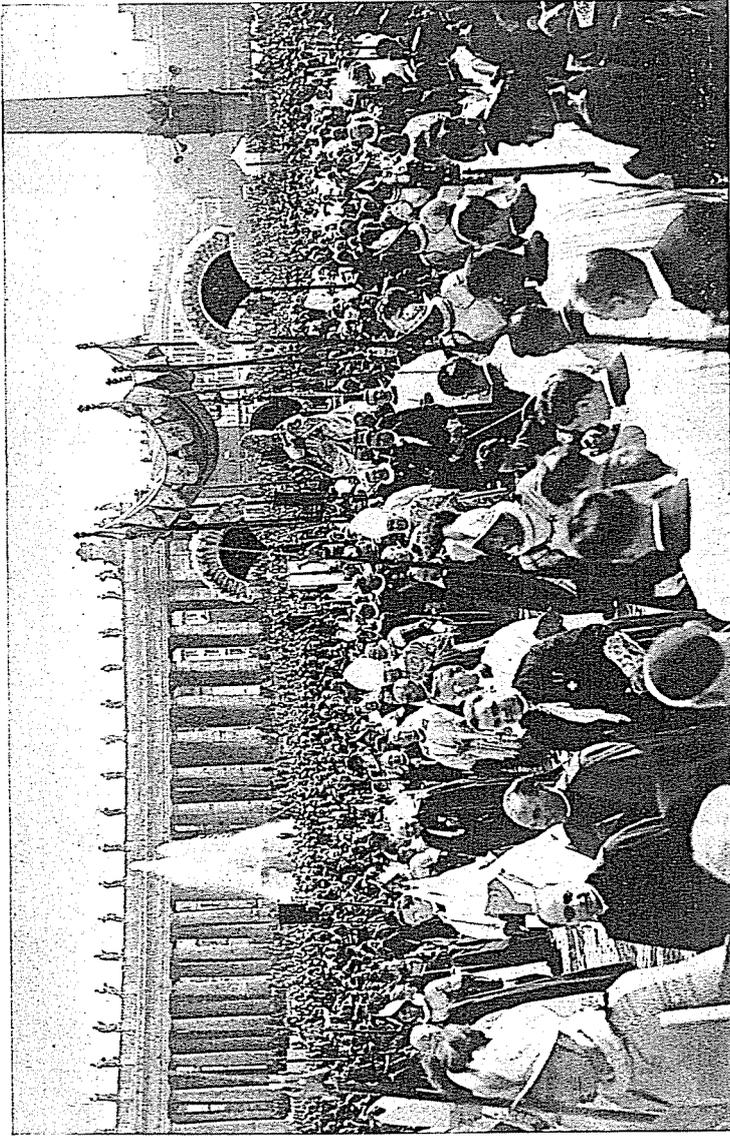
En Marsella, como la última vez, fue grande la conmoción que se despertó con la presencia de Don Bosco. El día que salió de aquella ciudad ocurrió un hecho conmovedor y extraordinario. En un rincón de la antecámara, llena de gente, se veía desde la mañana a una pobre mujer con un niño en brazos, pálido, inmóvil y al parecer moribundo; el infeliz estaba ciego. Con el dolor retratado en la cara, pero resignada y llena de fe, la pobrecita esperaba el momento de presentarse a Don Bosco; pero no lo conseguía. Sonaron las once de la mañana y llegó el párroco de San José para recoger a Don Bosco. Todos los que lo esperaban se apretaron en torno del Santo; solamente aquella pobre mujer, vista la imposibilidad de acercarse a él, permaneció quieta en su sitio, tímida y silenciosa. Don Bosco salió. El marido de aquella vino a traerle un poco de alimento, pues la mujer, perseverante en su fe, no quiso alejarse. Don Bosco estuvo ausente dos horas, y la pobrecita no se movió. Don Cagliero, que la había visto, tuvo compasión de ella. El niño permanecía inmóvil, como si estuviese muerto. Cuando el Siervo de Dios volvió, aquella mujer dio un paso adelante; pero no pudo romper el cordón de gente que rodeaba al Santo y éste entró en su habitación.

Finalmente llegó la hora en que Don Bosco debía dejar a Marsella para ir a Niza. Apenas apareció, centenares de personajes le estrecharon. La mirada de Don Cagliero descubrió a la pobre mujer; la vio con tan dolorosa resignación impresa en la frente, que se conmovió profundamente y volviéndose al Siervo de Dios, le dijo:

- ¡Don Bosco, aquella madre pide su bendición!
 - No tenemos tiempo; se hace tarde; el tren se va.
- Don Cagliero insistió:



La "Cameretta" o habitación en que murió Don Bosco. Hoy es un relicario.



Roma. La Canonización de San Juan Bosco el 1 de abril de 1934. Procesión hacia la Basílica de San Pedro.

—¡Ha estado allí todo el día!

Y llamándola en alta voz, hizo que le abrieran paso entre la muchedumbre, y así la pudo hacer llegar hasta Don Bosco, al cual presentó el niño que no se movía. El Santo lo bendijo y he aquí que el pequeñuelo empieza a agitar las manos, mueve el cuerpo y se restriega los ojos molestados por la impresión repentina de la luz. ¡María Auxiliadora había realizado otra maravilla!

De Niza se dirigió a Cannes para una conferencia. Allí le rogaron que fuera a bendecir a la señorita polaca Rolhand, privada de movimiento hacía dos años por dolencia de la espina dorsal. Hallábase en la pensión protestante "Bel air". La bendijo recomendándole que rezara algunas oraciones. Al salir díjole:

—La curación de usted será proporcionada a su fe.

—Tengo mucha fe —respondió la señorita.

—Pues bien —replicó Don Bosco—, si tiene usted fe, se curará.

Dos días después la enferma se levantó; aseguró que estaba curada y dirigióse a visitar a Don Bosco.

Fue enorme el estupor que este hecho causó en los mismos protestantes. El mismo Don Bosco, cuando vio a la señorita curada, se emocionó y le dijo:

—¡Vuelva al punto a casa!... ¿No tiene miedo de tentar a Dios?

—¡Oh! —respondió sonriendo la señorita Rolhand—. ¡Antes hemos tentado a Dios los dos, usted y yo!

Lo sobrenatural acompañaba al Santo. En Bordighera curó milagrosamente a la señora de Morenas y a su hijo. Otras maravillas se realizaron poco después en Roma, donde un pobre lisiado, invitado a andar sin muletas, sintióse curado al instante.

III

El día 23 de abril fue recibido en audiencia por el Papa, el cual encomió la obra de los Cooperadores Salesianos, y le entregó cinco mil francos para la iglesia del Sagrado Corazón, cantidad que poco antes había recibido como óbolo de San Pedro.

—He aquí —dijo el Pontífice— que este dinero viene a tiempo; lo he recibido con la derecha y se lo doy a usted con la izquierda; tómelo y sirva para los trabajos emprendidos en el Esquilino.

El 12 de mayo reunió en conferencia a los Cooperadores en Tor de Specchi, adonde acudió la flor de la Nobleza. Después de él tomó la palabra el Cardenal Alimonda, para estimular a los presentes a contribuir a las obras del Siervo de Dios.

En esta nueva estancia en Roma celebró la Misa en San Juan de Letrán para centenares de peregrinos franceses que se lo habían pedido; abogó por una casa de Misiones salesianas en relación con el Gobierno italiano y regresó a Turín el 16 de mayo, en la novena de María Auxiliadora.

* * *

Algunos días antes en Nizza Monferrato había volado al Cielo la Superiora General y confundadora de las Hijas de María Auxiliadora, Santa María Mazzarello. Dotada de cualidades especiales para la dirección de las almas, dio en poco tiempo tal desarrollo al nuevo instituto, que hubo de maravillarse al mismo fundador. En el espacio de nueve años, las Hijas de María Auxiliadora habían llegado a varios centenares, difundiéndose por el Piamonte, la Liguria, la Lombardía, el Véneto, Francia y América.

Don Bosco le había anunciado pocos meses antes la muer-

te, con esta donairoso parábola: “Un día la muerte fue a llamar a la puerta de un monasterio y dijo a la portera:

—¡Sígueme!

—No tengo a quien dejar en la portería —se excusó ella.

Pero entró y se puso a pasear por el claustro; a las Hermanas, a las novicias, a las alumnas les repetía su estribillo:

—¡Sígueme!

Entró hasta en la cocina y dijo a la cocinera:

—¡Sígueme!

También la cocinera se excusó; todas se excusaron, todas tenían tantas cosas que hacer. Finalmente la Muerte fue a llamar a la puerta de la Superiora y ésta también se excusó, aduciendo mil razones. Esta vez la Muerte cortó en seco diciendo:

—Una Superiora tiene que enseñar el camino a todas sus hijas, también cuando se trata del viaje a la eternidad.

La Superiora bajó la cabeza y siguió a la Muerte.”

La lección era clara. La Madre la comprendió. Para no contristar a sus hijas agradeció públicamente a Don Bosco todas sus atenciones; y, pues esto sucedió en Niza Marítima, se apresuró a partir por Alassio, a Niza Monferrato en donde murió santamente el 14 de mayo.

* * *

En agosto presidió el Santo en Nizza Monferrato el Capítulo de las Hijas de María Auxiliadora, en el cual se eligió por Superiora General a Sor Catalina Daghero, que ya era Vicaria General del Instituto.

Mientras tanto los Salesianos habían abierto varias casas nuevas, entre ellas la de Florencia. Al pasar por esta última en 1880, de vuelta de Roma, Don Bosco se encontró con una larga procesión de jovencitos que llevaban al frente una bandera. Preguntó quiénes eran y a dónde iban y un sacerdote florentino que le acompañaba respondió suspirando:

—Son niños católicos que salen de la escuela protestante y van al llamado sermón que dice el pastor.

A estas palabras y ante aquella comitiva se conmovió el Santo, fue a ver al Arzobispo y decidió abrir un Oratorio en Florencia.

* * *

Pero lo que en 1881 y durante varios años avivó más su ya encendido celo, como se podrá ver en el capítulo siguiente, fue el templo del Sagrado Corazón en Roma. El encargo recibido de León XIII tuvo en él, aunque ya gastado y caduco, un ejecutor devoto y generoso hasta el sacrificio: se trataba de Roma, del Papa, del Corazón de Jesús. Las trabas puestas aquel año a las clases del Oratorio atraieron mayor número de ex alumnos junto al Santo. El buen Padre, apoyándose en el discurso que le habían leído aquéllos, en el cual se aludía a un periódico que poco antes había acusado de ignorantes a los jóvenes del Oratorio, refirió que pocos años atrás una persona cuyo nombre calló, había escrito a Roma acusando de lo mismo a los Salesianos; pero se consultó el registro y con documentos auténticos y certificados, se probó que de doscientos miembros del Instituto, ciento ochenta habían sufrido exámenes oficiales, unos en los Seminarios y otros en la Universidad de Turín y otros en liceos y colegios oficiales y obtenido títulos de Teología o de Filosofía, o de Letras, de Ciencias, de profesor o de maestro.

El 15 de agosto, festejándose en familia su sesenta y seis cumpleaños, abrió su corazón a sus hijos diciéndoles:

—Vosotros me decíais que Don Bosco ha hecho tantas obras hermosas; pero, ¿no veis que el amor que le tenéis os hace ver las cosas de un modo completamente distinto de lo que son? ¿No comprendéis que todo se ha hecho y se está haciendo con la ayuda de Dios y por intercesión de María Auxiliadora? Si el Señor no hubiese hecho fuerte nuestro brazo y no nos hubiese llevado de la mano, ¿qué habiéramos podido hacer? ¿No tenéis presentes las generosas ofrendas, los grandes e inesperados auxilios de tantos bienhechores y bienhechoras? Sean dadas las gracias ante todo al Cielo y los

Cooperadores. Como veis, Don Bosco no ha sido más que un ciego instrumento en manos de Dios, quien demuestra así que cuando quiere, puede hacer aun con medios muy mezquinos las cosas más grandes. Y ahora, pasando a otras cosas, veis que siempre, pero principalmente este año, hemos tenido dulces y grandes consuelos y también, hay que decirlo, muchas espinas y dolores. Pero ya se sabe que no hay rosas sin espinas. Pues bien, ¿qué debemos hacer, hijos queridísimos? Tanto en éstas como en aquéllas, lo mismo en las alegrías que en las penas, hágase la voluntad de Dios, que jamás nos abandonará y menos cuando nos veamos envueltos en los peligros de la persecución. ¡Ánimo, pues, ánimo siempre! No nos cansemos de ir con decisión por el camino de la virtud, de hacer el bien cuando y como mejor podamos; y Dios estará con nosotros.

Precisamente entonces más que nunca la tempestad arreciaba. Se habían comunicado a la Sagrada Congregación del Concilio y publicado también graves mentiras contra él y su Sociedad; por lo cual el Siervo de Dios se vio "obligado, por obediencia, a presentar a la Santa Sede una exposición completa de todo lo sucedido". Redactada por Don Bonetti, se envió a los Eminentísimos Cardenales de la mencionada Congregación, precedida por una declaración de Don Bosco con fecha 15 de diciembre de 1881, la cual terminaba así: "Al cumplir este doloroso deber, con gran repugnancia de mi alma, pasaré en silencio muchos hechos y dichos que se relacionan solamente con mi humilde persona, exponiendo, en cambio, los que atañen a la Congregación o a mí como jefe y superior de la misma."

A la par de amargas recibía grandes consuelos como las noticias que llegaban de América.

En las Misiones de la Patagonia Monseñor Fagnano había realizado dos excursiones importantes, una de las cuales llegó hasta el lago Nahuel-Huapi, convirtiendo y bautizando a centenares de personas. La obra de fe y civilización iniciada por los misioneros salesianos estaba mereciendo grandes

encomios. El mismo presidente de la República, General Julio Roca, aseguraba al Santo que las Misiones salesianas en las Pampas y en Patagonia tendrían siempre en la Argentina el puesto que se merecen las empresas civilizadoras; y que los hijos de Don Bosco serían mirados siempre con la consideración que han merecido de todas las autoridades del país.

CAPÍTULO LVII

El templo del Sagrado Corazón en Roma

I

Fuerza es volver un poco atrás la mirada. Dos iglesias en construcción tenía Don Bosco en 1880: una dedicada a San Juan Evangelista en Turín y otra a María Auxiliadora en Vallecrosia (Bordighera) y además colegios y escuelas en La Spezia, en Niza Marítima y en Niza de Monferrato, cuando impensadamente se le añadió otra de muchísimo mayor importancia. En 1871 todos los Obispos de Italia consagraron sus diócesis al Sagrado Corazón de Jesús. Parecióles entonces un vacío deplorable la falta de un buen templo en Roma al Corazón del Redentor; y en consecuencia la prensa lanzó la idea de colmar este vacío. Pío IX la aprobó y ofreció el terreno, que con otro fin había comprado en el Monte Esquilino. Era aquél un sitio que necesitaba verdaderamente una iglesia: el plano de la ciudad, levantado por el ingeniero arquitecto Merode, ministro de Pío IX, preveía el inmenso desarrollo de la urbe por esos barrios altos, especialmente en el Castro Pretorio, tan cercano a la estación de los ferrocarriles. Los sucesos del 20 de septiembre, en vez de frenar la expansión, la aceleraron; pero en la fiebre de construcciones en el salubérrimo barrio, nadie pensaba en la asistencia espiritual y salvación de las almas que iban a habitarlo. Las tres parroquias limítrofes apenas podían atender a sus feligreses. El proyecto de levantar una iglesia

estaba, pues, más que justificado; pero las cosas iban a ritmo tan lento, que a la muerte de Pío IX nada se había hecho todavía.

* * *

León XIII hizo suya la idea y el 1 de agosto del 78, por medio del Cardenal Vicario, Mónico La Valletta, invitó al Episcopado Católico a concurrir mediante colectas diocesanas. Se crearon comisiones para recogerlas. El conde Francisco Vespignani, arquitecto de los Palacios Apostólicos, hizo los planos. Pero desgraciadamente la noble iniciativa, aunque venía de tan alto, no halló toda la generosa acogida que era de esperar: las circunstancias del mundo eran en realidad adversas. El Papa no podía resignarse a aquella especie de fracaso, y tratando de ello con los Cardenales, algunos de ellos le sugirieron que quien podía llevar a cabo la obra era Don Bosco.

Aceptó el Papa la idea, y sabiendo que el Santo se hallaba en Roma, por medio de otras personas le hizo saber sus deseos. Comprendió Don Bosco de un golpe la magnitud y las dificultades de la empresa, que eran enormes y de todo género; además, se sentía extenuado y viejo; le agobiaban otras empresas; pero se trataba del Papa y del Sagrado Corazón. Aceptó. Entonces el Papa lo llamó. Le dijo que era su deseo se encargara de levantar el templo.

—El deseo del Papa es para mí un mandato —le respondió.

—Pero yo no le puedo ayudar con dinero.

—Santidad, ni se lo pido; más bien le pido permiso para ampliar los planos, que son muy pequeños, y para levantar al lado del templo un hogar para niños necesitados.

Pidió, eso sí, libertad de acción y sobre todo el no estar sujeto a inspecciones o intervenciones parecidas. Esto ofrecía serias dificultades, que se fueron viendo mejor a medida que el tiempo pasaba, y que acabaron por superarse a fuerza de paciencia, de habilidad y de... liras.

El encargo era una sanción honrosísima de su obra y de su espíritu. Ciertamente era una carga, y muy pesada, “pero se trataba del Papa y del Sagrado Corazón”.

Después de la audiencia, Don Bosco no perdió tiempo. Trazó sus planes, se los comunicó al Cardenal Vicario, condensados, para una convención definitiva, y antes de dejar la ciudad, adquirió un solar y una casita confinantes con el terreno del templo que se iba a edificar. A la planta de éste hizo añadir veintinueve metros: once en el frente, dieciocho para un espacio absidal. Así con un grano ganó —dice graciosamente Ceria— no dos, sino cuatro palomos; se aseguró el espacio para el hogar, proveyó una habitación entera para los salesianos durante los trabajos, conjuró el peligro de los protestantes que precisamente en aquellos días estaban buscando sitio donde poner sus capillas y escuelas y fundó el *Ospizio Sacro Cuore*.

* * *

Al frente de la obra puso a un sacerdote de grandes dotes, apto para tratar con Monseñores y con la Nobleza romana; y además, desembarazándose a fuerza de habilidad y de dinero, de los contratistas anteriores y de una nube de intermediarios e interesados, mandó a un coadjutor capacitado.

Y aun así los dispendios eran muchos.

Se comprende por qué la obra no había prosperado.

Ésta era, eso sí, costosísima; el talento inventivo de Don Bosco tuvo que ponerse de nuevo a prueba para arbitrar recursos: interesó a la Nobleza romana, lanzó miles de folletines de propaganda en varios idiomas, creó centros en Francia e Inglaterra; recurrió al ambicionado cebo de las condecoraciones y títulos para los bienhechores insignes, a las tómbolas y, finalmente, viendo que el tiempo urgía y la vida se le iba, se decidió a ir a recoger limosnas también en Francia y en España. Finalmente, en mayo del 87 la igle-

sia pudo ser consagrada. Faltaban aún detalles importantes; pero Don Bosco insistió en que se consagrara si querían que él asistiese a la consagración, como era deseo de todos, incluso del Papa.

II

El 20 de abril de 1887 marchó a Roma, recibiendo las más delicadas atenciones del alto personal ferroviario. En todas las etapas de este su diecinueve viaje a la Ciudad Eterna hubo entusiastas acogidas y maravillosos efectos de sus bendiciones.

No interrumpamos la narración, aun a trueque de no seguir estrictamente el orden cronológico.

El 10 de mayo, juntamente con muchos compañeros, fue a pedirle la bendición un clérigo del Seminario Pío, con la esperanza de curar de la sordera que le atormentaba hacía dos años. Al día siguiente volvió a darle las gracias por el favor recibido. El 12 de mayo se le presentó una señora que desde hacía muchos años tenía un brazo paralizado; recibida la bendición, curó instantáneamente y antes de marcharse entregó una limosna de quinientas liras.

El 13 por la tarde el Padre Santo León XIII lo recibió y fue a su encuentro sonriendo. No permitió que se arrodillase para besarle el pie y ordenó a Monseñor Della Volpe que le acercase una silla y como ésta quedó a cierta distancia, el Papa mismo la acercó y le hizo sentar a su lado. Tomóle la mano y estrechándosela amablemente, le preguntó:

—¡Oh, querido Don Bosco!, ¿cómo está?... ¿cómo está?

Y sin darle tiempo de responder, y levantándose rápidamente, prosiguió diciendo:

—Don Bosco, tiene usted frío, ¿no es verdad?

Y fue a su lecho, descorrió las cortinas y quitando un cubrepiés, dijo:

—Vea esta hermosa piel de armiño, que me han regalado

hoy por mi jubileo sacerdotal. ¡Quiero que sea usted el primero en usarla!

Y se la acomodó sobre las rodillas. Después, sentándose de nuevo, lo tomó por la mano y con vivo interés le pidió noticias suyas.

El Santo, que había permanecido callado hasta aquel instante y más todavía por lo extremadamente conmovido que estaba por aquella distinción, respondió:

—Estoy ya viejo, Padre Santo, tengo setenta y dos años; y éste es mi último viaje y la conclusión de todas mis cosas. Antes de morir, quería ver una vez más a su Santidad y recibir su bendición. Lo he conseguido y ahora no me resta nada más que cantar: *Nunc dimittis servum tuum, Dómine, secundum verbum tuum in pace. Quia vidérunt óculi mei salutare tuum. Lumen ad revelationem gentium et glóriam plebis tuae Israél!*

—Yo tengo seis años más que usted —dijo el Padre Santo—, de modo que haga usted cuenta de vivir todavía. ¡Mientras no oiga decir que León XIII ha muerto, esté tranquilo!

—Padre Santo —contestó—, vuestra palabra en ciertos casos es infalible; yo quisiera aceptar gustoso ese augurio; pero crea que estoy ya al fin de mis días.

El Vicario de Jesucristo le pidió con suma benevolencia noticias de sus jóvenes y de sus casas, se interesó por las Misiones y, finalmente, le preguntó si necesitaba algo. Don Bosco habló a Su Santidad de la iglesia del Sagrado Corazón, que se había de consagrar al día siguiente, y le recomendó el grupo de cantores del Oratorio de Valdocco, los cuales, bajo la dirección del maestro Dogliani, desde Génova, adonde habían ido para cantar en las fiestas centenarias de Santa Catalina, habían proseguido el viaje hasta Roma para dar más solemnidad a las fiestas de la consagración. Esta Escolanía del Oratorio era entonces renombrada en toda Europa.

El Papa le manifestó su gran satisfacción por las noticias que le daba; le dijo que era también vivo deseo suyo ver a sus hijos de Turín; y al final insistió en que se procurase

conservar el espíritu del fundador en toda la Sociedad.

—Recomiende, recomiende a los salesianos la obediencia especialmente, y dígales que guarden las máximas y tradiciones que les deja. Sé que ha obtenido usted magníficos resultados educativos con la Confesión y Comunión frecuentes entre sus niños. Pues bien, continúe y haga que los salesianos a su vez recomienden esta saludable práctica a los niños que les están confiados. Lo que me urge más manifestar a usted y a su Vicario es que *no se preocupen tanto del número de los salesianos como de su santidad*. No es el número lo que aumenta la gloria de Dios, sino la santidad, la virtud de los socios. Por eso deben ustedes ser muy cautos y rigurosos en la aceptación de nuevos miembros en el Instituto; y cuiden sobre todo de que sean de absoluta moralidad.

* * *

Tomándolo de nuevo por la mano, le dijo en tono confidencial que le manifestase alguna cosa sobre los futuros acontecimientos de la Iglesia. Don Bosco lo tomó a broma, diciendo al Padre Santo que él conocía bastante mejor la marcha de los negocios públicos.

El Papa insistió:

—No le pregunto por el presente, que éste lo conozco yo también; le hablo de lo por venir.

—¡Pero yo no soy profeta! —respondió Don Bosco sonriendo.

A pesar de todo, tuvo que ceder y manifestó todo lo que sabía, que no era poco.

El Siervo de Dios salió de la audiencia siendo objeto de las más delicadas atenciones y cordiales homenajes de los personajes de la Corte Pontificia que encontró a su paso.

El día siguiente, 14 de mayo, el Eminentísimo Cardenal Vicario consagró solemnemente la hermosísima iglesia, estando presente Don Bosco. Asistieron con él a la ceremonia muchos ilustres magnates.

El 16 de mayo bajó Don Bosco para celebrar en el altar de María Auxiliadora. Más de quince veces prorrumpió en lágrimas, de modo que a duras penas pudo acabar la Misa. Don Viglietti, que lo asistía, tuvo que aliviarlo de cuando en cuando de su gran emoción. Después de la Misa la muchedumbre, enternecida por su piedad y su aspecto de paciente, le rodeó besándole los ornamentos y las manos, y cuando traspasó el umbral de la sacristía le suplicó que la bendijera.

—¡Sí, sí! —respondió Don Bosco.

Y subido en los primeros escalones que de la primera sala conducían a la segunda, se volvió a bendecirla, levantó la mano y repitió con voz débil y temblorosa:

—Bendigo... Bendigo, bendigo...

Después, rompiendo en llanto, se cubrió la cara con ambas manos y fue necesario sacarlo de allí. Al preguntarle por qué se había conmovido tanto, respondió:

—¡Tenía tan vivo ante mis ojos lo que soñé sobre nuestra Sociedad, teniendo de nueve a diez años, y veía y oía también a mi madre y a mis hermanos discutir sobre mi sueño, que no podía continuar el Santo Sacrificio!

“¡Todo lo comprenderás a su tiempo!”, le había dicho la Virgen. Y he aquí que, después de sesenta y dos años, el humilde pastorcillo de Becchi comprende claramente la misión que nuestro Señor le había confiado por medio de su bendita Madre. Acababa de tener, con la erección del templo al Sagrado Corazón en el centro de la Cristiandad, a invitación del Vicario de Jesucristo, su más solemne sanción aprobatoria y laudatoria.

Había gastado en la obra más de tres millones, suma muy considerable en aquellos tiempos. Al sucesor le quedaba el encargo nada fácil de terminar el decorado y otros detalles.

Hubo alguien que temió un fracaso; mas la Providencia siguió premiando la fe y el sacrificio: el espíritu de Don Bosco pasó a Don Rúa; la obra era de Dios.

El 17 recibió León XIII, en audiencia cordialísima, a la

Schola Cantórum, que tanto realce había dado a las fiestas.

Y no se debe pasar en silencio este detalle. Estaba en acción un movimiento para restaurar las melodías gregorianas y en general el canto y música sagrada. Don Bosco tenía en Marsella un gran maestro de la Escuela de Solesmes, el salesiano Padre Juan Grosso. Lo hizo ir en aquellos días a Roma para que, con la "Schola Cantórum" del Oratorio turinés y otros elementos formados *ad hoc* dieran en aquellos días audiciones de música sagrada. Los inteligentes las aplaudieron mucho. La tradición musical de la Sociedad Salesiana confirmaba su fama y recibía una consagración en la Ciudad Eterna.

CAPÍTULO LVIII

Tercer viaje a Francia

Volvamos ahora la mirada al año 1882. Marchaban con rapidez los trabajos de construcción, tanto en Roma como en Turín; pero como al mismo tiempo debía hacer frente a grandes compromisos, emprendió a los comienzos de enero un nuevo viaje a Francia para recoger limosnas. Allí recibió en todas partes entusiasta acogida.

Marsella, que lo hospedó cerca de un mes, vio tales maravillas, que el Santo, el día de su partida, para sustraerse a la muchedumbre de devotos que había ido a la estación, resolvió tomar el tren en Aubagne. El abate Mendre, Vicario de San José, decidió acompañarlo en el carruaje, porque meditaba un piadoso proyecto. Una penitenta suya, la señorita Flaudrin, gravemente enferma y ya para morir, había en vano, por medio de su madre, pedido a Don Bosco que fuera a visitarla; pero sus ocupaciones no le permitieron complacerla. Habían hecho los viajeros un corto trayecto, cuando el carruaje se detuvo.

—¿Cómo —exclamó Don Bosco—, estamos ya en Aubagne?

—¡Oh, no! —respondió el abate—; pero hay aquí una pobre enferma que visitar.

—Muy bien; vamos —respondió amablemente el Siervo de Dios, y subió a la habitación de la enferma.

Esta joven de quince años no podía alimentarse por vía bucal y era atormentada además por una sed ardiente. Su

padre, empleado civil, al irse a la oficina había dejado a su hija sin esperanza de encontrarla viva a la vuelta. Don Bosco dijo a la enferma:

—¿Bebería usted un poco de agua?

—No puede —respondió la madre.

—Recemos —añadió él.

Los presentes se arrodillaron y rezaron; después Don Bosco dio la bendición a la enferma y añadió:

—¿Beberá ahora?

La enferma comenzó a beber sin dificultad y parecía como si se le infundiera una nueva vida, hasta que exclamó:

—¡Estoy curada!

La madre y el abate fuera de sí no sabían dónde estaban. Don Bosco mismo con las lágrimas en los ojos y temblando de pies a cabeza, volvió al carruaje repitiendo:

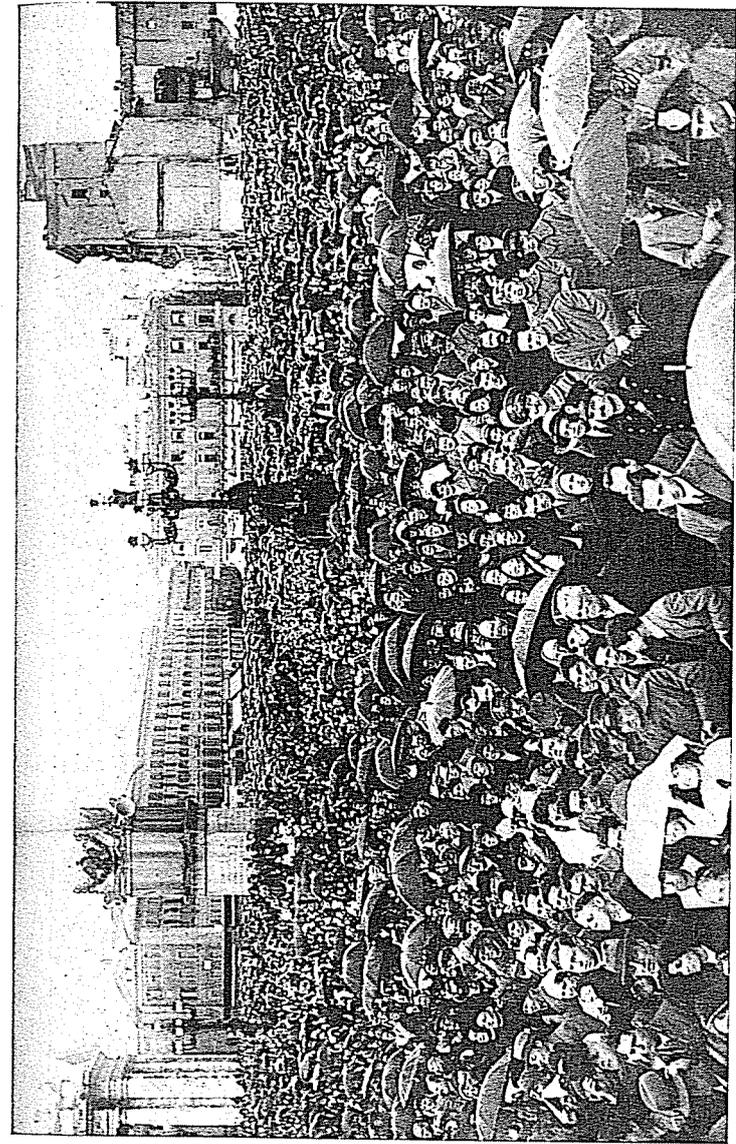
—¡Bendito sea Dios y María Auxiliadora!

Llegaron a tiempo a la estación. La señorita, perfectamente curada, se vistió y fue a sentarse en el rellano de la escalera para esperar a su padre que estaba para llegar. Cuando la hija oyó los pasos de éste, corrió a su encuentro, arrojándose a sus brazos y gritando:

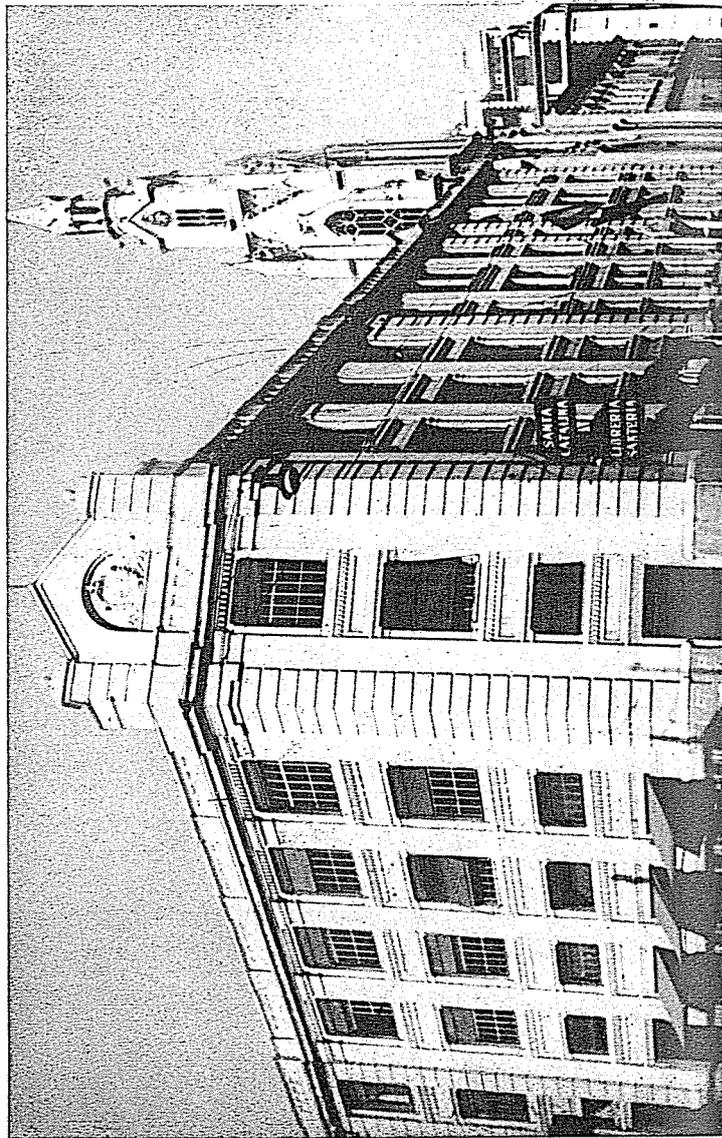
—¡Papá, estoy curada! ¡Don Bosco me ha curado!

El padre se bamboleó y cayó como un cuerpo inerte por la alegría, y fue preciso llamar al médico y emplear varias horas para devolverle el uso de los sentidos. La hija poco antes moribunda, le prestó con su madre amorosísima asistencia.

A la vuelta de Francia hizo una visita a las casas salesianas de Liguria. El 30 de mayo dio la primera conferencia a los Cooperadores de Génova en la basílica de San Ciro. "Al llegar al fin —dice don Berto— observé maravillado que aquella iglesia tan espaciosa estaba enteramente llena de selecto público. Apenas bajó Don Bosco del púlpito, todos a porfía se aglomeraron junto a él, quién para besarle la mano, quién para decirle una palabra al oído; y no eran pocos los que se arrodillaban para recibir su bendición. Muchos que-



Roma. Canonización de San Juan Bosco. En la Plaza de San Pedro.



Buenos Aires. Iglesia y Colegio de Santa Catalina.

rían tener el consuelo de entregarle en sus propias manos una ofrenda. Al llegar a la sacristía, todavía rodeado de varias personas, tuvo que esperar tres horas para satisfacer a todos cuantos deseaban verlo y hablarle: había dicho a los ricos grandes y tremendas verdades sobre “justicia” y “caridad”.

El 3 de abril predicó en Camogli, donde le escucharon ávidamente una inmensa muchedumbre de personas. Después de visitar las casas de Spezia, Lucca y Florencia llegó a Roma, donde los trabajos de la iglesia del Corazón de Jesús exigían mucho dinero.

El 26 de abril fue recibido por el Papa. La amabilidad con que lo trató el Vicario de Jesucristo no pudo ser mayor; le preguntó sobre la pesadísima cruz que aún llevaba sobre sus hombros y le prodigó muchos consuelos tratando de tranquilizarlo afectuosamente; escuchó con benevolencia algunas indicaciones y observaciones sobre un *Catecismo Único para todas las diócesis del mundo católico*; le consoló con los informes sobre el constante desarrollo de la Sociedad, y le concedió para todos sus hijos alumnos y Cooperadores la más amplia bendición, extensiva a los directores de las casas de Italia, Francia, España y América.

Para la fiesta de María Auxiliadora Don Bosco estaba ya en Turín. Tuvo esta solemnidad aquel año una circunstancia que le dio más lustre, cual fue la presencia de un numerosísimo concurso de personas favorecidas por la Virgen, entre las cuales la señorita Rolhand y la condesa de Corsón de París, que había sanado prodigiosamente en Hyères. Los admirables efectos de las bendiciones del Siervo de Dios se multiplicaban; pero aquel año lo que consideró como el favor más señalado de María Auxiliadora fue el final, aparente al menos, de las graves vejaciones a las cuales con disgusto hemos aludido. León XIII, cuando hubo leído la exposición que le envió Don Bosco, quedó de tal manera impresionado, que, si bien habían salido dos sentencias favorables a la

Sociedad, una de ellas de la Sagrada Congregación del Concilio, quiso conocer por sí mismo la cuestión y dictó al Cardenal Nina las bases de un arreglo, que a Su Eminencia le pareció injusto para Don Bosco e inaceptable. El Papa le respondió que todo lo había pensado y determinado, teniendo presentes las virtudes del Siervo de Dios.

—¡Conocemos a Don Bosco —repetía León XIII—, es un Santo!

En efecto, obedeció. Cuando uno, el más poderoso de los adversarios, narró al Pontífice que Don Bosco se había sometido a las disposiciones que se le habían comunicado, lo cual era señal de que se reconocía culpable, exclamó con viveza el Pontífice:

—¡No! Se lo hemos insinuado Nos mismo. Sabíamos, sí, sabíamos que Don Bosco aceptaría cualquier condición, porque es un Santo; por eso se la impusimos; Don Bosco es un Santo.

Pudo, pues, aquel año dar un gran consejo a los ex alumnos sacerdotes. Después de haberlos exhortado a tener fija la mirada en el Jefe Supremo de los sacerdotes, Jesucristo, y en su Vicario, y a ejemplo suyo, tener por único objeto de sus pensamientos, de sus afectos y de sus acciones la gloria de Dios, la destrucción del pecado, la salvación de las almas, dijo:

—Obrando así encontraréis ciertamente obstáculos, contradicciones y quizá persecuciones; pero no deben abatirlos ni desalentaros, ni haceros desistir de obrar bien; al contrario, han de servir para estimularos a seguir adelante con más decisión. ¿El mundo nos cubre de villanías y aun de injurias? Pues bien, colmémosle nosotros de beneficios bajando por su bienestar religioso y moral, y pudiendo, también físico y material. Pongamos en práctica el consejo de San Pablo: *Noli vinci a malo, sed vince in bono malum*: No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien; es decir, venced con vuestra bondad la malicia y la perversidad de vuestros adversarios y procurad ganarlos para Dios

con obras buenas. Sobre todo cuidado de hacer el bien a los niños, a los enfermos y a los pobres, como el Divino Maestro, y de este modo cerraréis la boca a los malos, y lo que más vale, atraeréis la protección de Dios sobre vosotros y las obras de vuestro ministerio. Concluyó recordando esa sentencia de los Libros Santos que dice: *Et cognovi quod non esset melius, nisi laetari et facere bene in vita sua*; que es como decir: *Laetari et bene facere e lasciar cantar le pássere*. Procedamos así y estaremos contentos en la vida y en la muerte...

* * *

Esta salida demuestra que en medio de todos los sucesos, tristes y alegres, Don Bosco no perdía el buen humor.

Otra prueba la dio en un banquete de diplomáticos extranjeros a que le invitó el Conde de Maistre, embajador en Roma. El Conde hablaba nueve lenguas, y se entretenía dialogando ora con uno, ora con otro.

Don Bosco entabló con él diálogo en piamontés, desconocido para los ilustres anfitriones. Intrigados, se preguntaban qué lengua era aquélla. Y les respondió con aplomo:

—Sánscrito primitivo, la más expresiva lengua del mundo.

CAPÍTULO LIX

El triunfo de París

I

Construída la iglesia de San Juan Evangelista, pudo ocuparse con más resolución en la del Sagrado Corazón en Roma. Sentía que las fuerzas le iban faltando; pero su amor al Papa le movió a dedicar a ella con ardor juvenil todas sus energías restantes.

Resolvió, pues, volver a Francia y prolongar el viaje, si sus fuerzas se lo permitían, hasta París.

Salió de Turín el 31 de enero de 1883, cinco años antes de su muerte, después de haber dado al santo nombre del Redentor un solemne testimonio de su fe con la publicación del opúsculo *Jesucristo nuestro Dios y nuestro Rey*, del cual hizo imprimir doscientos mil ejemplares, para contraoponerlos a la impía y sacrílega propaganda de un periódico anticlerical titulado *Jesucristo*.

Durante su viaje se detuvo en Sampierdarena, Alassio, San Remo, Bordighera y Ventimiglia. En Bordighera, caminando de noche solo y por calles llenas de charcos, se le apareció el Gris, yendo delante de él, escogiendo los sitios mejores de la calle. Él lo siguió, hasta que llegó felizmente a casa, donde el misterioso defensor desapareció. Hacía treinta años que no lo veía y no volvió a verlo más.

Cuando entró en Francia se dirigió a París, deteniéndose en muchos lugares, entre ellos en Nizza, Cannes, Mentón,

Tolón, Navarra, Saint-Cyr y Marsella, siendo acogido en todas partes con tal entusiasmo, que Pierre Monin declaró que vio renovarse en torno de Don Bosco las mismas escenas que había visto con el Cura de Ars, San Juan Bautista Vianney.

El 2 de abril en Aviñón, aunque allí no era conocido, le rodeó al punto una muchedumbre de enfermos, ciegos, paralíticos, mudos, tísicos y epilépticos, todos ávidos de una mirada suya o de una palabra. También al día siguiente lo asedió tanta gente hasta el momento de la partida, que hubieron de decirle:

—¡Vea qué inundación!

Y él con humildad respondió:

—¡Un motivo más para marcharnos!

Continuó para Lyon, donde dio una conferencia sobre la Patagonia en la Sociedad Geográfica, en presencia de las notabilidades científicas de la ciudad. Todos tenían delante un mapa geográfico de aquella región. El Santo se puso a describir aquellos lugares tan detalladamente, hablando de la fauna, flora, geología, montes, ríos, habitantes y rectificando a veces las aserciones y opiniones de los geógrafos, que los oyentes ya miraban los mapas, ya le miraban a él maravillados. Cuando hubo acabado, le preguntaron dónde había obtenido noticias tan interesantes. Respondió que todo lo que había dicho era verdad comprobada y comprobable; pero calló que lo había visto viajando en sueños.

El 16 de abril salió para Moulins, y el 18, precedido de la fama de taumaturgo y de Santo, entró en París. Bajó en la estación de Lyon, subió a un carruaje que lo esperaba y le condujo, recorriendo los grandes *boulevards*, a la calle de Messina, 34, a casa de la familia De Combaud, que le destinó un piso entero, separado del resto de la casa, considerándose muy honrada con poder hospedar al enviado de la Providencia.

Al día siguiente, después de celebrar la Misa en el palacio, apresuróse a visitar al Cardenal Arzobispo; éste estaba

momentáneamente ausente; pero le recibió con suma amabilidad su Coadjutor. Volvió aquel mismo día al palacio arzobispal y tuvo con el Cardenal Guibert una larga conferencia. Al final de la audiencia, el Eminentísimo Cardenal le propuso hacer una colecta a beneficio de las obras salesianas, en la iglesia de la Magdalena, en donde lo invitó a dar él mismo una conferencia. El Siervo de Dios se excusó diciendo que no sabía hablar bien el francés.

—No, no —dijo con insistencia el venerable purpurado—, hable usted mismo. París le creará más a usted que a cualquier otro. ¡Dios le bendiga!

Tampoco dejó el eminente purpurado de revelar que había recibido de un Prelado italiano una carta recomendándole que no le permitieran hablar en las iglesias. Ya se adivina quién era ese Prelado.

* * *

Dios bendijo visiblemente a su Siervo. Apenas los diarios anunciaron su llegada, una muchedumbre de personas de toda clase y condición corrió a buscarlo disputándose las audiencias y postrándose de rodillas a sus pies. Todo París, el que se divierte y el que reza, se conmovió.

Tan acostumbrado está París a la visita de los hombres más elevados e insignes, que, a veces, ni a los emperadores se les hace caso. Pero ya hacía mucho tiempo que no había visto un Santo y menos un Santo extraordinario. Se esparció la voz de que Don Bosco, el sacerdote italiano, que era un Santo, un gran Santo que hacía milagros, un Santo de grandes iniciativas, el Fundador de un nuevo Instituto, uno de aquellos hombres que aparecen de tarde en tarde en la historia de la Iglesia, se encontraba en la ciudad. París quiso ver a Don Bosco, que estaba de paso, escucharlo, acercársele y tocar sus vestidos. Los mismos diarios, que no se maravillan de nada, estaban asombrados.

El *Figaro* del 18 de mayo, en un extensísimo artículo

de Saint-Genest, narraba las vicisitudes del Oratorio, comparando la obra de Don Bosco con la de Fernando de Lesseps, el cual encontraba accionistas para sus empresas, pero con la esperanza de una ganancia enorme; mientras que el pobre sacerdote de Turín no sabía decir otra cosa a sus Cooperadores que: "Venid, haced sacrificios, dad vuestro dinero", y acababa así: "Si la Sociedad de San Francisco de Sales me parece digna de consideración, es porque en medio del actual ateísmo hace que el nombre de Dios sea bendecido."

Otros diarios que dedicaron largas crónicas a los días parisienses de Don Bosco fueron *Gacette de France*, *Le Monde*, *Gil Blas*, *La France illustrée*. Hasta se puso de moda hacer paralelos entre él y Napoleón.

II

Los días de París fueron laboriosísimos para Don Bosco. Se levantaba a las cinco, rezaba y hasta las siete treinta se enteraba de la correspondencia; cada día le llegaban centenares de cartas. Después iba a celebrar la Santa Misa; luego recibía o hacía visitas. Por la tarde iba al número 27 de la calle Ville l'Évêque, en casa de Senislhac, en donde recibía a todos los que se presentaban. A las 22, de vuelta en casa de Combaud, se entretenía con esta familia algunos minutos y luego se retiraba a su habitación con los secretarios para trabajar en el despacho de la correspondencia; se acostaba hacia la medianoche después de haber rezado las oraciones.

En casa Senislhac, una comisión de damas ilustres estaba encargada del servicio de orden para las audiencias de Don Bosco, considerándose muy honradas con poder desempeñar este cometido. Don Rúa fue llamado a París a fines de abril para ayudar al Santo, y como no conocía la residencia de Don Bosco, cuando llegó a la Magdalena le bastó seguir el camino de la muchedumbre que iba a ver al Santo, para encontrarle, sin necesidad de más indicaciones. "No puedes formarte idea —escribía a Don Lazzero, el dos de mayo— de las montañas

de cartas que tenemos aquí en espera de contestación; no tres, sino seis o siete secretarios serían necesarios. Por fortuna tenemos un buen religioso que viene a ayudarnos.

Las conferencias o *sermons de charité* que dio Don Bosco en las iglesias más grandes, fueron otros tantos acontecimientos. Del 21 al 27 de abril celebró la Misa en Institutos y Oratorios privados; el 28 por la mañana dio la primera conferencia pública en Nuestra Señora de las Victorias. Era imposible circular por la plaza de los *Petits Pères* después de la ceremonia.

Al día siguiente, domingo, 29 de abril, subió al púlpito de la Magdalena. Rara vez se vio una muchedumbre tan compacta ocupar aquella grande y famosa iglesia, y en los contornos tantos ricos carruajes con los más ilustres blasones. Dos horas antes estaban ya ocupados los sitios y todas las personas que llegaron durante las vísperas no pudieron entrar. Aunque su voz no llegaba siquiera a la mitad del templo, fue escuchado con gran emoción por el auditorio; más que a oír, iban a ver. La colecta que se hizo fue abundante. A la mañana siguiente celebró en aquella iglesia para dar una prueba de gratitud a aquellos bienhechores. Los diarios comentaron la conferencia poniendo de relieve la sencillez de la forma y la extraordinaria impresión producida en los afortunados oyentes.

El 1 de mayo celebró y predicó en San Sulpicio, el gran Seminario, uno de los más célebres de la cristiandad. Después se fue a la sacristía y se puso a dar audiencias, estando de pie en la tarima; pero llegó un momento en que dijo al marqués Franqueville:

—¡Es imposible contentar a todos! ¿Cómo podré resistir? Estoy cansado y no puedo sostenerme; escucharé una sola palabra de cada uno. Hagámoslo así.

El marqués avisó al público, cuidándose de que así se hiciese. La gente desfilaba delante del Santo diciéndole una sola frase: “¡Ruegue por mí!” “¡Déme una bendición!” “Diga a la Virgen que me ayude en mis negocios”, etc., etc. Ya lle-

vaba dos horas el desfile, cuando Don Bosco dijo al marqués:

—Dígame cuántos quedan aún.

El marqués fue a ver y le respondió:

—¡Todavía quedan más de quinientos!

Se mandó traer un café, que tomó Don Bosco mientras la gente pasaba diciéndole su palabra. Así transcurrió otra hora.

—Señor marqués, ¿cuántos quedan todavía?

El marqués miró de nuevo y dijo:

—Unos mil.

—Será preciso cortar; no puedo tenerme en pie.

Vino el párroco y se entretuvo unos instantes con Don Bosco; después el marqués lo hizo pasar a la casa parroquial y de allí salió para su residencia.

Las casas religiosas fueron objeto especial de sus visitas. El consuelo y la edificación eran mutuos; y parece como que sentía necesidad de aquel contacto con las almas llamadas por Dios a la vida religiosa; en casi todas las casas que visitaba se realizaban curaciones y otros portentos.

* * *

Las laboriosas audiencias en casa de Senislhac duraron varios días hasta que el 5 de mayo partió para Lila. También allí el triunfo. Una muchedumbre inmensa acudió a la conferencia, que se dio en la sala del Asilo San Gabriel, donde muchos enfermos y sanos, nobles y plebeyos fueron a porfía para verle.

De Lila pasó a Amiéns y predicó en la catedral. Hubo un continuo ir de enfermos y de familias al Patronato. Las madres le presentaban a sus hijos para que les impusiese las manos y los bendijese. Al partir, una gran multitud lo acompañó a la estación y se arrodilló como un solo hombre para ser bendecida. Mas volvamos a París.

La bondad inagotable del Señor se complacía en exaltar la humildad de su Siervo justamente en el tiempo que, ter-

minada la gran prueba, despuntaba el día del triunfo completo e incontrastable.

Merced a sus bendiciones se obtenían continuas y admirables gracias. Un día, mientras daba audiencia en casa de Senislhac, llegó el padre de Madame Bouillé, juntamente con un religioso de la Compañía de Jesús, para suplicarle que fuese a visitar al joven de Bouillé, hijo y sobrino de dos soldados muertos como héroes cristianos en la batalla de Patry. Don Bosco los consoló diciendo que el niño, al cual se le habían administrado los últimos Sacramentos, no moriría y algunas horas después fue a verlo en la calle de la Bienfaisance, donde, rodeado de su familia, agonizaba. El Santo se arrodilla, reza y dice después a los padres:

—Una hora aún y la convalecencia comenzará inmediatamente.

En efecto: a la una de la noche Mauricio de Bouillé comenzaba a estar mejor y pronto empezó a restablecerse.

Una señora, abriéndose paso por entre la muchedumbre a fuerza de empujones, llegó hasta el Santo; completamente desolada, le refirió que el hijo, empleado en la oficina de contabilidad de un centro oficial, había sido encarcelado con otros como presunto ladrón; que el proceso judicial debía fallarse el próximo junio, y que por eso le recomendaba el buen éxito del infamante proceso.

—Recurrid al Señor y rezad todos los días estas y estas oraciones hasta tal día...

—Sí, sí, las rezaré.

—Pero una oración no basta, hace falta algo más; una buena confesión y una buena comunión.

—Pues bien; hace treinta años que no me confieso; le prometo que lo haré y haré cualquiera otra cosa que usted me indique.

—Sí, otra cosa más; que en lo por venir practique usted la religión.

—Lo haré, lo prometo.

—Si es así, tenga ánimo y confíe en el Señor.

Y así diciendo, Don Bosco sacó algunas medallas, y tomando una, le dijo:

—¡Ésta es para usted!

Después le dio otra diciendo:

—¡Ésta es para su hijo!

Y le dio otra, mas sin decir nada. El silencio del Santo la impresionó; le asaltó un pensamiento misterioso, que le hizo comprender que nada había oculto para el Siervo de Dios. Efectivamente, eran tres los de la familia. Más y más convencida de que Dios había hablado por la boca de su Siervo volvió a casa llena de esperanza. Llamó al marido, le refirió el hecho, le habló de las oraciones y de la confesión que le había impuesto y después le dio la medalla.

—¡Es para ti! ¡No me lo ha dicho, pero es para ti! ¡Oh, Don Bosco es un Santo! ¡Conoció que tú tenías necesidad de ella!

También el marido, que hacía muchos años no recibía los Santos Sacramentos, exclamó:

—Iré yo también a cumplir con mi deber; iré también a confesarme y a recibir la Sagrada Comunión.

Esta señora entusiasmó a todo el barrio con la narración de la entrevista con Don Bosco, y Dios la bendijo. Justamente el día fijado como término de las oraciones recomendadas, el hijo compareció ante el tribunal; y mientras algunos de sus compañeros fueron condenados, él fue absuelto, declarándose que no había causa para proceder contra él. Agradecidos aquellos señores, fueron personalmente a dar gracias a María Auxiliadora, en su Santuario de Valdocco y renovaron el propósito de llevar una vida cristiana.

Cierto día presentaron al Santo un hidrónico, completamente hinchado, al cual sólo le quedaban, al parecer, pocos días de vida. Don Bosco lo bendijo, y al instante se redujo la hinchazón, arrugándose la piel de tal forma que parecía un odre vacío. Cuando salió de la estancia, la gente lo miraba, y no reconociéndolo, le preguntaban:

—Pero, ¿es usted aquel a quien trajeron en brazos hace poco?

—¡Sí, soy yo! —respondía, fuera de sí por el contento.

Y a los pocos días también la piel se templó.

En las casas particulares hubo también muchos prodigios. Entre otros, un ciego al recibir la bendición de Don Bosco recobró la vista. Más de un moribundo sanó al instante.

La señorita María Ortega, de Bogotá, hija de un famoso médico, que se encontraba aquellos días en París, habiendo asistido a uno de estos hechos, al volver a su patria, difundió el conocimiento de la vida de Don Bosco y de allí nació el deseo de tener a los Salesianos en Colombia.

No pocos prodigios permanecieron desconocidos en sus circunstancias, exigiéndolo así la humildad y la prudencia; pero figuran en la voluminosa correspondencia del Santo en los Archivos del Oratorio.

III

La fama de estas maravillas se iba difundiendo tanto, que Don Bosco creyó necesario declarar públicamente en la iglesia que no se le debían atribuir a él, sino únicamente a María Auxiliadora, la cual, así como había comenzado y desarrodillado una obra completamente de Ella, quería darle mayor incremento. Mas entonces se levanta un señor, pide la palabra y con voz vibrante dice:

—Un padre de familia que tenía a su mujer enferma gravemente hacía ya tres años, y a su hijo para morir y con la Extremaunción recibida, llamó a Don Bosco para que los bendijera, y la madre y el hijo curaron completamente; el día siguiente fueron a la iglesia a oír la Santa Misa. Sí, gracia tan grande como ésta debía atribuirse a la Virgen, que con estos medios quería ayudar al Santo y a su Obra.

Él, conmovido en extremo, escuchaba la narración, hasta que aquel señor, rompiendo en lágrimas de gratitud y de

fe, que a duras penas hasta entonces había podido contener, exclamó:

—¿Sabéis quién es ese padre afortunado? ¡Soy yo! ¿Queréis que os diga mi nombre? ¡Soy Portalis!

Era un diputado del Parlamento. Una emoción profunda, indescriptible, se apoderó del auditorio. Don Bosco no dijo nada, pero se bajó del púlpito. Aquel señor había dicho bastante.

Dos horas enteras dedicó a la visita de los Asuncionistas que dirigían el semanario *Le Pelerin* y proyectaban tomar el diario *La Croix*. Su palabra animadora acabó de decidirlos, pues a Francia le hacía realmente falta un diario netamente católico.

* * *

La vida de la *Madre María de Jesús*, Fundadora de las Hermanitas de la Asunción para la asistencia a domicilio de los enfermos pobres, tiene muchas hermosas páginas sobre las visitas de Don Bosco a aquel Instituto. La salud de la Santa religiosa estaba quebrantada; y así se pensó en procurarle la bendición de Don Bosco.

Queriendo el Santo avivar la fe en el seno de aquella apenada familia religiosa, las exhortó a la oración fervorosa y perseverante, convencido de las gracias que habían de obtener. Pero nunca dijo: “La Madre curará.” Antes bien, en tono entre serio y jocoso, prometió rogar al Señor que “la hiciese vivir solamente algunos años menos que Matusalén.” Poco antes José Menard, uno de los decuriones de la Fraternidad, que había estado en Grenelle el día que el Siervo de Dios celebró allí la Misa y que por un momento se encontró solo con él, le había dicho:

—Por favor, Padre, pidá a Dios la curación de la Madre de las Hermanitas...

Y Don Bosco, cerrando los ojos, hizo un ademán negativo con la cabeza y dijo:

—No; esta obra es de Dios y subsistirá aun sin ella.

La Madre María de Jesús expiró santamente el 18 de septiembre de aquel mismo año de 1883, a los cincuenta y nueve años de edad.

La estancia de Don Bosco en París por el entusiasmo que despertó y por el bien que hizo se recordará siempre como uno de los triunfos más gloriosos del sacerdocio católico.

—Nosotros en París —decía un señor al Padre Félix Giordano— hasta ahora hemos prestado atención sólo a los predicadores de fama. Para sacudirnos un poco y despertar de esta insoportable apatía, hemos necesitado que haya venido a vernos Don Bosco.

El mismo Cardenal Lavigerie consideró como un honor presentarlo a los fieles. Por su parte Monseñor Baunard (en la vida del Cardenal) escribe: "Sería necesario volver a la Edad Media para contemplar este espectáculo de un pobre sacerdote, ídolo de las multitudes ansiosas de verlo, de acercársele, de recibir una bendición de su mano o una palabra de su boca. El Cardenal Lavigerie se encontró con él en Saint-Pierre du Gros-Caillón, en donde se encargó de presentarlo a los fieles. Pero casi, casi no se prestó atención al Eminentísimo (a pesar de su apostura, su elocuencia y la simpatía que gozaba); la muchedumbre se agolpaba tanto alrededor del hombre de Dios, que éste no pudo llegar al asiento que le habían destinado. El Cardenal con breves palabras agradeció todo lo que había hecho por la educación de los huerfanitos, habló de lo que él también había intentado en Argelia y Túnez y, finalmente, le suplicó que le enviara unos sacerdotes suyos para ayudarle en su empresa... Pero entonces ya no le quisieron escuchar. Todas las miradas se fijaron en Don Bosco, sentado frente al púlpito; la gente quería que hablase él y nadie más; inclinóse él profundamente ante el gran Obispo, agradeciéndole lo que había hecho por los niños árabes y le prometió enviar a sus salesianos a Túnez apenas pudiese.

Pocas y sencillísimas palabras pronunció con voz débil y en pobre lenguaje; poquísimos oyentes lograron oírlas;

pero todos, o casi todos, tenían los ojos humedecidos por el llanto. Pocas veces se ha visto un contraste tal, como el que ofrecieron aquel día estos dos hombres y estas dos maneras de expresarse, tan distintas entre sí."

Uno de los últimos días de su estancia en París, Don Bosco prometió una visita al librero Adolfo Jone, en la calle de Sevres, donde tenían que reunirse las personas que habían recogido las limosnas en la conferencia de San Sulpicio. La reunión tenía carácter privado y estaba señalada para las dos; pero conocida la hora de la cita, la muchedumbre ya se le había adelantado a la una de la tarde. Terminada la entrevista, a duras penas se consiguió hacer subir a Don Bosco a un carruaje, y entonces una y cien veces gritaron:

—¡Don Bosco, su bendición!

El Siervo de Dios se levantó y dijo:

—Sí, sí, os bendigo a todos y a Francia.

La mayor parte eran obreros que salían de las fábricas en aquella hora; todos se quitaron el sombrero, hicieron la señal de la cruz y gritaron:

—¡Viva Don Bosco!

* * *

Adondequiera que iba recibía siempre la misma acogida de toda clase de personas.

En el Seminario Mayor fue tratado como un príncipe de la Iglesia. El Rector había preguntado al Cardenal cómo debía recibirlo; y el Eminentísimo había respondido:

—¡Con todos los honores posibles!

También ministros, senadores, diputados y hombres conocidos por su ciencia o sus escritos quisieron oír su palabra en las iglesias, o verlo en casa de Combaud, o en casa de Senishac en la calle Ville l'Évêque, o en sus mismos palacios. La hermana del conde de París lo invitó a celebrar la Misa en su capilla y lo recibió con los honores propios de un príncipe de sangre real. Siete príncipes lo esperaban, con

el conde de París, el cual recibió de su mano la Sagrada Comunión; todos recibieron su bendición y oyeron con reverencia su palabra. Le ayudó la Misa el príncipe Czartoryski, rey legítimo de Polonia, con su primogénito, que después se hizo salesiano y narró esta memorable acogida.

La condesa de Eu, hija del emperador del Brasil, tenía enfermo a su hijo, presunto heredero del trono. Rogó al Siervo de Dios que fuera a su casa.

Éste condescendió y bendijo al enfermo, el cual mejoró en seguida.

También los alumnos y oficiales de la Academia Militar de Saint-Cyr le rogaron que se dignase hacerles una visita. Excusóse Don Bosco diciendo que se lo impedían urgentes y múltiples ocupaciones. Insistieron ellos y le enviaron una comisión y Don Bosco prometió contentarlos. El día fijado, a las nueve de la mañana, esperábanle los mil alumnos de la Escuela, que en su mayor parte pertenecían a familias nobilísimas. Pero dan las nueve y no se ve a Don Bosco, pasan las diez, las once y las doce y no se presenta.

Aquellos vehementes jóvenes no se cansan y se limitan a repetir:

—Lo ha prometido y vendrá.

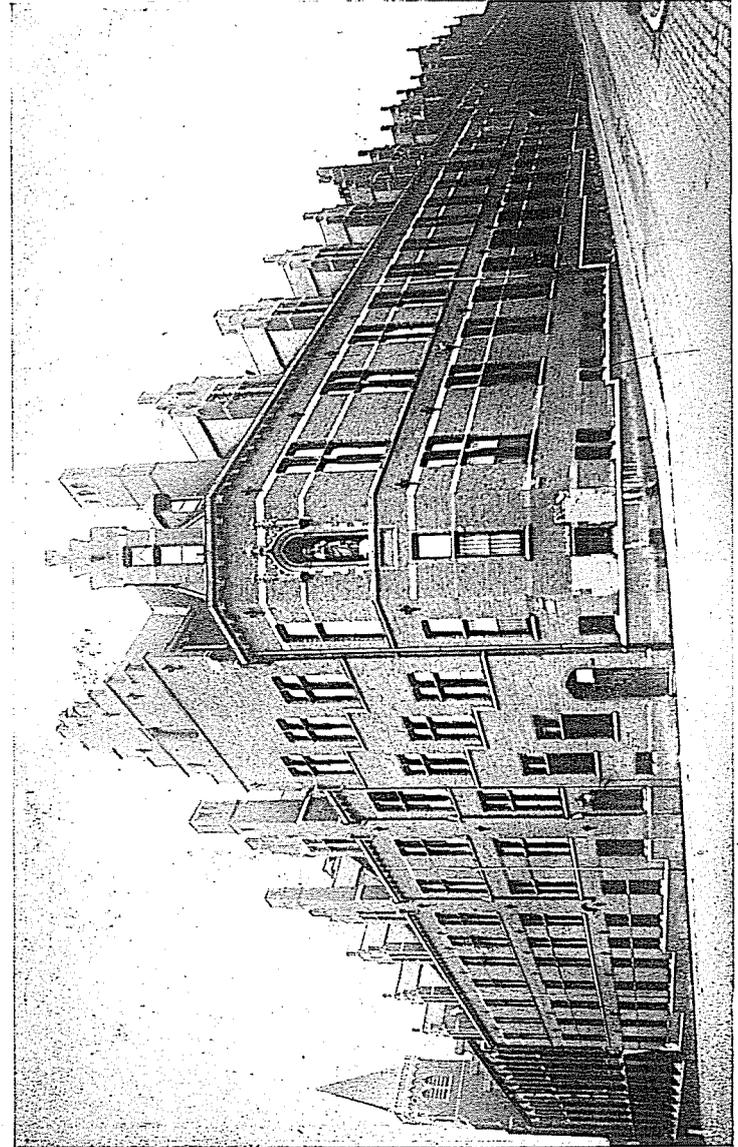
Llegó efectivamente a las dos de la tarde; la enorme muchedumbre que lo asediaba no le había permitido llegar antes, y estaba en ayunas. Recibiéronle con grandes aplausos. Él se adelantó sonriendo y dijo a aquellos caballeros oficiales breves palabras con aquella familiaridad con que habría hablado a los jóvenes del Oratorio.

Todos, cuando acabó de hablar, le pidieron a una voz la bendición.

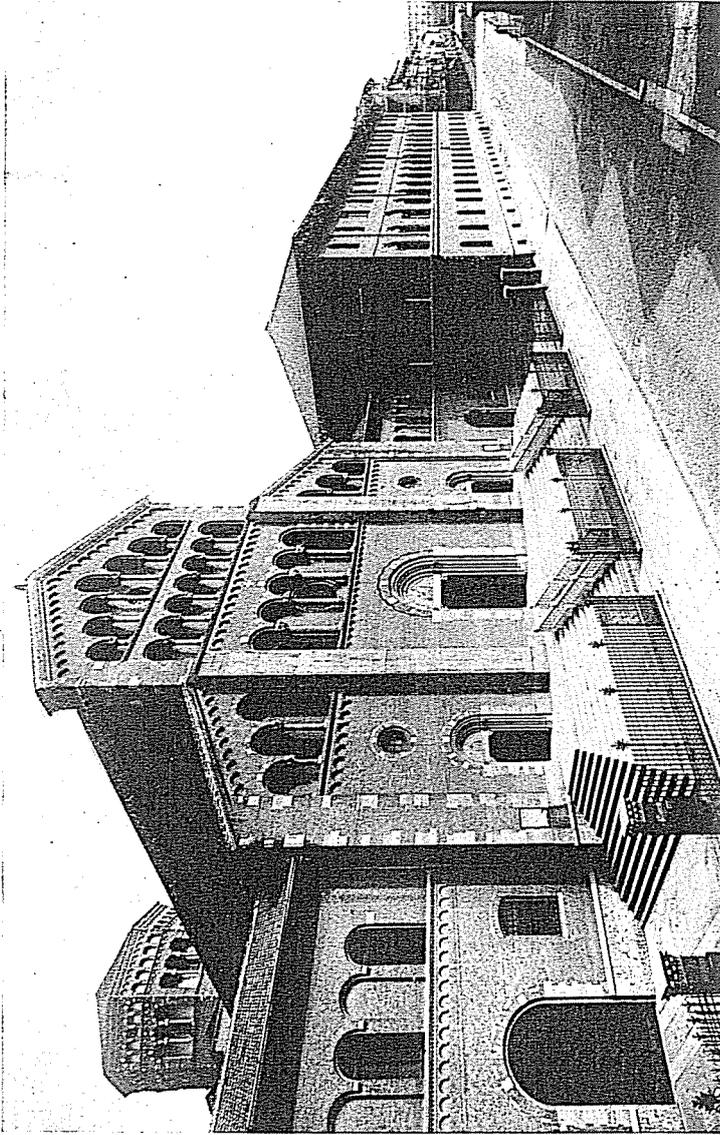
* * *

Una tarde se le presentó un personaje, el cual, después de los primeros saludos, le dijo:

—¿Ha oído usted hablar de Pablo Bert?



Lieja (Bélgica). Escuelas Profesionales Salesianas.



Parroquia y Colegio Salesiano de Milán.

—¡Oh, sí!; mucho se ha hablado de él hace poco.

Pablo Bert había escrito un libro de Moral para las escuelas, que había sido incluido en el Índice.

—Pues bien —añadió aquel señor—, Pablo Bert soy yo.

—¿Usted, señor? ¿Y en qué cosa le podrá servir el pobre Don Bosco?

—¿Qué dice usted de mi libro?

Don Bosco miró fijamente a su interlocutor y respondió:

—Señor, yo no le puedo decir otra cosa sino que está prohibido.

—¡Pues bien, vengo a verle para que me diga usted qué contiene de malo!

Y presentándole un ejemplar de su obra, añadió:

—Tómelo y escriba al margen las correcciones que crea necesarias; y yo le prometo que lo haré reimprimir con todas las modificaciones que usted me indique.

El Santo se apresuró a enviar el libro al párroco de la Magdalena, porque no tenía tiempo de cumplir personalmente aquel encargo. En pocos días el libro quedó lleno de tachaduras y correcciones y Pablo Bert lo recogió después de Don Bosco y le prometió hacerlo reimprimir con las correcciones. No era posible obtener retractación manifiesta; pero Don Bosco con su prestigio había conseguido que el autor reconociese sus graves errores, y pudo además decirle alguna palabra de vida eterna. En efecto, Pablo Bert no mostró ya en lo sucesivo su antiguo encarnizamiento contra la Iglesia, y hallándose en el Tonkín, trató benévolamente a los misioneros.

IV

Otra tarde le visitó Víctor Hugo. Don Bosco mismo, dos años después viendo el gran ruido que levantaba la prensa mundial sobre la muerte y los funerales laicos del poeta, le dictó al secretario un extracto del diálogo sostenido con

él (1). No carece de interés porque alumbra una página de Historia que ha apasionado bastante.

“Hará dos años, cuando me hallaba en París, vino a visitarme un personaje completamente de incógnito. Tuvo la paciencia de esperar tres horas; lo recibí en mi habitación a las once de la noche. Sus primeras palabras fueron éstas:

—No se espante, señor, soy un incrédulo; así que no creo en ningún milagro de los que cuentan de usted.

Yo respondí:

—No sé ni trato de saber con quién tengo el honor de hablar; pero le aseguro que no tengo la pretensión de hacerle creer lo que usted no quiera creer; no pienso hablarle de Religión, de la cual dice no quiere oír palabra; pero dígame, por favor: ¿ha sido usted siempre un incrédulo?

Victor Hugo.—En mis primeros años fui creyente, como lo fueron mis padres y amigos; pero apenas pude reflexionar sobre mis ideas y razonar, dejé aparte la Religión y comencé a vivir como filósofo.

Don Bosco.—¿Qué quiere usted expresar diciendo vivir como filósofo?

Victor Hugo.—Llevar una vida feliz, sin preocuparse de lo sobrenatural ni de la vida futura; cosas con las cuales los sacerdotes acostumbran espantar a la gente sencilla y de poca cultura.

Don Bosco.—¿Y qué admite usted de la vida futura?

Victor Hugo.—No perdamos el tiempo hablando de eso. Hablaré de la vida futura cuando me encuentre en el futuro.

Don Bosco.—Veo que usted bromea; pero ya que me propone este tema, tenga la bondad de escucharme. En lo futuro puede ocurrir que caiga usted enfermo.

Victor Hugo.—¡Oh, sí; y mucho más a mi edad, combatida ya por muchos achaques!

(1) Victor Hugo fue a visitarle de incógnito y Don Bosco respetó la voluntad implícita del poeta. Pero es claro que su visita no pasó inadvertida y el abogado Boullay le tiró de la lengua a Don Bosco y éste le contestó:

—Puesto que usted lo sabe, se lo diré; sí, lo he recibido y hemos conferenciado. Yo creo que todo depende del respeto humano. *Son entourage!, son entourage!* ¡Los que le rodean!, ¡los que le rodean! ¡Ah, Dios mío, eso es bien triste! Y como le he dicho, no se puede abusar de las gracias de Dios.

Don Bosco.—¿Y no podría ocurrir que esos achaques le pongan en peligro de muerte?

Victor Hugo.—Eso puede ocurrir; porque yo no puedo eximirme del destino, que descarga sus golpes sobre todos los mortales.

Don Bosco.—Y cuando se encuentre usted en grave peligro de muerte; cuando se encuentre en el momento de pasar a la eternidad...

Victor Hugo.—Entonces tendré valor para ser filósofo y no preocuparme de lo sobrenatural.

Don Bosco.—¿Y qué le impide a usted pensar, siquiera en aquel momento, en su inmortalidad, en su alma y en la Religión?

Victor Hugo.—Nada me lo impide; pero es una señal de debilidad, que yo no quiero dar, porque haría el ridículo ante mis amigos.

Don Bosco.—Pero en aquel momento se hallará usted al final de la vida y nada le costaría atender a sí mismo y a la paz de su conciencia.

Victor Hugo.—Entiendo lo que quiere usted decirme; pero no me decido a rebajarme hasta ese punto.

Don Bosco.—Pero entonces, ¿qué puede usted esperar después?, la vida presente está para acabar; de la vida eterna no quiere usted que se le hable; ¿qué será de usted?

Bajó la cabeza; calló y meditó. Poco después rompió el silencio y continuó:

—Debe usted pensar en lo por venir. Todavía en ese gran porvenir le quedan a usted algunos instantes de vida; si los aprovecha, si se sirve de la Religión y de la misericordia del Señor, se salvará usted, y se salvará para siempre; de otra manera, morirá como incrédulo, como réprobo, y todo se habrá perdido para usted. Le diré las cosas más claras aún, o sea, que para usted no hay nada más que la nada, ya que ésa es su opinión, o un suplicio eterno que le espera, según mi creencia y la de todo el mundo.

Victor Hugo.—No me habla usted ni como un filósofo ni como un teólogo, sino como un amigo, y yo lo aceptó. Entre mis amigos se discute sólo de Filosofía, pero nunca se toca este gran punto: “o la eternidad infeliz o la nada”. Deseo estudiar bien esta cuestión. Si me lo permite, volveré a hacerle otra visita.

Después de hablar de otras cosas, aquel señor me estrechó la mano y al salir me entregó su tarjeta de visita, en la cual leí estas palabras: VÍCTOR HUGO.

Volvió otra noche a la misma hora y estrechando entre las suyas la mano de Don Bosco, le dijo:

—Yo no soy lo que usted quizás habrá pensado; quise representar el papel de incrédulo. Yo soy Victor Hugo, y le ruego que sea buen amigo mío. Yo creo en lo sobrenatural, creo en Dios y espero morir en manos de un sacerdote que recomiende mi alma al Creador.

Víctor Hugo no pudo volver a ver a Don Bosco, como hubiera deseado, porque el Santo, poco después, dejó a París. Mas cuando de allí a dos años, el 25 de mayo de 1885, se encontró en trance de muerte, pidió con insistencia un sacerdote. Pero *son entourage* lo impidió. Da testimonio de ello, entre otros, el célebre doctor Vulpián, que le asistió. Parece ser también que un sacerdote, amigo personal del poeta, le dio la absolución desde un balcón que daba enfrente de la estancia del moribundo. Cosa sabida es que le impidieron recibir los últimos Sacramentos. Por lo demás, también es bien sabido que por lo menos hasta la entrevista con Don Bosco el poeta había profesado una fe exclusivamente espiritualista, como lo demuestran estos tres versos de su testamento otorgado el 3 de agosto de 1883 a favor de su yerno Vacquerie:

*Je refuge l'oraison de tutes les églises;
Je demande une prière à toutes les âmes;
Je crois en Dieu (1).*

* * *

Otros también fueron a ver a Don Bosco para conversar con él sobre problemas de Religión.

Otros muchos señores, casados sólo civilmente, fueron inducidos por Don Bosco a contraer matrimonio según la Iglesia y a llevar una vida verdaderamente cristiana; y no pocos de ellos pertenecían a las clases más elevadas y cultas de la sociedad.

—¡Por el bien de las almas —nos decía confidencialmente— tuve que ocuparme en más de cien casos, cada uno de los cuales valía la pena de hacer un viaje a París!

Y no faltaron notas exhilarantes. En uno de esos grandes

(1) Yo acojo las oraciones de todas las iglesias.—Yo pido una plegaria a todas las almas.—Yo creo en Dios.

almuerzos que le dieron los grandes señores, preguntáronle si era cierto que había practicado el *ilusionismo*.

—Así dicen —contestó—. Era para entretener a mis muchachos.

Se empeñaron en que les diera una muestra. Y tras alguna vacilación, aceptó, comenzando por preguntarle la hora a su principal interlocutor. Éste ¡ya no tenía reloj!

—¿No estará bajo esa servilleta?

Y allí estaba. Les dio también muestras de su fuerza cascando con sus dedos índice y pulgar avellanas y nueces.

Decidió marchar Don Bosco; pero continuaron las invitaciones para que celebrara en las casas religiosas, y ruegos apremiantes para verlo siquiera y recibir su bendición. En varias Comunidades se hicieron fervorosas novenas para obtener del Señor esa gracia; algunos directores de casas de educación le recordaban su amor a la juventud, para obligarle a una visita. Se le invitó con gran empeño a subir a Montmartre, pero no le fue posible, porque había decidido dejar a París el 25 de mayo. En efecto, celebró en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, dirigióse a la estación de Lyon, sin decir la hora de la partida, y sin detenerse en ella, atravesó de prisa las salas y tomó asiento en el coche antes que el secretario hubiese tomado los billetes. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, se formó delante de su departamento un grupo que atrajo la atención de los pasajeros; cuando la máquina silbó, todos los presentes se quitaron el sombrero para despedir a aquel que dejaba en la gran metrópoli una estela tan grande de afectos. Durante largo rato permaneció silencioso. También Don Rúa y Don Barruel callaban. Eran demasiado fuertes los sentimientos que embargaban sus corazones. ¡Cuántas maravillas habían visto, oído y tocado con la mano por la bondad de la Virgen!... Finalmente Don Bosco rompió el silencio el primero y dijo a Don Rúa:

—¡Cosa singular! ¿Recuerdas el camino que conduce de Buttigliera a Murialdo?... Allí, a la derecha, hay una colina; sobre la colina una casita; al pie de la colina hasta el ca-

mino, se extiende un prado. Aquella miserable casita era mi habitación y la de mi madre. En aquel prado, cuando yo era un niño de diez años, apacentaba dos vaquitas. ¡Si todos esos señores hubiesen sabido que festejaban tanto a un pobre campesino de Becchi! ¡Eh! ¡Bromas de la Providencia!

* * *

Detúvose tres días en Dijón en casa del marqués de Saint-Seine, despertando el mismo entusiasmo que en las otras ciudades de Francia, y obrando las mismas maravillas. Pernoctó en Dôle, en casa de la familia De Maistre. Continuó después el viaje a Turín, con varios paquetes de cartas, en gran parte sin abrir, porque los tres sacretarios, a pesar de su continuo trabajo no habían podido despachar en París la décima parte de correspondencia.

Le esperaban respetables personas de Turín y del extranjero, y llegó a Valdocco el 31 de mayo por la mañana, después de cuatro meses de ausencia. Recibióle los muchachos con extraordinarios transportes de alegría. Oyeron su Misa, rezaron otra parte del rosario y, finalmente, después de entonar el Tedéum, dieron gracias a Dios por haberles devuelto sano y salvo al amadísimo Padre.

En la tarde de aquel día el Santo dio la conferencia a los Cooperadores en la iglesia de San Francisco de Sales. El 4 de junio, vigilia de la fiesta trasladada de María Auxiliadora, habló a los Cooperadores en el Santuario. Sus palabras fueron un himno de gratitud a la Madre de Dios.

El día de la fiesta durante la Misa pontifical de Monseñor Brandolini, Auxiliar del Obispo de Ceneda, y gran admirador de Don Bosco, llovió tanto, que el Siervo de Dios hizo abrir las puertas del Oratorio a los hombres y las del vecino Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, a las mujeres que, habiendo venido de fuera no podían marcharse; de modo que, con los internos, más de mil personas comieron aquel día a expensas del Santo.

La fiesta del 24 de junio, a causa de la larga ausencia del Padre y de su quebrantada salud, adquirió un carácter de mayor ternura y alegría. Al final dijo Don Bosco, al dar las gracias:

—Es verdad que se ha incurrido en piadosas exageraciones y se ha abusado de la figura retórica que se llama hipérbole; pero es una licencia perdonable a los hijos, que al expresar los sentimientos del alma se atienen más a lo que les dicta el corazón que a lo que les dice la mente. Recordad, con todo, siempre, que Don Bosco no ha sido ni es otra cosa que un pobre instrumento en las manos de un artista habilísimo, en manos de un artista sapientísimo y omnipotente, que es Dios. Por tanto, tributemos a Dios toda alabanza, honor y gloria.

Aludiendo después a la suposición de algunos que atribuían su viaje a Francia a un fin político, añadió:

—¡No, ciertamente que no! Nosotros no hacemos política con nuestra obra; nosotros respetamos a las autoridades constituídas, cumplimos las leyes que deben cumplirse, pagamos los impuestos y vamos adelante, pidiendo solamente que nos dejen hacer el bien a la pobre juventud y salvar a las almas!

CAPÍTULO LX

Reyes y príncipes

Los grandes buscaron a Don Bosco y él procuró hacerles el bien. Trataba con ellos con sencilla elegancia, como si fuera uno de ellos. Dice la condesa de Viry: "Venía todos los años a pasar unos días de vacaciones con nosotros. Celebraba la Misa con una piedad angelical y luego no tenía ningún reparo en entretenerse con los niños. Tomaba parte en todas las comidas de la familia, comportándose, tanto en la mesa como en el salón, como un perfecto caballero. Es preciso tener un tacto especial y una rara inteligencia para saber alternar con la Nobleza y en medio de una sociedad en la que no se ha nacido; la mediocridad difícilmente llega a conseguirlo y siempre se le nota aire de esfuerzo. En él no; parecía que había nacido en el seno de una casa señorial."

Circunstancias especiales lo relacionaron con algunos príncipes. Además de los ya citados anteriormente, merecen especial mención don Carlos VII de España, Enrique V de Francia, el Duque de Norfolk y el Príncipe Augusto Czartoryski.

I

DON CARLOS VII

En 1872, cuando venía para España a ponerse al frente de sus leales, don Carlos quiso indagar lo que pensaba Don Bosco. Sabido es que por enarbolar un programa religioso

y político en armonía con los principios cristianos y en oposición a los desbordamientos anticlericales que entonces sacudían a la sociedad española liberalizante, don Carlos contaba con muchas simpatías en todas las naciones.

Se presentó en el Oratorio de riguroso incógnito. Acompañábalo el conde Servanzi, conocido del Santo. El conde entabló inmediatamente conversación sobre la guerra carlista, las circunstancias en que se declaraba, las esperanzas que había, el entusiasmo que suscitaba y terminó diciendo:

—; Y qué dice Don Bosco de don Carlos?

—Digo que si es voluntad de Dios que suba al trono, subirá; sólo si es voluntad de Dios; porque humanamente es casi imposible que salga con su deseo.

—¿Conoce usted a don Carlos?

—Lo tengo aquí delante.

Es de notar que el Siervo de Dios no lo había visto nunca.

Entonces don Carlos rompió el silencio, y hablando con la elocuencia de un convencido, exclamó:

—O subo ahora o no subo nunca. Tengo muchos amigos, ¿sabe usted?, y además, ¡tengo perfecto derecho!

—¡Bien!, pues si quiere tener esperanza de éxito, vaya con recta intención y esfuércese por merecer la bendición de Dios, porque humanamente la empresa es casi imposible —contestóle Don Bosco.

Siguieron hablando largo rato sobre diversos asuntos. Y desde aquel día Don Bosco no olvidó el aspecto y apostura del joven guerrero. Y es seguro que seguía las vicisitudes de la lucha en los cuatro años que duró. El 9 de abril de 1874, mientras estaba confesando a los niños, de pronto se puso en pie y quedó un momento absorto, entre la admiración de los asistentes. Presenciaba una batalla entre carlistas y republicanos, oía los cañonazos... Volvió a sentarse y siguió confesando a sus muchachos. Y aunque relató el hecho, contestando a las preguntas de los chicos, no hizo comentario alguno.

II

ENRIQUE V (EL CONDE DE CHAMBORD)

El conde de Chambord (Enrique V de Orleans) era para los legitimistas franceses lo que don Carlos para los españoles. Era "el legítimo heredero de San Luis".

En 1883 la idea de una restauración monárquica en Francia estaba más viva de lo que se creía. Bastó que enfermara "el heredero de la Corona" para que se conmoviera la opinión. Enrique vivía exilado en Froshdorf (Austria). A principios de julio un mal extraño le puso en trance de muerte. Los familiares, recordando que a la cabecera de Luis XI en las mismas circunstancias había acudido San Francisco de Paula y le había curado, quisieron ver si María Auxiliadora curaba a Enrique con la bendición de Don Bosco y así le escribieron y le telegrafiaron. Don Bosco prometióles rezar y hacer rezar por la salud del augusto enfermo; pero rehusaba el ponerse en viaje porque se sentía muy quebrantado y achacoso. Enviáronle entonces un mensajero, M. du Bourg, y éste encontró la misma resistencia.

—¿Qué voy a hacer en Froshdorf? Yo rogaré y haré rogar por él a toda la Congregación. Si Nuestro Señor quiere intervenir y devolverle la salud y hacer que se siente en el trono de San Luis, lo hará.

A esto respondió M. du Bourg que Francia miraría esa negativa como un desaire.

Don Bosco meneó resignadamente la cabeza, diciendo:

—¡Paciencia! Iremos. No quede por nosotros.

El viaje fue largo porque perdieron el enlace con los expresos. Emplearon dos días y una noche. Llegaron por la mañana al castillo. Pidió le permitieran celebrar la Santa Misa.

Después de ella se puso en acción de gracias. Le vino un recado:

—Su Majestad le espera.

—Está bien —respondió; y prosiguió su oración.

Nuevo recado e idéntica respuesta.

A los caballeros y damas se les hacía muy larga la espera.

Al fin se levantó de su reclinatorio y aceptó el desayuno que le ofrecieron. "Llevaba la calma del Cielo en el corazón y en los labios", dice Du Bourg.

Luego fue a ver al príncipe. Tras un breve coloquio, el príncipe tocó el timbre. Du Bourg voló a la llamada.

—*Mon cher, mon cher, je suis guéri, je m'en tire encore pour cette fois!* (¡Querido Du Bourg, estoy curado; una vez más escapo del peligro!)

Y pues era 15 de julio, día de San Enrique, el santo de su nombre, permitió que toda la familia y servidumbre fueran a saludarlo.

Hubo un gran banquete, al cual, por orden del médico, el príncipe no asistió; pero a la hora del champaña se presentó en la sala del festín para brindar y para que se brindara por su salud. Don Bosco cambió telegramas con sus hijos del Oratorio, que celebraban una reunión de antiguos alumnos.

Du Bourg le preguntó confidencialmente a Don Bosco cuál sería la suerte del príncipe y recibió esta respuesta:

—El príncipe no reinará; pero yo espero que la Santísima Virgen le conservará la salud y que su vida haga un gran bien a Francia.

* * *

Ese mismo día había llegado al castillo el doctor Vulpian, Decano de la Facultad de Medicina de París. Quiso que le presentaran a Don Bosco, a quien dijo que su hijo, alumno de los Marianistas del Colegio Stanislas, había tenido la fortuna de verlo en la visita que había hecho al colegio durante su estancia en París. El doctor examinó cuidadosamente al conde, comprobando una sensible mejoría.

Partieron para Turín el 17, acompañados del general Charrette, y llegaron el 18.

Algunos días después viajaba Don Bosco en compañía del misionero Padre Santiago Costamagna (que luego fue el tercer Obispo salesiano), y en el mismo departamento entraron dos caballeros hablando animadamente: el uno era italiano, tenedor de libros de una gran casa de comercio; el otro, un comerciante belga. Dijo éste a su colega:

—¿Sabe usted la última noticia?... El conde de Chambord ha curado. Ha curado al recibir un clavel que le ofrecía una artista de teatro.

—No; el conde ha curado con la bendición de un sacerdote piamontés —replicó el otro interlocutor.

—¡Tonterías! En este siglo ya es ridículo hablar de milagros.

—¿Y el milagro que usted le niega a un sacerdote santo, se lo concede a una artista de teatro?

En este punto el Padre Costamagna no pudo contenerse y le presentó a Don Bosco. Fácil es imaginar las escenas que se siguieron. El comerciante belga acabó por besarle la mano a Don Bosco.

Los boletines médicos, comunicados cotidianamente a la prensa, daban lugar a un creciente optimismo. La princesa escribía a Don Bosco el 29: "Gracias a Dios, aunque lentamente, hay de día en día una mejoría progresiva... El recuerdo de los días pasados aquí en nuestra compañía perderá gratisimo entre nosotros."

La Croix, que tenía una sección titulada *Maladie du Compte de Chambord*, a partir del 25 sustituyó la palabra *Maladie* por *Santé*.

En agosto los médicos suspendieron los boletines sanitarios.

* * *

Mes y medio después, Enrique moría serenamente en su palacio de Frohsdorf. Moría, si no de un accidente de caza,

sí a consecuencia de los enormes esfuerzos realizados durante la cacería. Entre los habitantes del palacio, los médicos y las numerosas amistades se entablaron animadas discusiones sobre la curación y la muerte (y después de muchos años aún se discutió). Los médicos y los orleanistas se empeñaron en estudiar a fondo el asunto, y aun contra la voluntad de la princesa viuda, le hicieron la autopsia, operación que duró nueve horas. Su declaración unánime fue que "la muerte era debida a *causas accidentales*" y que "de cáncer hepático (que era lo que el príncipe tenía) no había ni rastro".

Cuando a Don Bosco le llegó la noticia del fallecimiento, dicen que exclamó:

—¡Sea por Dios! María Auxiliadora le había alcanzado de su Divino Hijo la salud para su bien y el bien de mucha gente. ¡Lástima que la haya expuesto en partidas de caza tan agobiadoras!

Con Enrique V, Conde de Chambord, se extinguía el último descendiente directo del "Rey Sol" y caían las flores de lis.

III

EL DUQUE DE NORFOLK

Primer duque, primer marqués, primer conde, primer barón, a quien compete el primer puesto después de los príncipes de la sangre, es el duque de Norfolk. Jamás se separó de la unidad de la Iglesia y admirable es que lo hayan respetado. El último descendiente que llevaba el título tenía un único hijo, ciego de nacimiento y afectado de una enfermedad incurable. Si ese niño moría, el patrimonio ducal pasaría, según las leyes, a una rama protestante. Por eso toda la Inglaterra católica rogaba por su salud. También Don Bosco, en 1882, ordenó oraciones especiales por el pequeño. Sabeedor de esto el padre, le escribió de su puño y letra una carta

afectuosísima agradeciéndole rasgo de tanta bondad y rogándole aceptara una oferta de cuarenta libras esterlinas para su obra.

Atraídos por la fama de santidad de Don Bosco y esperando también que su bendición curase al pequeñito, fueron a hacerle una visita en Turín. La duquesa le previno con una carta en la cual, entre otras cosas, le decía: "Debemos agradecerle el que tenga también para nosotros un puestecito en su corazón. ¡Oh, cuántas desgracias, cuántos dolores habrán ya sido depositados en ese gran corazón, en cuya comparación los nuestros no son nada! Y ahora, Padre, le quiero decir una cosa con toda confianza: yo soy de familia protestante, pero ahora convertida, y muchos de mis antepasados han hecho mucho mal. Cuando fui madre, y madre de un niño, supliqué a Dios, haciéndole una promesa, que le mandara cualquier mal, incluso la muerte, antes que permitirle cometer un pecado. Esta súplica la hice estando enferma y sin decir palabra a mi marido; por esta causa con frecuencia me siento angustiada y atormentada de dudas. Querría, pues, poner en paz mi conciencia."

El 6 de mayo llegaron a Turín. El duque se fue derecho al Oratorio, llegando en el preciso momento en que también Don Bosco llegaba de vuelta de Francia. El día siguiente por la mañana cuatro carrozas llevaban al Oratorio a los duques con su comitiva.

El niño tenía cinco años. Dirigiéronse inmediatamente al Santuario de María Auxiliadora y estuvieron largo rato rezando. Después subieron a ver al Santo. Al oír la voz de Don Bosco, el pequeñín se puso a agitar alegremente las manecitas, lo cual sorprendió a todos, pues era cosa que nunca hacía ni aun con su padre.

El día 8 oyeron la Misa de Don Bosco en la capillita; después desayunaron con él, quedando prendados de su trato y de su conversación. Mañana y tarde volvían al Santuario, edificando a todos con su piedad. Partieron el 20 para Florencia y para Roma, volviendo el 24 por la mañana. Don

Bosco bajó a decir Misa en el altar de San Pedro. La fiesta de María Auxiliadora aquel año se había trasladado al 2 de junio. Los duques asistieron con gran fervor a la Misa celebrada por el Santo.

Renovóse entonces el prodigio de la multiplicación de las formas. Como se hace cuando se celebra en un altar reservado, y las comuniones son pocas, en un coponcito se pusieron unas veinte formas, siendo dieciocho los comulgantes. A la hora de la comunión la gente, viendo que Don Bosco daba la comunión, se acercó presurosa a recibirla de su mano. En vano los monaguillos les hacían presente que las hostias estaban contadas, que eran para los peregrinos ingleses. El monaguillo advirtió a Don Bosco.

—Deja —le contestó.

—Mire que las formas no son más de veinte.

—¡Deja!

Y continuó distribuyendo; los comulgantes pasaron de doscientos.

Los peregrinos salieron de Turín el 25, muy satisfechos de su permanencia allí y contentos por el mejoramiento del niño; si no estaba curado, al menos podía dar algunos pasos, cosa que antes le era enteramente imposible.

* * *

Las relaciones continuaron por correspondencia. El 26 de mayo de 1887 volvió el duque a ver a Don Bosco, hablando largamente con él.

Aquel mismo año sucedió un hecho singular. La duquesa de Newcastle, íntima de la de Norfolk, fue en peregrinación a Lourdes y mientras rezaba en la gruta por la curación del niño, oye una voz que le dice:

—No ruegue usted por el niño; ruegue por la madre.

Miró en derredor; no había nadie; estaba completamente sola. Volvió a su oración y de nuevo dejóse oír la voz:

—No ruegue usted por el niño; ruegue por la madre.

A su regreso, pasó por Turín a ver a Don Bosco; fue inmediatamente introducida. Don Bosco estaba escribiendo, y contra su costumbre, no se movió para saludar, y siguió escribiendo. La duquesa estaba extrañadísima. Luego que hubo terminado lo que estaba escribiendo, Don Bosco se vuelve y como primer saludo le dice:

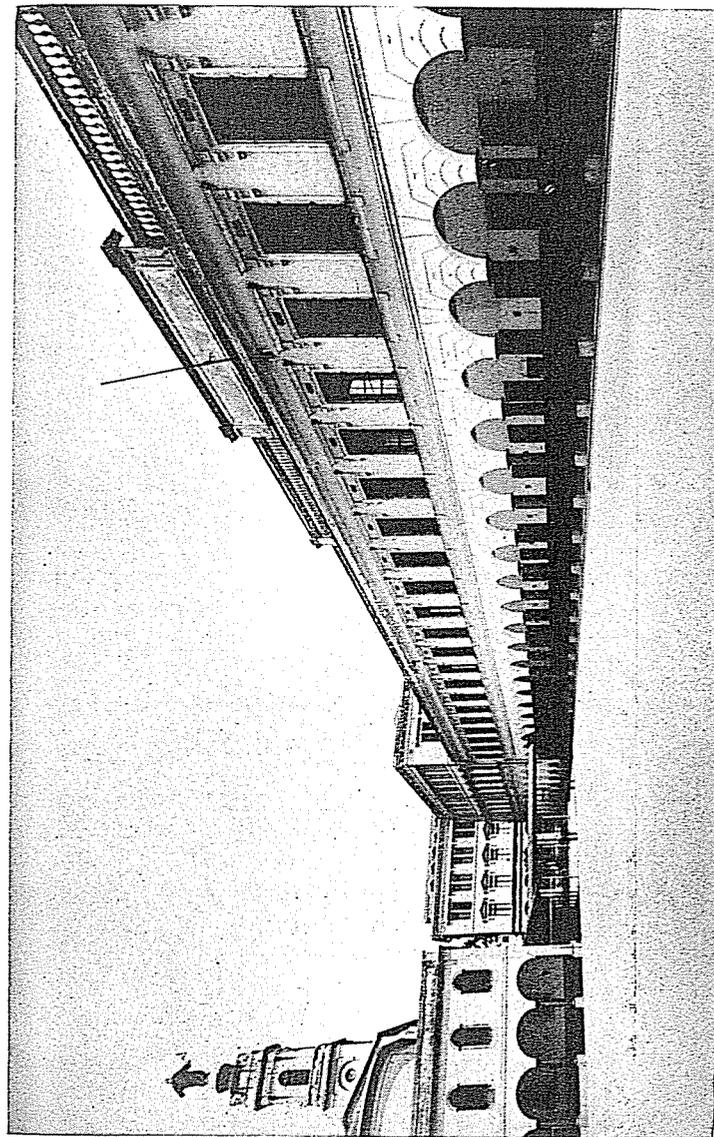
—No ruegue usted por el niño; ruegue por la madre.

Preocupada, encaminóse hacia la iglesia para rogar a María Auxiliadora según se le había indicado. De vuelta en Londres supo que su amiga estaba gravemente enferma, y a los cuatro días murió santamente. Este episodio lo narra el venerando Padre Cirilo Martindale, S. J., el cual a la sazón era todavía protestante y cuya familia comenzó a tener desde entonces gran simpatía por Don Bosco.

* * *

Otra visita le hizo el duque a Don Bosco, cuando, en enero de 1888, presidía una misión enviada por la reina Victoria a León XIII. Lo halló en cama; estuvo media hora arrodillado a los pies de la cama.

El pobre niño, objeto de tantos cuidados, no curó. Dios había escuchado el voto de la madre. En 1904 el duque casó en segundas nupcias con la baronesa de Herreris, de quien tuvo el heredero de su nombre en la persona del actual duque Bernardo Norfolk. En carta al Padre Eugenio Raggiati, que vivió muchos años en Londres, el duque, dándole las gracias por el ejemplar de *Los Cinco Lustrós* que le había enviado, decía: "Aunque Don Bosco no me curó a mi hijito, sin embargo me habló en tales términos, me infundió tales ánimos y tales consuelos, que valen más que la anhelada curación del niño." Y el sustituto es católico ferviente.



San Pablo (Brusil). Iglesia y Liceo Salesianos del Sagrado Corazón.

IV

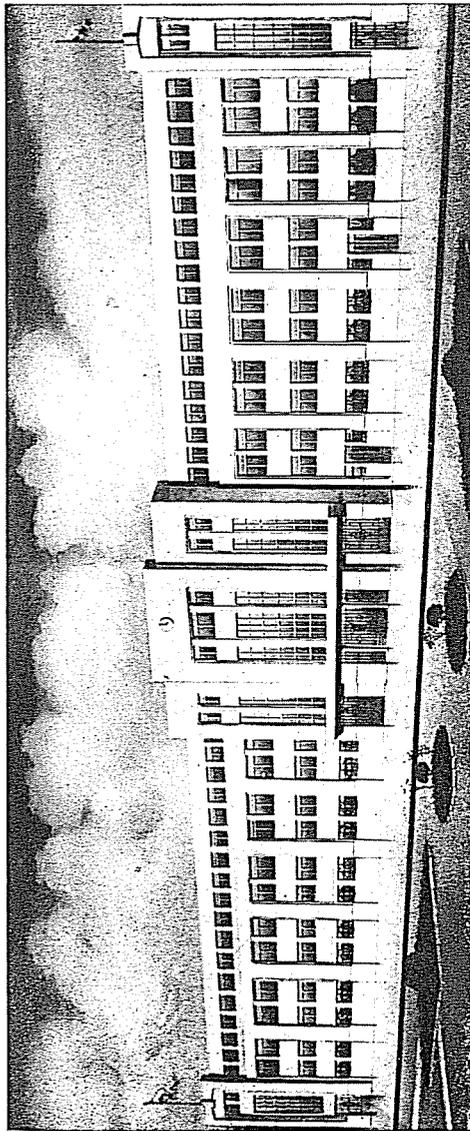
EL PRÍNCIPE CZARTORYSKI

El príncipe Augusto Czartoryski, después de haber hablado en París con Don Bosco, quedó con el pensamiento dominante de hacerse salesiano; pero tuvo que hacer las cuentas con sus padres y con el mismo Don Bosco. Sí, con Don Bosco, que le puso muchas dificultades. El padre, naturalmente, no podía resignarse a quedarse sin su primogénito. Don Bosco vacilaba en admitir en su Congregación a un príncipe de sangre real.

El origen de la familia Czartoryski se pierde, como se dice, en la noche de los tiempos: el esplendor de la casa se eclipsó en el siglo XIX, cuando el abuelo de don Augusto, el príncipe Adam, expuso vida y fortuna en la fallida tentativa de reconquistar el trono de Polonia. Después de la caída de Varsovia, los rusos lo condenaron a muerte y le confiscaron los bienes; pero pudo fugarse y refugiarse en París, donde poco a poco rehizo su patrimonio. Su hijo Ladislao casó con la princesa María Amparo, hija de los reyes de España. De aquel matrimonio nació don Augusto.

Este, pues, deseaba ardientemente entrevistarse de nuevo con Don Bosco y la ocasión se le presentó en septiembre de 1883, cuando iba presidiendo una comisión polaca que fue a visitar a León XIII, con ocasión del segundo centenario de la victoria cristiana sobre los turcos junto a los muros de Viena, ganada precisamente por el rey de Polonia Juan Sobieski. Volvió el 24 de mayo del año siguiente y pasó todo el día en el Oratorio. No acertaba a separarse de Don Bosco; gozaba tanto con su presencia, que se detuvo hasta la fiesta de San Juan. Fue, según decía, el mes más hermoso de toda su vida.

El padre, queriendo sistematizar los asuntos del mayrazgo, quería que se adiestrara en el manejo de los negocios



Guayaquil (Ecuador). Colegio y Escuelas Profesionales Salesianas.

y frecuentara la más alta sociedad. Para complacer a su padre, que deseaba distraerlo de los pensamientos que ocupaban su mente, hizo un viaje a Londres; pero de vuelta a París sentía más que nunca la necesidad de conferir con Don Bosco. Fue a Turín en el mes de junio de 1885 para hacer una tanda de Ejercicios bajo su dirección. Hospedóse en un hotel, como siempre; pero a los pocos días pidió a Don Bosco le hospedara en el Oratorio.

—¿Podrá Su Alteza —le preguntó el Santo— adaptarse a nuestra pobre mesa?

—Lo que basta a Don Bosco me basta a mí —respondió el príncipe.

Así, estando a su lado, pudo cómodamente abrirle el corazón y observar de cerca la vida de sus hijos. La mayor parte del tiempo la pasaba en la meditación, en la oración y en la lectura espiritual. Pero tan suave vivir se lo interrumpió el padre, el cual, cada vez más preocupado, lo hizo volver a la patria. Llegado que hubo a Sieniawa donde radicaban los bienes de familia, hizo cuanto le había dicho Don Bosco, dedicándose, para obedecer al padre, a la administración de sus bienes; pero su corazón estaba siempre en el Oratorio. De cuando en cuando escribía a Don Bosco, dándole cuenta de todo y recibiendo sus directivas.

Padre e hijo se presentaron en Turín el 5 de junio de 1886. Don Bosco los invitó a almorzar al día siguiente. Para hacerles honor, invitó también a algunos patricios turineses, entre otros el conde Próspero Balbo, compañero de armas del príncipe en la batalla de Peschiera, en que ambos mandaban fuerzas de artillería con el grado de tenientes. La conversación fue muy animada. Después padre e hijo se retiraron en íntimo coloquio con Don Bosco. El padre expuso sus miras y el interés de la familia, pidiéndole su iluminado parecer. El Santo repitió cuanto había recomendado por escrito al hijo, añadiendo empero:

—Mas si la voluntad de Dios se manifiesta contraria a la de Vuestra Alteza, no la debe contrariar.

Ladislao respondió que vería con gusto a uno de sus hijos con vocación para hacerse sacerdote. Ambos se separaron contentos de Don Bosco. Ladislao creía que Augusto renunciaría a su sueño y Augusto estaba satisfecho de que su padre se llevara de Don Bosco mejor opinión de la que tenía antes. En Seniawa, siguiendo las directivas de Don Bosco, se dedicó a los negocios, llevando a cabo importantes operaciones financieras y manteniendo dignamente las tradiciones de la familia. Ladislao estaba en el colmo de la dicha.

* * *

Pero, ¡cuántas veces, respecto a la suerte de los hijos, el hombre propone y Dios dispone! Las aspiraciones de Augusto volvieron a despertarse pronto. Para distraerlo, el padre le proponía siempre nuevos asuntos y especialmente el del matrimonio. Así llegaron al mes de abril del año 87, en que Augusto volvió al Oratorio resuelto a lograr su ideal. Habiéndose enterado de que Don Bosco tenía que ir a Roma para preparar la consagración del templo del Sagrado Corazón, se le adelantó. Firme en el propósito de no marcharse de Roma sin resolver el asunto de su vocación, decidió ponerlo en manos de León XIII. El Papa, teniendo en cuenta la nobleza de su familia, le aconsejó lo mismo que había hecho Don Bosco, la Compañía de Jesús. Respondió el príncipe que lo había pensado mucho y que se sentía atraído tan sólo hacia la Sociedad Salesiana. Entonces el Papa le dijo:

—Ante todo hágase la voluntad de Dios. Y si Don Bosco pone dificultades, dígame que lo quiere el Papa.

Confortado con la palabra del Vicario de Cristo, corrió a presentarse a Don Bosco; entendiéndose con él y partió para París a dar la batalla definitiva.

Fue dura. Al fin Ladislao, creyendo todavía que con el tiempo pasarían las ilusiones y que por la fuerza nada lograría, le dió el consentimiento. Voló el príncipe a Turín y desde el 20 de junio fue "aspirante salesiano". La familia

esperaba que las primeras incomodidades de la vida religiosa, ¡y salesiana! le quitaran las veleidades. Por eso cuando les invitó a la ceremonia de la toma de la sotana, unos le escribieron en pro, otros en contra. Sin embargo Ladislao resolvió ir a presenciarla, entre otros motivos, también para tener ocasión de dar nuevos asaltos. Llegó con algunos familiares unos días antes del fijado, que era el 24 de noviembre. La que más tenazmente se oponía era una tía suya, la cual se mostraba irritadísima, creyendo que sobre su sobrino se habían ejercido presiones con fines interesados. Augusto, dándose cuenta de estas disposiciones, no quería tratar con ellos; pero se remitió al consejo de los Superiores, y éstos le dijeron que se le tratase con toda consideración y respeto. Las entrevistas fueron dolorosas; se le oponían razones de sentimiento, afectos de corazón, intereses familiares, de patria... Hubo momentos de verdadera tragedia. Pero la gracia venció. Augusto, con dulzura inalterable, pero con igual energía, supo defender su vocación, y ellos hicieron de necesidad virtud, asistiendo a la ceremonia.

Tuvo ésta lugar en el Santuario de María Auxiliadora y se le dio singular solemnidad. Asistieron todos los alumnos y una gran multitud de fieles. Tres caballeros de distinguidas familias vistieron la humilde sotana salesiana: un francés, un inglés y un polaco. Terminada la ceremonia, los señores subieron a los aposentos de Don Bosco, entre las aclamaciones de todos los alumnos y de cuantos llenaban el patio. Cuando se despidieron de Don Augusto, ya clérigo, lo hicieron con toda la finura propia de las personas de su condición. Sin embargo, no todas las nubes se habían disipado. Todavía Ladislao quiso recurrir al Papa para que anulara lo hecho, alegando la delicada salud del novicio. Pero todo fue inútil.

Aquella misma noche, cuando Don Augusto fue a darle las gracias a Don Bosco antes de salir para Valsálce a comenzar su noviciado, el Santo, bendiciéndolo con efusión, le dijo:

—Hoy hemos reportado una buena victoria. Día vendrá en que usted será sacerdote y por voluntad de Dios le hará mucho bien a Polonia.

Y así fue: su ingreso en la Sociedad Salesiana determinó una corriente de vocaciones para seguir su ejemplo. Y así se vinieron preparando los elementos que debían servir para la fundación de colegios, escuelas profesionales y parroquias en Polonia, en donde las obras salesianas se multiplicaron rápidamente de un modo prodigioso. De los primeros contingentes salió también el Cardenal Augusto Hlond, Primado de Polonia.

Hoy el virtuoso precursor, el Siervo de Dios Don Augusto Czartoryski, va camino de los altares.

CAPÍTULO LXI

Progresos en todas partes

I

Entramos ahora en el período más solemne de la vida de Don Bosco. Las nuevas casas salesianas que se multiplican; el número de jóvenes cristianamente educados que en ellas va aumentando; las Misiones de la Patagonia, que cada día se regocijan con nuevos bautizados, proclaman cuánta era la actividad del Santo. Todos los instantes de su vida fueron consagrados a la gloria de Dios y a la salvación de las almas; pero el heroísmo de su celo pareció resplandecer más vivamente en sus últimos años, cuando, enfermizo y agotado, prodigó con igual constancia sus trabajos.

No es de admirar que el mundo continuase conmoviéndose con su fama. Sus biografías se difundían más y más, publicándose nuevos escritos sobre él y sus obras en Italia, España, Portugal, Holanda, Alemania, Hungría, Polonia y en las Repúblicas americanas.

Dios también aumentaba con su Siervo la profusión de sus carismas. La noche anterior a la fiesta de Santa Rosa de Lima le favoreció con un "sueño". Viose en una gran sala rodeado de muchos amigos, que ya habían pasado a la eternidad, uno de los cuales, que aparentaba quince años, bello con celestial belleza y radiante de una luz más viva que la del Sol, se le acercó. Era el joven Luis Fleury Colle. En un viaje rapidísimo le indicó la inmensa herencia reservada a

los salesianos en América, los sudores y la sangre con que la fecundarían y la futura prosperidad de aquellas tierras. El Santo terminaba la narración de este sueño maravilloso con las siguientes palabras:

—*Con la dulzura de San Francisco de Sales, los Salesianos atraerán hacia Jesucristo a los pueblos de América. Será muy difícil moralizar a los primeros salvajes; pero sus hijos obedecerán con toda facilidad a las palabras de los misioneros y con ellos se fundarán colonias; la civilización ocupará el puesto de la barbarie, y así muchos salvajes, ya civilizados, vendrán a formar parte del redil de Jesucristo.*

* * *

El año 1883 acabó con un hecho muy consolador para Don Bosco y la Sociedad Salesiana. Para suceder al Arzobispo, Monseñor Lorenzo Gastaldi, el cual, por permisión de Dios, tanto le había perseguido a pesar de lo mucho que le debía, o quizá por eso mismo, y que reconociendo, siquiera en parte, su equivocación, pasó a mejor vida el 25 de marzo de aquel año, fue elegido el Cardenal Cayetano Alimonda, que profesaba al Santo acendradísimo y santo afecto. Para que fuera más querida y venerada la persona del nuevo Pastor, Don Bosco difundió copiosamente en Turín una monografía o breve resumen sobre la vida y obras del ilustre Purpurado, seguida de una respuesta a un diario de dicha ciudad, que, por ignorancia o mala fe, había tratado de poner en ridículo la primera pastoral del docto Arzobispo.

Pero a principios de 1884, la salud de Don Bosco despertó nuevos temores: el 31 de enero hubo de guardar cama atacado de bronquitis, complicada con una extrema postración de fuerzas y aumento de hinchazón en las piernas. Esta noticia hizo redoblar las oraciones que todos los días se elevaban por él. El clérigo Luis Gamero, de veinticuatro años, de constitución sana y robusta, ofreció su vida por la del Padre y experimentó, según lo manifestó a sus compañeros,

la certidumbre de que su ofrecimiento había sido aceptado por Dios. En efecto, la noche del 1 al 2 de febrero cayó enfermo y expiró santamente con la alegría reflejada en su semblante y con la certeza de volar al Cielo.

* * *

Apenas se repuso de la enfermedad, quiso el Santo hacer otro viaje a Francia para recoger limosnas en favor de sus obras, especialmente la de Roma, que atravesaba grandes apuros. No lograron disuadirlo los insistentes ruegos de sus hijos, de los médicos ni del mismo Cardenal Alimonda, el cual fue al Oratorio a verlo ex profeso. Don Bosco les dijo que no temieran, que iría despacito, calculando sus fuerzas, deteniéndose en las casas salesianas del camino. Antes de salir de Turín hizo su testamento y entregó a Don Cagliero una cajita como su "último recuerdo". Don Cagliero la tomó, y sin mirar lo que contenía, se la puso en el bolsillo y no quiso abrirla sino después de seis meses, cuando el Santo volvió relativamente sano y bueno, a pesar de las predicciones de los médicos; entonces vio que contenía un anillo de oro. ¡Era una nueva señal de su próxima elevación al episcopado!

Marchó, pues, el 1 de marzo, en compañía de Don Julio Barberis. El 4 llegó a Niza, donde, no obstante su delicado estado de salud, dio numerosas audiencias lleno de caridad y amabilidad con todos. Acudieron a visitarlo también los seminaristas y los predicadores cuaresmales. Pero la mayor parte iban a referirle los efectos maravillosos de las bendiciones de María Auxiliadora recibidas el año anterior o para impetrar nuevos favores. Entre otros le fue presentado un niño con grave mal en los ojos, el cual, al recibir su bendición, curó instantáneamente.

El 14 continuó el viaje hacia Frejus. Nadie se había enterado de que iba a llegar y a pesar de ello, en un momento se reunió una gran multitud deseosa de verlo y hablarle. En

viaje para Tolón encontró en la estación al abogado señor Colle, al cual había pedido cien mil francos de limosna y le dio ciento cincuenta mil para enjugar deudas contraídas en Roma para el templo del Sagrado Corazón.

De Tolón pasó a Marsella, donde se vio también siempre rodeado de una gran muchedumbre de personas.

II

El viaje de 1884 fue una confirmación de la ternísima bondad de María Auxiliadora. Adondequiera que fuese, con cualquiera que hablase, en las cartas que recibía, por todas partes oía himnos de gratitud a María Auxiliadora por favores recibidos. Al hablar de estas narraciones se conmovía hasta derramar lágrimas.

Pero el estado de su salud inspiraba a todos sentimientos de profunda compasión. Sus achaques aumentaban, sobre todo por la hinchazón de las piernas y del hígado. Don Álbera, con la esperanza de procurarle algún alivio y siguiendo el impulso de su corazón, escribió al doctor Combal, de la Universidad de Montpellier, médico célebre y solicitado en toda Francia, Alemania e Inglaterra para consultarle.

El doctor Combal, apenas recibió la carta, púsose en camino, y viajando toda la noche, llegó a Marsella el 25 de marzo. Católico ferviente, subió al Santuario de Nuestra Señora de la Guardia, donde hizo sus devociones y después corrió al Oratorio de San León para visitar a Don Bosco. Cuando llegó a su presencia arrodillóse y besóle humildemente la mano. Don Bosco, por aquel acto de humildad y por el traje que llevaba el doctor, creyó que era un criado de éste, y sin más le pidió noticias de él.

—Yo soy Combal —le dijo éste—, muy afortunado de poder de alguna manera ser útil a usted y servirle.

—¡Usted el célebre doctor Combal! ¡Oh! ¡Por qué mo-

lestarse así? ¡No puedo permitirlo! ¡Levántese, doctor!

Levantóse el doctor, hízole algunas preguntas, examinóle detenidamente durante más de una hora y al fin le dijo:

—Usted ha consumido su vida por exceso de trabajo; su organismo es un traje deteriorado, porque siempre lo ha llevado puesto, lo mismo los días festivos que los laborables, y me parece que no podremos reparar los desperfectos. Para conservar todavía ese traje un poco más de tiempo, no hay otro medio que el de guardarlo en el guardarropa; quiero decir que la medicina principal para usted sería el reposo absoluto.

—Es el único remedio al cual no puedo sujetarme —respondió el Siervo de Dios—. ¿Cómo es posible detener la máquina cuando tiene aún tanto trabajo?

—Al menos dé a otros todo el trabajo que pueda y usted descanse. Lesiones orgánicas no encuentro, pero es necesario procurar un remedio a su extrema debilidad.

Después redactó un diagnóstico detallado con las prescripciones que consideraba más oportunas. El Santo, al recibir el pliego, se lo agradeció cordialmente y le rogó que aceptara el importe de los gastos del viaje. El doctor respondió al momento que el deudor era él, pues atribuía a las oraciones de Don Bosco la curación de su hija, de una enfermedad incurable, y aún le obligó a aceptar una limosna de cuatrocientos francos.

* * *

Don Bosco salió el 30 para Italia. De nuevo lo esperaban con ansia en París, pero su salud no le permitió repetir el viaje.

De vuelta en Niza el 1 de abril, el 3 llegó a Alassio y el 4 a Sampierdarena. El 5 fue a Pegli a visitar a la Condesa de Solms, prima del emperador Guillermo de Prusia, la cual deseaba verlo; y de vuelta a Sampierdarena tuvo una reunión con los miembros del Consejo Superior de la Sociedad Salesiana.

El 9, después de una parada en Génova, marchó para Roma. Al llegar a Rapallo bajó para visitar al conde Riaut, miembro del Instituto de Francia, que el año anterior había experimentado los beneficiosos efectos de una bendición suya. Pasó después en Spezia los dos últimos días de la Semana Santa y las fiestas de Pascua; el 14 llegó a Roma, con gran satisfacción de muchas nobles familias romanas y extranjeras, que acudieron a su Misa, y, por la mañana y por la noche, se aglomeraban en su antecámara para hablarle.

CAPÍTULO LXII

La concesión de los privilegios

I

Para una Congregación Religiosa los "Privilegios" son lo que el techo para una casa. Entiéndese por "Privilegios" un conjunto de facultades, indultos y gracias especiales que la Santa Sede suele conceder a las familias religiosas: contribuyen a dar fisonomía propia al Instituto, a caracterizar y mantener su espíritu, a unificar sus actividades en cualquier parte del mundo; son medios indispensables para vivir según su índole. Por eso los Papas se los han concedido siempre desde tiempos remotos a los Institutos religiosos. Pueden ser concedidos directamente o por participación con otros Institutos ya existentes. Don Bosco se inclinaba a esto último por la mayor facilidad que presentaba el obtenerlos, y entre todos, a los que disfrutaban los Padres Redentoristas.

Quería, pues, obtener dos cosas en este nuevo viaje a la Ciudad Eterna: del Gobierno, la autorización para una gran tómbola en provecho de la iglesia y asilo del Sagrado Corazón, y de la Santa Sede, concesión a la Sociedad Salesiana de los Privilegios pedidos inútilmente hacía diez años, y que no habían sido concedidos a causa de las indicadas oposiciones.

¡Pobre Don Bosco! El 1 de mayo, el Cardenal Ferrieri le hizo saber que era preciso acompañar a los Privilegios que solicitaba la fecha y los nombres de los Pontífices que

los habían concedido originariamente y de los Institutos a los cuales se les habían concedido directamente. Trabajo fatigósimo que creía sólo podía hacer él, porque sólo él había practicado las gestiones concernientes a las diversas aprobaciones y concesiones eclesiásticas solicitadas por la Sociedad.

—Mi cabeza no resiste tantos trabajos —exclamó—, por lo que me veré obligado a renunciar a los Privilegios. Pediré algunos de los más esenciales y después volveré a Turín. Si nos los quieren conceder, bien; si no, ¡paciencia! Continuaremos como hasta ahora.

—Esté tranquilo —le repetía el bueno del abogado Eleonori—; ya verá como los obtendremos todos. Si usted no puede soportar tantos trabajos, nosotros buscaremos los "Breves" y las citas, y, si quiere, haremos también el trabajo.

El 8 de mayo dio una conferencia a los Cooperadores en la iglesia de Santa Francisca Romana. El Eminentísimo Cardenal Parocchi, Vicario de Su Santidad, que subió a la tribuna después de Don Bosco, hizo un elogio magistral del carácter de la Obra Salesiana, cuyo distintivo es la caridad cristiana según las exigencias del siglo.

Al día siguiente fue recibido en audiencia por el Vicario de Jesucristo. La voz del Papa resonó claramente desde la antecámara:

—¡Oh, Don Bosco! ¿Cómo está? ¿Cómo va la salud? ¿Y sus ojos? He oído decir que no está usted muy bien.

Don Bosco se había puesto de rodillas, porque solía arrodillarse siempre delante del Vicario de Cristo. El Papa había intentado impedirselo, pero él, siempre de rodillas, le besó el pie. Rápidamente hizo que Monseñor Macchi trajera una silla y le dijo:

—¡Aquí sentado!

Don Bosco, después de darle las gracias, se sentó y quedó a solas con el Pontífice, quien le preguntó largo rato sobre su salud, concluyendo con estas palabras:

—Si yo estuviera enfermo, seguro estoy de que usted

haría cuanto pudiera por la conservación de mi vida. Pues bien, quiero que usted haga por usted mismo lo que haría por mí. Así, pues, procúrese todos los cuidados, busque todos los medios necesarios para su conservación. ¡Yo lo quiero! ¿Entiende usted? ¡Yo se lo mando! Es el Padre Santo quien lo quiere, el Papa quien se lo manda. ¡La Iglesia tiene necesidad de su vida.

—Padre Santo —respondió Don Bosco—, harta bondad es la vuestra al compararme con Su Santidad; es un honor que me confunde. Procuraré hacer lo que pueda para obedecer a vuestra voluntad.

—Bien, bien. Ahora, ¿qué tiene que pedirme? Pida, porque el Padre Santo está dispuesto a concederle todo lo que le pida.

El Siervo de Dios le presentó el sumario de los Privilegios que deseaba para la Sociedad Salesiana. El inmortal Pontífice le dio una ojeada y dijo:

—Concederemos todo lo que queréis, pero hay que llenar los trámites.

Después le indicó el modo de hacer las cosas más expeditamente. Aludiendo a la hostilidad, que ya había cesado por la muerte de su poderoso adversario, le manifestó que amaba a los Salesianos y que era el primero de sus Cooperadores y añadió:

—Usted tiene la misión de hacer ver al mundo que se puede ser buen católico y al mismo tiempo bueno y honrado ciudadano; que se puede hacer mucho bien en todos los tiempos a la juventud pobre y abandonada, sin chocar con la política, sino conservándose siempre buenos católicos... Dios mismo os guía, os sostiene y lleva esta Congregación. ¡Dígallo, escríbalo y predíquelo! Éste es el secreto que le ha hecho vencer todos los obstáculos y a todos los enemigos.

Don Bosco agradeció efusivamente al Padre Santo su benevolencia, pidióle varios indultos, incluso la concesión formal de los Privilegios y le habló de sus diversas casas y de las florecientes compañías o asociaciones piadosas que exis-

tían en ellas, particularmente las del clero infantil y del Santísimo Sacramento.

—A esos jovencitos de la Compañía del Santísimo Sacramento —exclamó León XIII— dígales de mi parte que yo los amo, que son el delirio de mi corazón; hágales por mí una caricia paternal; bendígalos de mi parte, *manu ad manum*.

Después le pidió noticias de los novicios, y al saber que eran doscientos ocho, se alegró mucho y facilitó a Don Bosco el modo de hacerles cumplir el año de noviciado.

Luego se habló de los Cooperadores Salesianos. A ruegos de Don Bosco dijo que los bendecía largamente y que pediría por ellos todos los días en la Santa Misa.

Al final de la audiencia Don Bosco le presentó una lista de aquellos para quienes deseaba alguna distinción honorífica de la Santa Sede. El Papa accedió y añadió benévolamente:

—Y ahora, ¿tiene usted alguna otra cosa que pedir? Pida, pues, que estoy dispuesto a concedérselo todo.

El Santo imploró aún una bendición especial para todos sus bienhechores y sus familias; y solicitó que fuesen admitidos a besar el pie de Su Santidad Don Lemoyne, que hacía de secretario, y el director del Seminario de Magliano Sabino, Don José Daghero; y así le fue concedido. El Papa recomendó a Don Lemoyne que tuviese cuidado de la salud de Don Bosco, volviendo al cual le preguntó:

—¿Y sus Misiones?

—¡Van bien, Padre Santo! Se han bautizado ya cerca de quince mil salvajes.

—¡Quince mil salvajes bautizados! Buen número es; y estoy reconocido por tantas almas salvadas. Es una cosa magnífica salvar almas, y el Papa no puede menos de regocijarse.

Después de otras muestras de benevolencia, el Pontífice les dio la Bendición Apostólica. Mientras tanto Don Bosco se arrodilló. El Papa, que había intentado impedirselo, exclamó, apenas hubo pronunciado la fórmula:

—¡Secretario, ayúdele a levantarse! ¡Sosténgalo!
Y salieron.

—¡Qué bueno es el Padre Santo! —decía Don Bosco, volviendo al Sagrado Corazón—. ¡Nos hacía falta esto! ¡De otro modo, yo no podía más!

* * *

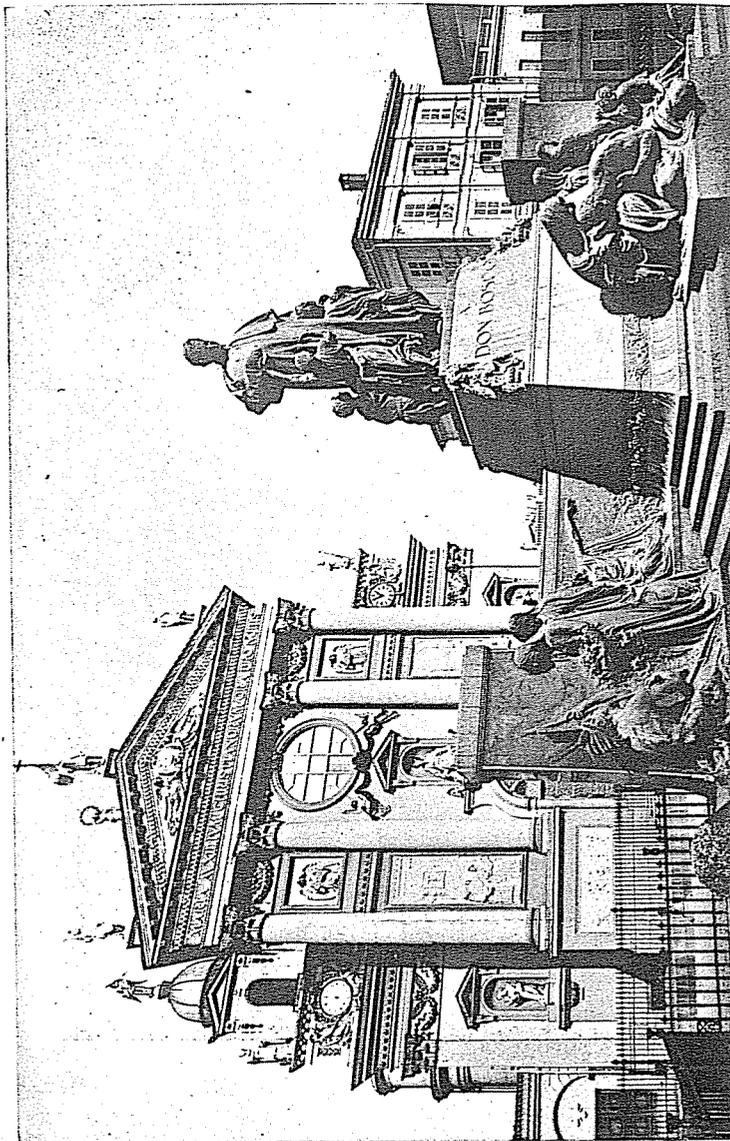
Cuando llegaron a casa, la noticia de que el alcalde de Roma había solicitado del gobernador, en nombre del Municipio, el permiso para una lotería en provecho de la iglesia y el asilo del Sagrado Corazón, coronó la alegría de aquel faustísimo día.

II

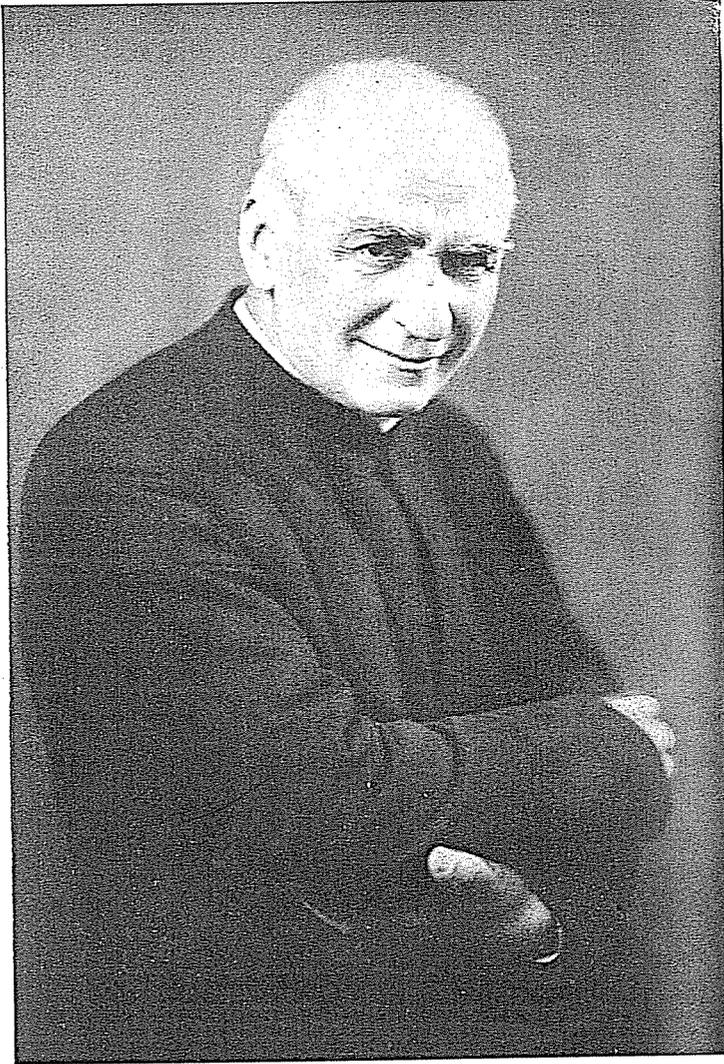
Don Bosco salió de Roma el 15 de mayo de 1884, primer día de la novena de María Auxiliadora. En Turín, la víspera de la fiesta de María Auxiliadora, dio él mismo la conferencia a los Cooperadores para ensalzar las bondades de la Virgen, que cada día multiplicaba sus favores. Habló con vigor y cuando bajó del púlpito dijo que aún se sentía con fuerzas para predicar varias horas más. Su mejoría parecía tener algo de extraordinario. Caminaba con bastante seguridad, la hinchazón del hígado había disminuído, como también la de las piernas. Fue una verdadera gracia de la Virgen.

El 24 de junio las noticias que habían corrido sobre la salud de Don Bosco llevaron a Valdocco un número mayor de admiradores y antiguos alumnos, entre los cuales fue también Monseñor Bertagna, auxiliar del Cardenal Alimonda, que hizo un bellissimo elogio de la santidad de Don Bosco. Como le pidieran al final que bendijera a los presentes, respondió con presteza:

—¡Su Eminencia el Cardenal Arzobispo me ha dicho que reciba la bendición, no que la dé!



Monumento a Don Bosco en Turín. Selló la Primera Asamblea Mundial de los Antiguos Alumnos en 1911 y se inauguró el 23 de mayo de 1920, después de la primera Guerra Mundial.



Revdmo. D. Pedro Ricaldone, IV Sucesor de Don Bosco. Bajo su Rectorado la Congregación afianzó su labor, amplió sus obras y multiplicó su personal y sus casas y misiones. Dejó una serie preciosa de libros de "Formación Salesiana". Nació en Mirabello en 1870 y murió en Turín en 1952.

Y diciendo esto se arrodilló con los demás para recibir también él la bendición del Santo.

No se limitó a esto la bondad del Cardenal Alimonda: por la tarde fue en persona a felicitar a Don Bosco; estuvo hablando con él dos horas y aun participó de su cena, y de su fiesta. Al final de ésta se levantó el Cardenal y habló comparando la obra del Bautista con la de Don Bosco, nuevo precursor, y acabó diciendo:

—¡Sí, escuchad siempre a este precursor; haced lo que él os diga y él os conducirá al seno de Jesús, el único que os puede hacer felices en el tiempo y en la eternidad!

Las palabras del insigne Purpurado produjeron una impresión indescriptible.

Más afectuosa aún que lo acostumbrado resultó aquel año la reunión de los antiguos alumnos. El 13 de julio, sus cariñosos discípulos al ver que el buen Padre se conservaba bien, aunque sus cabellos se plateaban y su paso se hacía más vacilante, le manifestaron con ternísima efusión su deseo de verle llegar a su Misa de Oro.

—Y si Dios me da vida —respondió Don Bosco—, cantaremos un Tedéum muy solemne. Una cosa, con todo, por la cual debemos dar gracias al Señor, una cosa que constituye mi mayor consuelo, es que adondequiera que voy oigo siempre buenas noticias de vosotros; es el pensamiento de que en todas partes se habla bien de mis antiguos hijos; es saber que todos alaban nuestras reuniones, porque son el verdadero medio de recordar las advertencias y consejos que os daba cuando erais niños. Sí, lo repito, esto me proporciona un gran consuelo; es el honor, es la gloria de mis últimos días. Veo que muchos de vosotros tienen la cabeza calva; que muchos de vosotros muestran ya los cabellos encanecidos y la frente surcada de arrugas; que ya no sois aquellos niños que yo amaba tanto; pero ahora os amo todavía más, porque vosotros con vuestra presencia me aseguráis que están firmes en vuestra alma los principios de nuestra Santa Religión que os he enseñado, que éstos son la guía de vuestra vida.

Siento más amor por vosotros aún, porque veo que vuestro corazón está siempre por Don Bosco.

Aquellos días se tuvo una gran prueba de la santidad del Siervo de Dios. El 2 de julio apenas se esparcieron las primeras noticias de cólera morbo en Italia, se afirmó que la epidemia invadiría la nación y sería más terrible de lo que podía suponerse. Sabido es que el cólera hizo estragos en Busca, Spezzia y en Nápoles. Pero al mismo tiempo, de viva voz, por medio de cartas a todos, y del Boletín, Don Bosco anunciaba un preservativo, que llamaba infalible, en los términos siguientes: "1.º Frecuentar la Sagrada Comunión con las debidas disposiciones. 2.º Repetir con devoción la jaculatoria: *María Auxilium Christianórum, ora pro nobis*. 3.º Llevar al cuello la medalla bendita de María Auxiliadora y cooperar a cualquier obra de caridad y de Religión en honor de Ella." "Con este antídoto —escribía a la Marquesa Carmela Gargallo, el 14 de junio—, vaya a servir en los lazaretos, que no sufrirá mal alguno."

Centenares de miles fueron las medallas pedidas en Italia y el extranjero. Ninguno de los que practicaron los consejos de Don Bosco sucumbió a la terrible enfermedad. Otro tanto ocurrió en las casas salesianas donde se siguieron sus prescripciones.

* * *

Para las casas mencionadas, el buen Padre no se limitó a esto, sino que el 26 de agosto escribió recomendando que en todas las iglesias se diera la bendición con el Santísimo Sacramento, que todos empleasen las debidas precauciones y que en caso necesario se prestasen generosamente a la asistencia de los enfermos y a recoger a los huérfanos que, a consecuencia de la epidemia, estuviesen abandonados. La noticia de tanta caridad fue acogida con aplauso.

Entretanto no cesaba de trabajar para completar su obra. Aquel año reiteró la súplica de concesión de los Privilegios,

terminando su carta con estas palabras: "Después de ver consolidada la obra que la Santa Iglesia de Dios me confió, cantaré con gozo: *Nunc dimittis servum tuum, Dómine*." Finalmente consiguió el favor anhelado durante diez años, y no faltó la protesta de Satanás. No se explica de otro modo lo siguiente:

El 9 de julio, hacia las seis de la tarde, cayeron de improviso en brevísimo intervalo cuatro rayos tan espantosos, que sacudieron todo el Oratorio como si quisieran derrumbarlo. Todos los de casa quedaron aturdidos. Don Bonetti, que guardaba cama por hallarse enfermo, llamó a Don Lemoyne; éste acudió desde una habitación inmediata después de un buen rato, porque el fragor de los rayos le había impedido oír al punto la voz.

—¿Oyes ese estrépito? —dijo Don Bonetti—. No me parecen naturales esos truenos; parecen bramidos de Satanás. Apostaría a que en este instante el Cardenal Ferrieri firma el decreto de la concesión de los Privilegios... ;Verás cómo no me equivoco!

Y no se equivocó.

Lo adivinó con más precisión de lo que esperaba. El Decreto ya estaba en Turín. Don Lemoyne fue al secretario de Don Bosco, y lo halló leyendo el suspirado decreto. Cuando Don Bosco, pocos minutos antes lo tenía en la mano, descargó el primer rayo seguido de otros tres, el último de los cuales pareció correrse hasta la mesa sobre la cual había estado el decreto, y por poco lo quema. Don Bonetti, cuando supo lo ocurrido, movido de grande entusiasmo, dijo a Don Lemoyne:

—¿Te acuerdas del sueño de los cuatro truenos y de la lluvia de capullos, de flores, de rosas y espinas? ;Este sueño lo tuvo Don Bosco hace cuatro años! Saca mi cartera de la sotana y dámela.

Cuando la tuvo, sentóse en la cama, buscó los puntos del sueño y la fecha en que Don Bosco lo había tenido y dijo:

—Don Bosco tuvo el sueño en 1880, en la noche del 8 al 9

de julio, esto es, como la noche pasada, y el 9, hoy, cuarto aniversario, a las seis de la mañana lo refería al Capítulo, y hoy se realiza aquí.

* * *

Quizás parezca extraña esta coincidencia de los rayos con un decreto favorable a nosotros, pero tiene su explicación. Este decreto consagraba definitivamente la Sociedad Salesiana, y a pesar de que todos la alababan como la institución a propósito para los tiempos, muchos la impugnaban y el mismo Cardenal Ferrieri, aun admirando a Don Bosco, era de opinión que, muerto Don Bosco, moriría la Congregación, y que la concesión de los Privilegios que afirmaban su existencia, era como bendecir un cadáver. Se logró, pues, pero arrancada casi a la fuerza. Sin la intervención enérgica de León XIII, Don Bosco no habría visto satisfecho su deseo.

—¡Lo quiero! —dijo por fin el Pontífice—. ¡Lo quiero! ¡Quiero que Don Bosco sea complacido!

¡Pero cuántas humillaciones y cuántas negativas había tenido que soportar él durante diez años! Nosotros lo vimos llorar cuando parecía que se iban a desvanecer una vez más sus esperanzas, y aun le oímos exclamar:

—¡Si hubiese sabido antes que costaba tantos dolores, trabajos, oposiciones y contradicciones fundar una sociedad religiosa, quizás no habría tenido valor para emprender esta obra!

Don Bosco podía, pues, repetir el *Nunc dimittis*. En realidad, su vida marchaba a su ocaso. Los tres años y medio que aún le quedaban, debían hacer brillar su santidad en medio de continuos padecimientos. El 19 de julio fue a Pinerolo, hospedándose en la villa de Monseñor Chiesa. Por primera vez se había permitido respirar un poco de aire puro. El día de la Asunción bajó a la ciudad y asistió a las funciones de la Catedral y oyó el sermón del Obispo. De vuelta en Turín, el 22 de agosto, después de algunas semanas, cayó enfermo con gran hinchazón de una pierna. El doctor Fissore

le recomendó como único remedio guardar cama para tener la pierna en reposo. Parecía que se trataba de una erisipela y que se agravaba más cada día. En efecto, se le presentó una fiebre persistente con respiración fatigosa y una hinchazón extraordinaria del corazón. Se creyó conveniente anunciarlo en el *Boletín Salesiano* para solicitar oraciones de los Cooperadores. Rezaron mucho los novicios de la Sociedad y los jóvenes del Oratorio.

Finalmente, el 2 de octubre, el amado Padre comenzó a mejorar. El 3, dándose por curado, volvió a sus ocupaciones.

* * *

La bondad y el interés que demostró León XIII debieron de proporcionarle mucho consuelo. Monseñor Jacobini, al comunicar al Cardenal Alimonda el nombramiento de Don Cagliero como Vicario Apostólico de la Patagonia, añadía que Su Santidad en esta misma ocasión le había encargado escribirle sobre otro asunto importantísimo.

“Su Santidad ve que la salud de Don Bosco empeora cada día y teme por el porvenir de su Instituto. Querría, pues, que Vuestra Eminencia, en la forma que su discreción le dicte, hable a Don Bosco y le insinúe la idea de designar la persona que crea idónea para sucederle o bien que le dé ya el título de Vicario suyo, con derecho de sucesión. El Padre Santo se reservaría decidir de una u otra manera, según lo crea más prudente. Anhela, con todo, que Vuestra Eminencia haga esto inmediatamente, ya que esto interesa tanto al bien del Instituto.”

El Cardenal fue al Oratorio para hablar de ello a Don Bosco, y éste el 24 de octubre anunció al Capítulo la propuesta del Padre Santo. Hubo un momento de gran silencio, porque todos comprendieron el alcance de la disposición del Pontífice. Un sentimiento de profunda ternura invadía todos los corazones, porque cada día transcurrido anunciaba que el buen Padre se disponía a dejarnos para siempre. Cuatro días

después dijo al Capítulo que proponía como Vicario a Don Miguel Rúa y comunicaría su pensamiento al Padre Santo, al cual el Cardenal Alimonda se lo dio a conocer por medio del Cardenal Nina. "Su Santidad quedó muy satisfecho y tranquilo al saber que el porvenir del Instituto Salesiano quedaba suficientemente asegurado al confiar su regencia a Don Rúa cuando falte el insigne Don Bosco, a quien Dios conserve muchos años..." Así escribía el Eminentísimo Cardenal Nina al Cardenal Alimonda después de la audiencia pontificia del 27 de noviembre, en la cual el Padre Santo ordenó se escribiese el correspondiente decreto para el nombramiento de Don Miguel Rúa como Vicario General de Don Bosco, con derecho a sucederle en el gobierno de la Sociedad Salesiana.

CAPÍTULO LXIII

El porvenir de las Misiones Salesianas

Hemos expuesto ya anteriormente muchas cosas referentes a Monseñor Cagliero, el primer Obispo salesiano, y hemos visto cómo el progreso de las Misiones salesianas en la América del Sur fue lo que dio origen a su nombramiento episcopal.

El 23 de diciembre Don Bosco dio una conferencia a los salesianos del Oratorio, en la cual, entre otras cosas, les recomendó la observancia de las reglas, declarando que éste era el mejor y más grato de los recuerdos que podía dejarles.

Cerca de un mes antes había dado a sus hijos otro aviso de la mayor importancia para el porvenir de la Sociedad.

—Ha de tenerse como base que nuestro objeto principal son los Oratorios Festivos. Mientras nosotros atendamos a los jóvenes pobres y abandonados, nadie tendrá envidia de nosotros. En estos Oratorios se formarán sacerdotes, que serán modelos de los otros, serán bien vistos aun de los enemigos de los sacerdotes y tendrán buena acogida en todas partes, porque sabrán desenvolverse bien y actuarán como buenos conocedores del mundo.

* * *

Se acercaba el día de la partida de Monseñor Cagliero y de otra expedición de misioneros. Los preparativos se hacían bajo los más gratos auspicios, cuando el 24 de enero

de 1885, durante la comida estalló un incendio en la encuadernación. Don Bosco quedó en el comedor silencioso, pero tranquilo. A intervalos preguntaba si había desgracias personales, y al oír que no, volvía a encerrarse en su sereno recogimiento. Al decirle que los daños ascendían a cerca de cien mil liras, dijo:

—Es una gran pérdida; pero el Señor lo da, el Señor lo quita. Él es el dueño.

La partida de los misioneros estaba señalada para el 1 de febrero. La noche anterior Don Bosco tuvo un sueño.

Le pareció que acompañaba a sus hijos los misioneros y les daba las últimas recomendaciones:

—Ni con la ciencia, ni con la salud, ni con las riquezas, sino con el celo y la piedad, haréis mucho bien, promoviendo la gloria de Dios y la salvación de las almas...

Dicho esto se vio en un abrir y cerrar de ojos transportado a América. Caminos maravillosos lo conducen a todas las casas y Misiones; el campo es vastísimo; los salesianos lo conseguirán todo con la humildad, con el trabajo y con la templanza.

Después de contemplar el glorioso porvenir de los Salesianos en aquellas tierras, fue conducido de nuevo como un relámpago al Oratorio, de donde vio partir nuevos misioneros, también para América. En un momento aquel inmenso campo se convirtió en una gran sala, alhajada con espléndidas mesas, maravillosa por su forma, en donde penetraban personas en pequeños grupos cantando: "¡Viva!", y después de éstos, otros grupos más numerosos avanzaban cantando: "¡Triunfo!" Poco después se presentó una gran variedad de personas de todas las edades, hombres y mujeres de muchas estirpes y razas diferentes por el color, por las formas y por la actitud, mientras en todas partes resonaban cánticos y a los gritos de "¡Viva! ¡Triunfo!", hacían acompañamiento los coros de los ángeles. Al cabo llegó una gran turba, que vino al encuentro de los otros cantando: "¡Aleluya!... ¡Gloria!... ¡Triunfo!..." Cuando la sala se llenó completamente y los millares de reunidos no se podían contar, se hizo un profundo silencio; después la multitud se puso a cantar dividida en diversos coros con un efecto tan grandioso y nuevo, que a Don Bosco le pareció estar en el Paraíso.

"El pensamiento principal que me quedó impreso después de este sueño —concluyó diciendo— fue el dar a Monseñor Cagliero y a mis queridos misioneros un aviso de suma importancia, relacionado con la

suerte futura de nuestras Misiones: Toda la solicitud de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora debe dirigirse a promover las vocaciones eclesiásticas y religiosas."

Añadiremos nosotros que, cuando Don Bosco repetía estas palabras: "¡Viva! ¡Triunfo!", su voz adquiría un acento tan vibrante que hacía estremecer.

* * *

Llegó la hora de la función de despedida. Antes de ir a la iglesia los misioneros subieron a saludar al buen Padre, que no pudo bajar.

—¿De modo que ya marcháis? —les dijo—. En este momento notamos que el corazón se conmueve fuertemente y advertimos cuán grande es el afecto que nos une estrechamente en Jesucristo; ni vosotros ni yo nos arrepentimos de vuestro sacrificio. ¡Es Dios quien lo quiere! Nuestra firme y alegre resolución es cumplir su adorable voluntad.

—¡Sí, sí! —respondieron aquellos generosos misioneros, cayendo todos de rodillas para recibir la bendición.

Don Bosco se quedó en su cuarto y los expedicionarios bajaron a la iglesia, donde el Cardenal Alimonda rezó las oraciones de los peregrinos. Todos marcharon después de la bendición, excepto Monseñor Cagliero, que volvió a ver a Don Bosco.

A la hora de la cena Monseñor se retiró mientras Don Bosco, no pudiendo tenerse de pie, se vio obligado a acostarse. Desde la mañana el doctor había insistido con Don Bosco para que se metiera en cama por haberse acentuado la bronquitis, a la cual había que aplicar pronto remedio. No lo había hecho antes, porque no quiso dar ocasión de tristeza en la partida de sus hijos. Después de la cena Monseñor fue a despedirse. Hubiera preferido Don Bosco que la salida se hubiese aplazado hasta el día siguiente después de comer; pero Monseñor Cagliero insistió y se arrodilló

junto al lecho paterno. El Siervo de Dios lo tomó por la mano y le dijo:

—Buen viaje. Si no volvemos a vernos en la Tierra, nos volveremos a ver en el Paraíso.

—No hablemos de esto. Antes de volvernos a ver en el Paraíso nos veremos otra vez en esta tierra. ¡Acuérdese de que he prometido volver para el cincuentenario de su Misa en 1891; así, pues, debe usted encontrarse aquí!

—Será lo que el Señor quiera —dijo Don Bosco—. ¡Él es el amo!

Y con gran trabajo lo bendijo. Y luego agregó que vendría para recomendarle el alma.

* * *

Don Bosco se conmovió mucho en la partida de Monseñor Cagliero y de los misioneros. Como no pudo acompañarlos ni en parte del viaje, envió a Don Bonetti a Marsella para saludarlos una vez más en su nombre y entregar a Monseñor Cagliero esta hoja de Don Bosco, autógrafa: "Palabras para que Monseñor Cagliero les ponga música cuando se encuentre en las orillas del Río Negro, en la Patagonia, y que, Dios mediante, cantaremos nosotros oportunamente en la iglesia de María Auxiliadora en Turín: *O María, Virgo potens: tu magnum et praeclarum in Ecclesia praesidium, tu singulare Auxilium Christianorum; tu terribilis ut castrorum acies ordinata; tu cunctas haereses sola interemisti in universo mundo; tu in angustiis, tu in bello, tu in necessitatibus nos ab hoste protege atque in aeterna gaudia in mortis hora suscipe!* ¡Oh María, Virgen poderosa, valiosísimo y precioso sostén de la Iglesia; singular Auxilio de los Cristianos; terrible como un ejército en orden de batalla; Tú sola acabaste con todas las herejías en el universo mundo; en las angustias, en la guerra, en las necesidades protégenos contra el enemigo y en la hora de la muerte recíbenos en el gozo eterno!"

Era un rasgo de la delicadeza paternal para alejar mejor del ánimo de los expedicionarios la probable preocupación por su salud. Ellos, agradecidos, desde el Bourgoigne, le respondieron pidiéndole por telegrama una bendición.

Las muchas ocupaciones y preocupaciones que embargaban al Vicario Apostólico no le dieron tiempo de poner música a aquellas palabras y poco a poco se fue olvidando del encargo.

Siendo ya Cardenal lo recordó; y temiendo no tener ya vena suficiente y, sobre todo, que el estilo no se acomodara del todo a las prescripciones de la Música Sagrada dadas por Pío X, pasó el encargo a Pagella, el gran compositor salesiano, que compartía con Perosi el cetro del imperio musical. La hermosa composición se estrenó en las fiestas celebradas para conmemorar el Cincuentenario de la Basílica de María Auxiliadora.

CAPÍTULO LXIV

De maravilla en maravilla

I

La noticia de la enfermedad de Don Bosco difundióse por todas partes. Cuando, gracias a Dios, estaba ya repuesto y volvió a sus ocupaciones, varios diarios italianos y extranjeros anunciaron su muerte, lo que le hizo mucha gracia. Exclamaba alegremente:

—Algunos me han dado por muerto en Buenos Aires; después en Marsella; ayer en Pavía, hoy, esta mañana, según ellos, he muerto en Turín; ¡y ahora voy de paseo!... ¡Oh!, mientras oiga uno con sus propios oídos pregonar su muerte, no hay peligro todavía.

Aunque su salud iba declinando, no por ello disminuían las energías de su espíritu. El 24 de marzo, a pesar de las protestas de los suyos, de los médicos y del Cardenal Alimonda, salió para Francia. Le acompañaban Don Bonetti y el clérigo Carlos Viglietti, que desde mayo precedente había sido destinado a su servicio inmediato.

La adorable Providencia de Dios guió amorosa, como siempre, sus pasos conduciéndole felizmente a Sampierdarena, a Alassio y a Niza, donde la bendición de María Auxiliadora que dio a una niña gibosa y enferma, la curó instantáneamente, lo mismo que a una pobre señora completamente encogida, incapaz de mover los brazos.

En Tolón fue huésped de la familia Colle, que en solo

aquel año de 1885, entregó a Don Bosco en limosnas por valor de doscientas veinte mil liras, siempre destinadas a la iglesia de Roma. El 2 de abril, Jueves Santo, fue con el conde y con el clérigo Viglietti a la Catedral para cumplir con la Pascua, aunque con gran molestia; el corto paseo que dio y las genuflexiones lo postraron. Pero por la calle y en la iglesia todas las miradas eran para él. Después de la Misa, cuando bajaba del presbiterio, la multitud lo rodeó en la escalinata, prorrumpiendo en exclamaciones de admiración, llorando y arrojándose a sus pies. Les dio su bendición y se retiró para no entorpecer a los sacerdotes que oficiaban. El Sábado Santo por la tarde llegaba a Marsella. Los jóvenes del Oratorio de San León y los Cooperadores acogieronle con gran veneración y afecto. Durante las dos semanas que estuvo con ellos, innumerables personas acudieron a darle gracias y a encomendarse a sus oraciones. El 10 de abril fue a Santa Margarita, donde se había abierto una nueva casa salesiana para la formación del personal. El Instituto rebosaba de gente devota, cuando llegó en carruaje una mujer hidrópica y paralítica. Después de haberla bendecido, Don Bosco le dijo:

—¡Pruebe a ver si puede andar sin apoyo!

Y la mujer, que hacía años no podía moverse, anduvo de acá para allá en la habitación por sí sola, y salió por sus pies, aunque andaba todavía con alguna dificultad, apoyada en un bastón. Las personas que la habían conducido, lloraban de gratitud al ver la mejoría.

Don Bosco, volviéndose a Don Viglietti, le dijo confidencialmente:

—Le habría dicho también: ¡Ea, tire ese bastón y vaya a trabajar! Para Dios todo era igual; pero esto habría producido demasiado clamoreo y conmovido a la gente más de lo necesario.

Los prodigios se repetían todos los días, de modo que aumentaba el número de visitantes. Cuando salía, no era posible salvarlo de las indiscreciones de los que le cortaban trocitos de la sotana para tener una reliquia.

* * *

El 17 de abril dio una conferencia a los Cooperadores Salesianos, para los cuales tuvo expresiones tan tiernas, que provocaban las lágrimas. Después habló el señor Obispo, que lo llamó públicamente un Santo. Al salir de la iglesia todos lo rodearon y mostrándole quién a un pariente, quién a un amigo, le iban diciendo:

—Mire, Don Bosco, ésta es mi hermana... éste es mi amigo... éste es mi hijo... instantáneamente curados por usted el año pasado.

—¡Oh! —contestaba, corrigiendo—; digan que han sido curados por María Auxiliadora. ¡Don Bosco es un pobre sacerdote cualquiera!

Salió de Marsella el 20 de abril por la mañana, dejando a todos los de casa fuertemente impresionados. Pasando por Tolón y Niza, prosiguió su viaje hacia la Liguria y siempre oyendo frases de gratitud por los nuevos y admirables efectos de su bendición.

* * *

En Alassio le presentaron a Ernesto María de Maistre, de Diano Marina, que tenía una congestión cerebral y estaba paralítico de medio cuerpo. Al recibir la bendición, curó instantáneamente. Su hermano, de nueve años, no podía articular ni una palabra; también quedó curado al recibir la bendición de María Auxiliadora. Una joven llamada Airaldi, de quince años de edad, no podía andar. Cuando la bendijo Don Bosco, se puso a caminar expeditamente.

En Sampierdarena le llevaron una enferma, la cual apenas recibió la bendición, se puso a gritar:

—¡Estoy curada! ¡Estoy curada! Quiero ir a casa yo sola.

En efecto, volvió a ella por sí misma entre el llanto de consuelo de los que la habían acompañado. El Santo continuó su viaje hacia Turín.

II

El 1 de junio se celebró la fiesta de María Auxiliadora. Es increíble el número de los que durante todo el año, pero especialmente en la fiesta de la Virgen de Don Bosco, fueron a hablar con el Siervo de Dios o a recibir su bendición. Aquel año fueron a visitarle muchos Obispos.

El 8 de junio por la tarde se presentó en la portería el Cardenal Lavigerie en compañía de un simple criado. Pocos días después fue con el mismo fin a Valdocco el Arzobispo de Atenas.

La fama del Siervo de Dios se había difundido por Baviera. El reverendo Don Juan Nepomuceno Werner le escribió que estaba traduciendo al alemán el reglamento de los Cooperadores, porque en el Congreso Católico de Münster se había aprobado por unanimidad la fundación de asilos para niños pobres con el sistema de Don Bosco, y le rogaba que agregase, al menos espiritualmente, a la Sociedad Salesiana un Patronato fundado en Munich para jóvenes aprendices (Lehrlingsschutz), porque las leyes del reino no habían permitido la incorporación pura y simple.

En julio Don Bosco fue a Mathi turinés por algunos días. De Lanzo fueron a saludarlo los alumnos del Colegio de San Felipe.

Volvió a Turín para las reuniones de los Antiguos Alumnos seglares y sacerdotes separadamente, por el gran número de ambas categorías. A los primeros hizo esta recomendación:

—Adondequiera que vayáis y estéis, acordaos de que sois hijos de Don Bosco, hijos del Oratorio de San Francisco de Sales. Sed verdaderos católicos con sanos principios y buenas obras; practicad fielmente nuestra Religión, como única y verdadera; servirá para reunirnos a todos un día en la eternidad feliz; dichosos de vosotros si no olvidáis nunca aque-

llas verdades que yo traté de esculpir en vuestros corazones cuando erais niños.

A los segundos les dio este recuerdo:

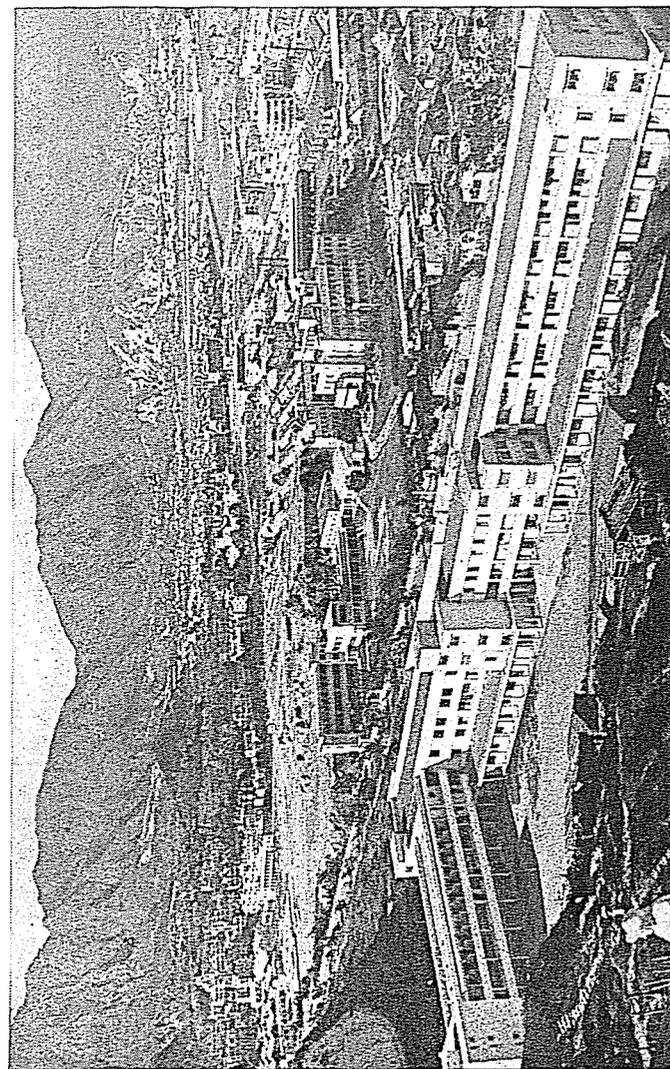
—No debería haber un sacerdote que no procurase infundir, aun a costa de sacrificios, el espíritu de su vocación en los demás, para hacerlos herederos suyos y sucesores en el ministerio de salvar las almas... Procurad, con el consejo que os doy, aumentar los méritos de vuestro ministerio sacerdotal. La gloria de la Iglesia es nuestra gloria, la salvación de las almas es nuestro interés. Todo el bien que hagan los demás por nuestro impulso, aumentará el esplendor de nuestra gloria en el Paraíso.

* * *

A pesar de la bondad del clima, de la apacibilidad del lugar y de la relativa tranquilidad de que gozaba, en Mathi su salud desmejoró de un modo inquietante: lo atormentaban continuos dolores de cabeza, mal en los ojos y otras molestias; pero siempre estaba alegre, no se quejaba de nada y no tenía más que un deseo: poder hacer más por sus huérfanos.

La Divina Providencia pensaba también en esto. Una señora le envió una limosna de dos mil quinientas liras por una gracia recibida y él le envió una carta de agradecimiento, prometiéndole más oraciones. Aquella señora, maravillada de tanta bondad, se lo agradeció a su vez con otra carta, mandándole una limosna de tres mil liras. Don Bosco con nueva carta la confortó hablándole del Paraíso y recibió por respuesta una tercera limosna de diez mil liras.

—Ahora no sé qué hacer —dijo el Siervo de Dios—; temo que si vuelvo a escribir me mande otra limosna; y no contestar es una falta de urbanidad... No sé cómo arreglármelas.



Hong-Kong. Escuelas Profesionales Salesianas.

* * *

El 22 de agosto salió de Mathi para Nizza Monferrato a fin de asistir a la profesión religiosa y toma de hábito de muchas Hijas de María Auxiliadora. Fue la última visita que hizo a sus religiosas. Les recomendó la caridad mutua, la paciencia en las tribulaciones, la obediencia a las Santas Reglas y les dijo que la Santísima Virgen andaba entre ellas en las diversas dependencias de la casa. Por el tono de la voz y por otras circunstancias se deducía claramente que él la veía en toda su realidad. Don Bonetti, director entonces de las Hermanas, les explicó:

—Don Bosco os dice que María Auxiliadora os ama mucho.

Y el Santo corrigió:

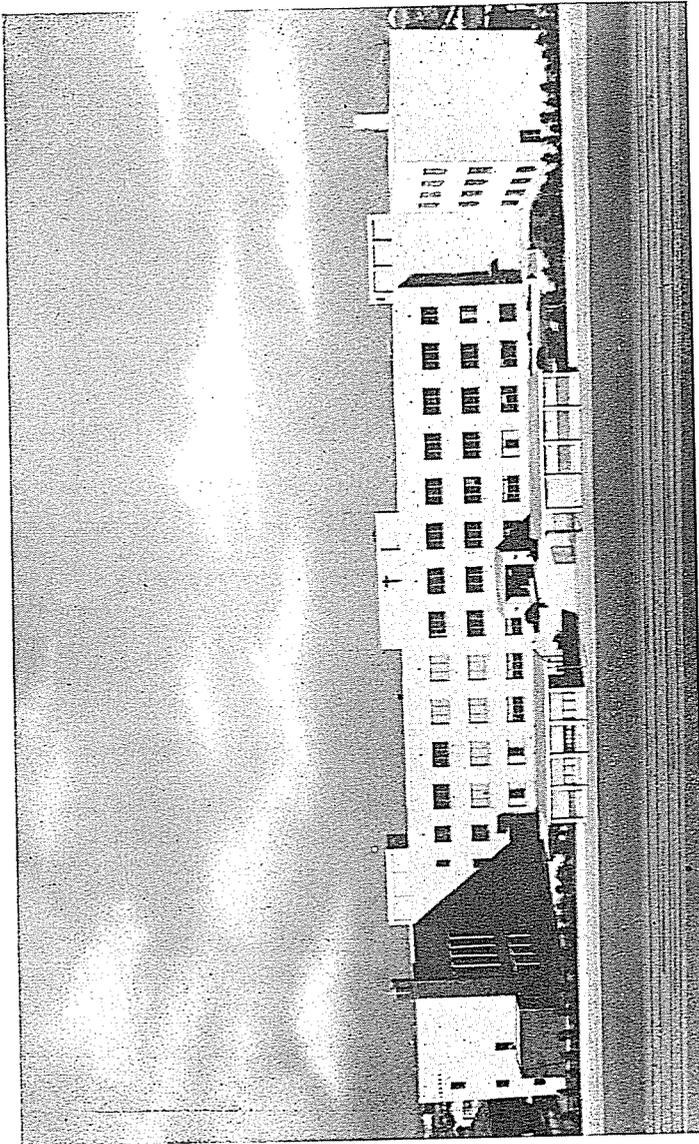
—Os digo que María Auxiliadora está aquí entre vosotras.

Todavía Bonetti quiso explicar, y Don Bosco insistió en que la Virgen estaba allí presente, y que con frecuencia visitaba personalmente la casa.

* * *

Ya hacía algún tiempo que mostraba una extraordinaria sensibilidad. Durante la Misa era raro que no llorase; aun en las conversaciones, para evitarle el llanto, no debía hablársele de ningún asunto conmovedor.

El 24 de septiembre anunció el nombramiento de Don Rúa como Vicario suyo y el 8 de diciembre lo comunicaba por carta a las casas de la Sociedad. En aquel día bajó a comer con los Hermanos y después de las Vísperas dio la bendición con el Santísimo Sacramento y además una conferencia. Al recordar la fiesta de la Inmaculada de 1841, después de haber dicho lo que era el Oratorio cuarenta y cuatro años antes, lo comparó con el estado actual y declaró



Colegio y Escuelas Profesionales Salesianas de Osaka (Japón).

que el origen de todas las bendiciones recibidas del Cielo por medio de María Auxiliadora había sido aquella Avemaría, dicha con fervor y con recta intención con el primer joven-cito, Bartolomé Garelli, en la iglesia de San Francisco de Asís. Añadió que la Sociedad de San Francisco de Sales estaba destinada a grandes cosas y a esparcirse por todo el mundo si los Salesianos son fieles a su vocación. Habló con extraordinaria viveza.

El 13 de diciembre reunió en conferencia a los alumnos del cuarto y quinto curso, a los cuales habló familiarmente para hacerles reflexionar sobre la elección de estado y al final obsequió a todos con un buen puñado de avellanas. Reuniólos de nuevo el 3 de enero de 1886 y después de la conferencia hizo que le llevaran un saquito de avellanas. Pero sólo contenía unas pocas. El clérigo Testa le dijo:

—No dé muchas, porque no habrá para todos.

—No te preocupes —le respondió.

Estaban presentes sesenta y cuatro alumnos. Después de dar a los primeros con una mano, continuó repartiendo a los otros con las dos. Los alumnos advirtieron que en el saquito las avellanas permanecían siempre al mismo nivel por muchas que Don Bosco sacase. Acabada la distribución, ¡nada faltaba de la cantidad primitiva! Los jóvenes manifestaron su estupor a Don Bosco y le preguntaron cómo se les había arreglado.

—¡Oh, yo no lo sé! —respondió sonriendo—. ¡No lo sé!, pero con vosotros, que sois amigos míos, puedo tener confianza, y os diré lo que ocurrió en el Oratorio hace muchos años.

Y les refirió la prodigiosa multiplicación de las castañas y de las hostias consagradas, terminando así:

—Para Dios todo es posible.

Al esparcirse la noticia por la casa, todos quisieron algunas avellanas milagrosas. Y como realmente hubo muchas, así se explica que varias casas y varias personas tengan todavía algunas.

El prodigio se repitió el 31 de enero de 1886, hallándose presentes los mismos alumnos y los clérigos Testa y Viglietti. Don Bosco hizo que le trajeran el medio saquito de avellanas que anteriormente quizás una piadosa avidez había merchado y repitió la distribución. Todos observaban lo que iba a ocurrir; pero esta vez el saquito se vaciaba de verdad. El joven Grassino, que lo tenía en la mano, fue el primero en avisarle, diciendo: "El saquito se vacía."

Sin embargo Don Bosco sigue dándoles a todos. Al fin, volviéndose a Grassino, exclamó:

—¡Vaya, tú no tendrás!

Pero, sonriente, siguió revolviendo el saco y dijo:

—¡Eh!, todavía hay una.

Y con ademán dulce y solemne, que tenía algo de misterioso, sacó un puñado y se lo dio al muchacho. Después llamó a Don Esteban Trione, que estaba presente, y también le dio; llamó además a Don Durando e hizo otro tanto (1).

—Quiero dar también a Mazzola y a Bassignana —dijo, dando un puñado a cada uno.

Los jóvenes estaban mudos de estupor. Finalmente sacó la mano del saquito con quince avellanas. Las miró y se puso triste, exclamando:

—De modo que no han venido todos a la conferencia. ¡Cuánto lo siento!

Ninguno de los Superiores lo había advertido, pero realmente faltaban cinco jóvenes, de los cuales tres habían ido a cantar a Valsálce y dos se habían quedado en el estudio.

(1) Don Esteban Trione es sin duda uno de los salesianos más beneméritos. Nacido el 8 de diciembre de 1856, a los once años ya estaba con Don Bosco. Fue orador elocuentísimo y organizador de primer orden. A él se deben los Congresos de Cooperadores Salesianos. Suya fue la idea de poner sobre el campanario del *Sacro Cuore* en Roma la estatua del Sagrado Corazón bendiciendo al mundo. Fue el diligente Vicepostulador de la Causa de Don Bosco. Murió el 1 de abril de 1935.

CAPÍTULO LXV

De Turín a Barcelona

I

A fines de 1885 y principios de 1886 hicieron más vivas las instancias de los Cooperadores de España para que los visitara Don Bosco. Habíalo prometido él; mas antes de decirse a cumplirlo, hizo una visita a la casa salesiana de Sarría, una visita que nos recuerda otros hechos semejantes que se leen en la vida de los Santos y que se llaman "bilocación" o presencia simultánea en dos sitios.

Era la noche de la víspera de San Francisco de Sales, cuando Don Juan Branda, director de aquella casa, notó que lo llamaban, y despertándose, oyó clara y distinta la voz de Don Bosco:

—¡Don Branda, levántate y ven conmigo!

Don Branda pensó: "¿Estoy soñando? ¿Tengo tanta necesidad de dormir!"

Y para desvanecer lo que él creía ilusión, volvióse del otro lado y de nuevo se durmió profundamente, hasta que le despertó el sonido de la campana que los llamaba a todos. Por la mañana recordó la voz oída durante la noche, pero no le prestó atención y permaneció tranquilo hasta el día de la octava de la fiesta de San Francisco. La noche del 5 al 6 de febrero dormía profundamente, cuando oyó que lo llamaban de nuevo:

—¡Don Branda, Don Branda! —Era también la voz de Don Bosco.

Despertóse y vio con estupor iluminado el cuarto de la dirección como en pleno día. Como tenía la cama en una alcoba contigua, distinguió delineada en la cortina la figura de un sacerdote, que le pareció realmente Don Bosco. La voz del Santo continuó:

—¡No duermas más; levántate!

—¡Voy al punto! —respondió.

Y se vistió.

Corrida la cortina, a un metro de ella vio a Don Bosco esperándole, con el rostro paternal y en la mirada un afecto singularmente confidencial. Tomóle Don Branda la mano y se la besó. Don Bosco le dijo:

—Tu casa marcha bastante bien; estoy satisfecho de cuanto hacéis; pero... hay cosas que ni siquiera sospechas y disgustan mucho a Dios.

Al punto se dibujaron en un ángulo cuatro alumnos con el rostro repugnante. Tocante al primero, le recomendó lo vigilara y le recomendará más prudencia. En cuanto a los otros tres, le ordenó los expulsara sin dilación.

—Son víctimas de Fulanito (un empleado) —le dijo—, pero ya se han trocado también ellos en lobos.

Al pronunciar estas palabras —dice Don Branda—, mostrábase su rostro inflamado por el disgusto y la pena.

Salimos de la estancia y tomamos la escalera de los dormitorios. Todo se iluminaba como en pleno día. Yo no abría las puertas ni Don Bosco tampoco; pero entramos en los dormitorios y los recorrimos. Todos los muchachos dormían.

En sus respectivos puestos Don Bosco me señaló a los que habíamos visto en la pantalla. Tenían el rostro desfigurado. Dimos una vuelta por toda la casa, iluminándose todo. El paso de Don Bosco era firme y seguro, como si tuviera cuarenta años.

Volvieron al despacho. En el ángulo se dibujaron los cuatro que había que despachar (los tres alumnos y el empleado seductor). Su actitud era de quien se quiere ocultar a nuestra vista.

Don Bosco recomendó mucha asistencia y repitió la orden de expulsión. Don Branda pensaba, y estaba para decírselo a Don Bosco:

—¿Cómo me las arreglo yo para cumplir esta orden? ¿Qué razones puedo alegar para tomar resolución semejante? No tengo pruebas. Es un asunto demasiado espinoso.

En aquel momento se destacó detrás del Santo la figura de Don Rúa, quien con el índice en los labios le hacía señas de que callara.

Calló en efecto, y Don Bosco desapareció.

Al punto Don Branda se halló solo y en completa oscuridad. A tientas buscó y encendió una luz. Miró el reloj. Faltaban todavía dos horas para que se levantara la comunidad a su meditación. ¿Qué hacer? Tomó el Breviario y se puso a rezarlo... Apenas le bastaron las dos horas.

A las 5'30 bajó a la meditación con sus Hermanos. Luego celebró la Santa Misa como pudo.

Mientras los chicos se levantaban y se lavaban, uno dijo en secreto a su compañero Urgellés que había visto a Don Bosco en el dormitorio. Urgellés no lo creyó. En el recreo éste se lo contó a José Recaséns, el futuro santo coadjutor carpintero y formador de artistas y de religiosos, que tampoco lo creyó... entonces.

* * *

Don Branda dio en creer que todo había sido un sueño y que "los sueños, sueños son". Pero pocos días después recibe carta de Turín. La letra es de Don Rúa. Es siempre motivo de grande alegría recibir una carta de Turín, de la Casa Madre. ¡Pero esta vez...! Don Rúa trata varios asuntos. Mas al final, dos líneas que hacen estremecer a Don Branda: "Paseando con Don Bosco bajo el pórtico, me ha dicho que te hizo una visita y te dio un encargo. Tú tal vez dormías... y por eso te avisa de nuevo que cumplas la orden recibida."

Al pobre Don Branda se le renovaron las impresiones recibidas y que había tratado de olvidar. Afortunadamente aquel día era el onomástico de la mamá de los Salesianos de Barcelona, doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, y fue a decirle la Santa Misa en su oratorio privado.

Apenas entrado, la buenísima señora le dice:

—He soñado con Don Bosco; esta noche he visto en sueños a Don Bosco!...

—Perdone, señora —interrumpió Don Branda, presa de una verdadera tempestad—. Esta mañana tengo mucha prisa y quisiera celebrar cuanto antes.

Dirigióse apresurado a la capilla, se revistió y empezó a celebrar. Recitado el Salmo y el Confíteor, al subir al altar y besar el ara de las reliquias, oye resonar en todas las potencias de su alma una voz poderosa y enérgica:

—¡Si no ejecutas prontamente lo que te ha ordenado Don Bosco, ésta es la última Misa que celebras!

Fácil es imaginar lo que pasó por el alma de Don Branda. Él, que tenía tanta prisa aquella mañana, tardó mucho en

celebrar la Misa de Santa Dorotea, virgen y mártir, tanto que los asistentes lo extrañaron bastante.

No quería desayunarse. Pero la santa dama le hizo dulce violencia y hasta parece le dio a entender que estaba al corriente de la orden de Don Bosco y por su parte le facilitaba su cumplimiento.

Alguno de los chicos era recomendado suyo y sostenido por ella, y no era esto una de las menores preocupaciones del director. (Así nos lo dijo cuando se lo preguntamos, primero en Zurich, adonde fuimos a invitarlo al Congreso de Antiguos Alumnos el año 1922, y luego en Sarriá, donde se celebró aquel inolvidable Congreso, en cuya clausura, originalísima y magistralmente dirigida por el hoy Excelentísimo señor Arzobispo de Valencia, Monseñor Don Marcelino Olaechea, le hicimos contar la aparición. En dicha sesión de clausura estaban presentes varios de los alumnos de entonces, entre los cuales Recaséns, Urgellés y uno de los tres niños objeto de la orden que dio tanto que hacer a Don Branda. Por cierto que este antiguo alumno nos dijo que la expulsión de los tres niños y del empleado se había hecho con energía, sí, pero con gran delicadeza y no arrojándolos indefensos a la calle, y que por su parte el merecido castigo le había servido para llevar en adelante una vida cristiana, y que estimaba tanto la educación salesiana, que tenía sus hijos estudiando en colegios salesianos.

Vuelto Don Branda a casa, se lo confió todo a su prefecto, el gran Don Antonio Aime, que luego fue el apóstol de Barcelona desde la casa de Hostafranchs y luego en las Inspectorías Tarraconense y Colombiana.

Don Aime, hombre práctico y de gran sentido psicológico y aún más, de gran corazón, llamó uno a uno, por separado, a los culpables. Todos confesaron a la primera pregunta. Los cuatro adoptaron exactamente la misma postura en que los había visto Don Branda la noche de la aparición.

Procediendo con rápida calma y cautela para no comprometer el buen nombre del Instituto, Don Branda cumplió la

intimación paterna y proveyó al porvenir de los tres pobrecitos expulsados. En cuanto al principal culpable, era mayor, tenía un oficio y podía valerse por sí mismo. También aprovechó saludablemente la lección.

Dicho se está que esta primera visita de Don Bosco a España quedó secreta por muchos años.

II

El 12 de marzo salió el Santo de viaje y llegó a Sampierdarena, en donde fue recibido por los directores de las casas vecinas salesianas y por una multitud de admiradores. El 13 pasó a Génova, para asistir a la conferencia que en San Siro iba a pronunciar Don Cerruti, en presencia del Arzobispo Monseñor Magnasco. Una multitud enorme se congregó a su paso, llenó la basílica y antes y después de la función se amontonó en la sacristía, ansiosa de recibir una medalla de sus manos.

Ocurrió allí un hecho singular: Como se acabaran las medallas, Don Bosco volvióse a su secretario Don Belmonte y le preguntó si le quedaba alguna. Dióle Don Belmonte unas cuarenta; mas él fue entregando todavía una a cuantos se la pidieron. Don Belmonte observaba profundamente maravillado tanta generosidad en el dar; no podía creer a sus propios ojos, y junto con el señor Mauricio Dufour fue testigo del hecho. Las medallas se fueron multiplicando por centenares y ¡quizás pasaron de mil! —para el caso es lo mismo—.

Otra multitud semejante invadió al día siguiente el hospital de San Vicente de Paúl de Sampierdarena, en donde se consagró un juego de campanas para la parroquia de San Cayetano. El 16 de marzo partió Don Bosco para Varazze y en la estación de Arenzano le fue presentada una enferma, que regresó a su casa por su pie, instantáneamente curada. A su llegada a Varazze se desarrolló una escena de imponente grandeza. El párroco había anunciado su llegada algu-

nos días antes; se enviaron invitaciones para la conferencia a las localidades vecinas, y así, de Arenzano, de Voltri, de Sestri, de Savona acudió tanta gente, que Don Bosco, que bajó del carruaje al pie de la corta escalinata que conduce al colegio, gastó tres cuartos de hora en llegar a casa. Al punto irrumpió también la multitud en los corredores, en las escaleras y fueron precisos grandes esfuerzos para lograr que el Santo no fuera ahogado en su silla. Cuando llegó a la Colegiata para la conferencia, la plaza y el templo estaban tan llenos, que sólo con grandes esfuerzos y gracias únicamente a los buenos hombros del párroco y de algunos feligreses, pudo llegar al presbiterio. Habló Don Cerruti, exponiendo el origen y objeto de la Pía Unión de Cooperadores, y luego el párroco pronunció algunas palabras en elogio de Don Bosco y de sus obras. La emoción era general. Después de la bendición, era tanta la multitud, que no se podía salir de la iglesia. Don Bosco sonreía tranquilo; tenía una palabra adecuada para cuantos se acercaban a saludarlo, especialmente para los niños. Varias fueron las curaciones. Un hombre que llevaba un brazo vendado y en cabestrillo, mientras imploraba sus plegarias, quedó milagrosamente curado.

* * *

El 17 partió para Alassio y el 20 prosiguió hacia Niza. “Parece —escribía Don Viglietti— que se encuentra bien de salud; habla de ir a Cannes, a Barcelona, a Cette, a Montpellier, a París, a Lila, a Bruselas; pero dice que todo depende de los chicos del Oratorio, los cuales deben añadir a sus oraciones ordinarias, particulares plegarias para el buen éxito de su viaje y para la conservación de su salud.”

En Niza hubo un movimiento continuo de carruajes y de nobles familias que solicitaban una visita. En la villa de la condesa Braniska lo recibió el duque de Rívoli y otros señores, y volvió a casa con la sotana cortada por tijeras y acribillada por los trozos que de ella habían sacado los devotos.

También S. M. La Reina de Wurtemberg, Olga Nicolaiewna, esposa de Carlos I y hermana de Alejandro II, Zar de Rusia, solicitó una visita, y lo trató con gran afabilidad. Pidióle noticias de los chicos y de las obras, le rogó que pensase en Wurtemberg, y contemplándolo conmovida, le preguntó si necesitaba algo. El Santo le respondió que siendo la primera vez que veía a Su Majestad, no se atrevía a pedirle ningún favor. La Reina insistió y Don Bosco le explicó lo que eran los Cooperadores Salesianos.

—Esto es lo que yo deseo; hágame Cooperadora Salesiana.

La Reina tenía convocada para aquella hora una reunión de gala, pero hizo que esperaran los invitados, conversando con el Santo cerca de tres cuartos de hora. Cuando éste le dijo que debía partir para Barcelona, le rogó que regresase por Niza, y añadió cordialmente:

—Os agradezco, mi buen Padre, la santa bendición que habéis dado a mi familia.

Llegó a Cannes sin previo aviso, pero se vio que la gente se postraba en tierra ante su paso. Aquí también recibió e hizo muchas visitas, como la del Conde y la Condesa de Caserta y de S. A. R. la Princesa Hohenzollern, Infanta de España, que fue inscrita entre las Cooperadoras Salesianas. Le presentaron una jovencita, tendida en una camilla y ligada a ella. Los padres, afligidísimos, le rogaron que la bendijese. Bendíjola él y ordenó que la soltaran e hicieran que se levantase.

—¡Imposible, imposible! —decía la madre—; los médicos lo han prohibido en absoluto.

—¿Tenéis fe en María Auxiliadora?

—Sí, ciertamente.

—Bueno; pues haced lo que os digo.

—Escuchad a Don Bosco —insistía la jovencita enferma—; yo me siento mucho mejor.

La desataron, se levantó por sí misma y empezó a andar. Hacía cuatro años que no podía hacerlo. El Santo añadió:

—Dad gracias a María Auxiliadora y acompañad a vuestros padres a casa.

Toda la multitud que esperaba afuera, al ver el prodigio, empezó a hablar de él y pronto le llevaron otros enfermos. El mismo Don Bosco quedó muy impresionado y exclamó:

—¡Es preciso detenerse!

Y se propuso fijar plegarias para nueve días y aún más, a fin de no suscitar grandes rumores con curaciones instantáneas.

* * *

En Tolón fue, como de ordinario, huésped de la casa Colle, siempre generosa con el "*pobre sacerdote de Turín*". El 31 de marzo llegó al Oratorio de San León, de Marsella, en donde fue acogido con entusiasmo indescriptible. Don Álbera le ofreció mil francos, fruto de pequeños ahorros de los jóvenes de Marsella, de París, de Lila y de Navarra, para ayudar a la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón de Roma. En los días siguientes una multitud de personas de toda condición social acudió a visitarlo. El 7 de abril, al partir para Barcelona, se le tributó en la estación una ovación conmovedora. En Portbou se encontró con Don Branda, que se apresuró a pedirle que le explicara lo de la visita que había hecho; pero él respondió:

—¡Vaya, vaya! Tú lo sabes.

Y cambió de conversación.

CAPÍTULO LXVI

El triunfo de Barcelona

I

DE PORTEBOU A SARRIA

España se portó con Don Bosco con su proverbial cortesía. Con Don Branda salió a recibirlo en la frontera el señor Suñer Suñer, administrador de los bienes del Marqués de Gélida, don Joaquín Jover, cuya familia recibió del Cielo, por intercesión del Santo, favores señalados. Estos caballeros habían reservado para Don Bosco un coche salón, en donde hallaron todas las comodidades imaginables, de modo que el Santo pudo descansar y recobrarse de las fatigas de las once horas de viaje de Marsella a Portbou.

En Arenys subió al coche el yerno de doña Dorotea, don Narciso Pascual, con un hijo suyo.

Su llegada a la capital de Cataluña fue digna de un monarca. Habíanla anunciado periódicos de Barcelona, de Madrid, de Sevilla y de otras ciudades, y corrieron a recibirlo numerosos representantes. La estación estaba llena de público y de eminentes personalidades. Hallábase en ella el representante de la autoridad civil: el Gobernador ostentaba la representación de la Reina Cristina; el Vicario General la del Obispo, que estaba ausente; muchos canónigos y párrocos, el Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl, el Presidente de la Asociación de Católicos, don Bartolomé Felú; el Rector de la Universidad, el Rector del Seminario,

los Directores de varios colegios, y la más ilustre de las Cooperadoras Salesianas, doña Dorotea Chopitea de Serra, con una comisión de señoras. Don Bosco necesitó una hora para salir del andén a la calle; tan grande era la multitud de los que se estrujaban para verlo y besarle la mano, mientras los que estaban más lejos lo miraban con los gemelos. El espectáculo era realmente grandioso; grandiosidad que adquiriría un carácter inexplicablemente nuevo por el contraste entre la solemnidad del recibimiento y la humildad del recibido.

Fuera de la estación lo esperaban más de cincuenta carruajes. El de doña Dorotea fue el preferido. El Santo, al saludar a la insigne bienhechora, le dijo:

—¡Oh, doña Dorotea, cada día pedía a Dios que me hiciese la gracia de conocerla antes de morir!

Y se dejó conducir al palacio de aquella nobilísima dama, donde lo esperaban otras varias personas y representaciones.

Después de almorzar con aquella patriarcal familia, dirigióse a las "Escuelas Salesianas" de Sarriá, llamadas entonces "Talleres Salesianos". Aquellos jovencitos habíanle enviado el año anterior el diseño de una locomotora con la inscripción "Turín-Barcelona". Era una graciosa invitación y un ardiente deseo cuya realización aquellos jovencitos habían pedido a Dios con novenas, ayunos, privaciones y aun con votos: y el 8 de abril de 1886, en el cual lo veían cumplido, tributaron al Siervo de Dios la más afectuosa acogida. Entró bajo palio en el patio, magníficamente adornado. Pero más que las colgaduras y flores, atrajeron su atención los rostros francos y serenos de los jóvenes que, con los ojos fijos en él, no se cansaban de contemplarle. También él los contemplaba; los había visto muchas veces en sueños. Pasó largo rato con los chicos. Les dio la bendición de María Auxiliadora, la bendición de los milagros. Y al secretario, Don Viglietti, le costó mucho trabajo arrancarlo de ellos para que fuera a descansar en las habitaciones que con sus manos y las de sus hijas le había preparado doña Dorotea.

II

VISITAS. UN "SUEÑO"

El más soberano entusiasmo reinó durante todo el tiempo que permaneció en Barcelona. Los numerosos visitantes de las Escuelas Salesianas, que desde su llegada fueron continuos, iban cada día en aumento. Desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche, era una afluencia sin interrupción de caballeros y señoras de la primera Nobleza, de profesionales, de religiosos y sacerdotes, mezclados a una ola de pueblo que, cuando ya no podía hallar sitio en la casa, sentábase en las aceras de la calle, en la que comía o cenaba, esperando días enteros para ver a Don Bosco. Ordinariamente éranle presentadas cincuenta o sesenta personas cada vez, a las que les daba su bendición y una medalla de María Auxiliadora. En los últimos días eran insuficientes las audiencias colectivas, por lo que se presentaba a veces a bendecir desde un balcón.

Acudió también a visitarlo un ex alumno del Oratorio de Valdocco, quien le recordó que hacía 1866 le dijo al despedirse:

—Voy a Barcelona; vaya allí a verme.

A lo que contestó Don Bosco, en un tono que consideró siempre como una afirmación:

—¿Quién sabe?

—Ahora —exclamaba—, aquel "¿quién sabe?" se ha confirmado.

También el Ayuntamiento de Sarriá y todas las autoridades locales, así como el Gobernador Civil, fueron a saludarlo. Desde Madrid, el ministro señor Silvela le envió un secretario a fin de renovarle sus vivas instancias para que aceptara un gran reformatorio en la capital. El Obispo de Vich se personó en Barcelona únicamente para hablar con Don Bosco.

En Barcelona, como en Marsella, las Cooperadoras Salesianas habían constituido un Comité, compuesto por unas treinta señoras. Cada quince días se reunían para examinar las necesidades de la casa y proveer los medios. Las presidía doña Dorotea. Don Bosco las convocó y habló en italiano —y todas le comprendieron— para darles gracias y bendecirlas. Les predijo que la casa llegaría a albergar quinientos alumnos.

El señor Obispo de Vich, doctor Morgadas y Gil, fue ex profeso a hacerle una visita. Don Bosco quiso que se le recibiera como merecía un sucesor de los Apóstoles. La banda interpretó la Marcha de Infantes. Don Narciso Pascual habíales regalado el instrumental y los uniformes. El Prelado quedó edificadísimo.

El señor Obispo de Barcelona, doctor Catalá y Albosa, apenas regresó a Barcelona fue a verle, y se declaró "todo de Don Bosco". Interesantísimas fueron las conferencias que tuvo con Sardá y Salvany, pues el gran polemista se apresuró también a visitarlo.

* * *

Numerosas fueron también las visitas que hizo a familias, instituciones y comunidades religiosas. En donde se presentaba, veíase al punto rodeado de una multitud llena de veneración. Para verlo, subía la gente a los terrados de las casas, a las bardas de los muros, a los árboles de la calle. Los revisores del ferrocarril de Barcelona-Sarriá decían que jamás habían tenido tanto trabajo; y, en efecto, tuvieron que duplicar los viajes y poner dos máquinas a los convoyes para transportar tan crecido número de personas.

Pero donde estaba más a gusto era en la casa; en los ratos que le dejaban libres, visitaba las dependencias y hasta los terrenos vecinos, campo de futuras expansiones, siempre rodeado de chicos.

El señor Recaséns recordaba que "después de almorzar

quería que fuéramos los mayores al comedor suyo y rodeáramos su mesa. Otras veces paseaba con nosotros, apoyándose en los brazos de los más fuertes. Hablaba poco, para que nosotros habláramos mucho, y nos escuchaba atento”.

II

UNA SERIE DE PRODIGIOS

Dios estaba con él. Grande fue el número de enfermos que pedían la bendición de María Auxiliadora, y las curaciones instantáneas de enfermedades inveteradas y declaradas incurables fueron muchas. El 13 de abril, mientras se hallaban en la estancia del Santo una treintena de personas, llevaron una pobre jovencita de unos quince años que tenía la mano y la pierna izquierda encogidas. Don Bosco le dio la bendición y le dijo:

—¿En dónde sientes el mal?

—Aquí, en la mano —respondió—. No puedo alzarla ni abrirla.

Y mientras la mostraba al Siervo de Dios, la alzaba y la abría.

Don Bosco sonrió y la hizo caminar. La madre lloraba de alegría; la buena jovencita estaba asombrada; él les dijo:

—Rezad tres veces el “Padrenuestro”, con “Avemaría” y “Gloriapatri”, hasta la fiesta del “Corpus”, no para obtener la gracia, sino para dar gracias a María por la gracia recibida.

El 16 de abril le fue presentado un muchacho con un brazo tan estropeado que no podía alzarlo ni moverlo. Diole la bendición y le invitó a alargar el brazo enfermo y aplaudir con las manos invocando a María. El jovencito, que hacía siete años que no había movido el brazo, obedeció... Era el principio de la completa curación.

Poco después llegó otro jovencito de catorce años, Antonio Coll Font, con su buena madre. Varios años llevaba pa-

deciendo una molesta infección nasal, que le hacía sufrir física y moralmente. Ningún efecto le hacían las medicinas. La madre lo curaba y lo perfumaba cada vez que iba a las clases; pero aun así le era imposible frecuentarlas con la regularidad deseada y necesaria. Sabiendo que un Santo había llegado a Sarriá y que su bendición curaba a muchos enfermos, sintieron grandísima fe y allá se fueron. “Don Bosco me sonrió —dice el señor Coll—, nos bendijo a los dos y nos recomendó rezar una novena de oraciones. Cada día iba yo sintiéndome mejor, y al cabo de ella estaba perfectamente curado. Con grande alegría seguí mis estudios, me gradué de bachiller y frecuenté la Universidad cursando la carrera de ingeniero arquitecto.”

El señor Coll Font vive todavía (dic. 1956) y todavía trabaja. De sus labios hemos oído recientemente este relato, que confirma el que le hizo al Padre Rector del Tibidabo cuando durante el Congreso Eucarístico de Barcelona fue a llevar para las obras del Templo una considerable limosna.

* * *

Rosa Tarragona y Dora, de treinta años, natural de Pons, diócesis de Urgel, hacía años que tenía tan enferma una pierna, que apenas podía caminar, apoyada en dos personas. Después de probar muchas medicinas resolvió hacerse transportar a Barcelona para recibir la bendición de Don Bosco. Cincuenta personas de la misma diócesis la acompañaron. Era el 28 de abril. Don Bosco la bendijo en el locutorio y cuando descendió la escalera que conducía al patio, sintióse de repente curada, y volvió al punto, seguida de los que la acompañaban, a dar gracias al Santo y a María Auxiliadora.

Refiere Don Felipe Rinaldi que el profesor señor Dalmau fue a visitarlo con su familia. Llevaba la señora en brazos un niño de uno a dos años. Suplicaron a Don Bosco que lo bendijera y rogara al Señor que sus hijitos fueran perfectos cristianos. El Santo elevó los ojos al cielo y permaneció así

algunos instantes; luego, tocando a los niños más grandecitos, dijo sonriendo:

—A éstos los haremos religiosos.

Y volviéndose al niño que su madre tenía en brazos, continuó:

—Y éste para Don Bosco.

Los afortunados padres guardaron aquellas palabras en su corazón, esperando lo que sucedería; y, en efecto, el uno después del otro, todos entraron en Institutos Religiosos, uno en la Compañía de Jesús, y el más pequeño se hizo salesiano.

Muchos milagrosos efectos de la bendición del Siervo de Dios supiéronse después, porque él, para calmar el entusiasmo popular, pedía a la Santísima Virgen que retardara los prodigios.

El Señor estaba siempre con él.

La noche del 9 al 10 de abril tuvo un sueño.

Parecióle que yendo de paseo se encontró en una altura abrupta, pero cultivada y cruzada de senderos y calles. Quería saber dónde estaba, cuando llegó a sus oídos el griterío de una turba de niños. Escuchó, pero no podía distinguir de dónde procedía aquel rumor que avanzaba sin cesar. Por fin vio multitud de niños que corrían a su encuentro gritando:

—¡Te hemos esperado tanto! Mas ahora que estás entre nosotros, ya no nos dejarás.

Acercósele entonces una pastorcilla que iba a la cabeza de un inmenso rebaño, la cual, después de muchas preguntas, le dijo:

—Mira ahora por esta parte y extiende la mirada cuanto puedas. Vosotros también —prosiguió, dirigiéndose a los niños—, aguzad vuestros ojitos y leed lo que aquí veis escrito.

Entonces preguntó al Santo:

—¿Y ves tú?

—Veo —respondió Don Bosco— montañas; luego mares, después colinas, por fin montañas y mares.

—Y yo —gritó un niño— leo: "Valparaíso".

—Yo —gritó otro— "Santiago".

—Y yo —prosiguió un tercero— leo los dos nombres juntos: "Valparaíso y Santiago".

—Pues bien —prosiguió la Pastorcilla—, parte ahora de ese punto

y tendrás una idea de lo que los Salesianos deben hacer en lo por venir. Vuélvete de esta parte, tira una visual y observa...

—Veo montañas... colinas... mares.

Los muchachos aguzaban la mirada. Y exclamaron en coro:

—Leemos *Pekín*.

Vio entonces Don Bosco una gran ciudad, atravesada por un gran río, sobre el cual había varios puentes muy grandes.

—Bien —dijo la Pastorcilla—. Ahora une con una línea los dos extremos: Santiago-Pekín; haz centro en el medio de África y tendrás una idea de lo que deben cultivar los Salesianos.

—¿Pero cómo hacer todo esto? —exclamó Don Bosco—. Las distancias son inmensas; los lugares, difíciles; los salesianos, pocos.

—No te turbes. Esto lo harán tus hijos y los hijos de tus hijos, y los hijos de éstos; pero haya firmeza en la observancia de las Reglas y en el espíritu de la Congregación.

—Pero, ¿dónde hallar tanta gente como será necesaria?

—Ven acá y mira. ¿Ves allá cincuenta misioneros prontos? Y más allá, ¿no ves otros y otros? Tira una raya de Santiago a Pekín... ¿Qué ves?

—Veo diez centros de estaciones.

—Pues bien; estos centros que tú ves, formarán estudios y noviciados y darán multitud de misioneros para abastecer estas regiones. Ahora vuélvete a este lado. Aquí ves otros diez centros del medio de África a Pekín. Y también estos centros proporcionarán misioneros para todas esas regiones... Allá está Hong-Kong... allá Calcuta... más allá Madagascar... Estos y otros más tendrán casas, estudiantados, noviciados...

Don Bosco miraba y examinaba, caminando... Y dijo:

—¿Y dónde hallar tanta gente? ¿Y cómo enviar misioneros a esos sitios?... Allá hay salvajes antropófagos, que se nutren de carne humana... Allá son herejes... Allá perseguidores... y... ¿qué hacer? y... ¿cómo hacerlo?

—Mira —respondió la Pastorcilla—, ponte con buena voluntad. Sólo una cosa hay que hacer: *recomendar constantemente que mis hijos cultiven las virtudes de María*.

—¡Bien! Me parece haber comprendido! ¡A todos predicaré tus palabras!

—Y guárdate del error en boga ahora: que es la confusa mezcla de lo humano con lo divino, de las artimañas mundanas con las artes divinas, porque la ciencia del Cielo no gusta de que se la mezcle torpemente con las cosas terrenales.

Don Bosco quería hablar todavía, pero la visión desapareció. El Sueño había terminado. (M. B. v. 18, págs. 72-74.)

Don Bosco mostrábase muy conmovido cuando refería este "sueño", tenido en lo que ahora es capilla de San Juan Bosco en Barcelona-Sarriá y que se cumplió en 1887 (1).

III

EN BARCELONA CIUDAD

El 14 de abril, el Presidente y Vicepresidente de la Asociación de Católicos quisieron ayudarle la Misa, que muchos socios oyeron; en ella comulgaron unos doscientos. Al día siguiente toda la Asociación, que tenía entre sus miembros la flor de la Nobleza catalana, quiso inaugurar su nuevo y amplio local con una sesión literaria en honor de Don Bosco. Tres coches de gran gala lo acompañaron de Sarriá a Barcelona. A su entrada en el salón todos se pusieron en pie; el Siervo de Dios ocupó la presidencia. A sus lados tomaron asiento el Vicario General de la Diócesis y Don Rúa. Cantada la "Salve Regina", el Presidente pronunció un entusiasta discurso, y el Secretario dio lectura al acta, en la que se declaraba que la Asociación reunida en junta había acordado conceder *al sacerdote Don Juan Bosco* las insignias de la Sociedad. Adelantáronse entonces dos caballeros y le impusieron una medalla de oro, con los emblemas de San Jorge y San José, entre entusiastas aplausos. Prestaba singular esplendor al acto la actitud de profunda humildad de Don Bosco. Por fin se levantó y tomó la palabra. Habló en ita-

(1) En abril de 1887, cuando Monseñor Cagliero fue a la casa del Patronato de San José, en *Santiago*, oyó decir a unos niños: "¡Hace dos años que lloramos y rezamos para que Don Bosco nos dé un padre!" Otros dijeron a Monseñor Fagnano: "Nuestro padre es Don Bosco, pero todavía no ha venido." En *Valparaíso*, más de doscientos muchachos corrieron detrás de Monseñor Cagliero y Monseñor Fagnano gritando: "¡Ya han llegado nuestros padres; mañana iremos a la escuela!"

liano, pero, como a San Vicente Ferrer, todos le entendieron. Indicó todo lo que había podido hacer en bien de la sociedad; "*pero ¡sólo a Dios el honor y la gloria!* —exclamaba con lágrimas en los ojos—. Con vuestra ayuda despoblaremos las calles de ladronzuelos, de libertinos, que serán el consuelo de las familias y el honor de la ciudad; de rapazuelos que, ayudados por vuestra caridad, salvarán vuestras fortunas. Barcelona, como ciudad industrial, tiene que tener interés sumo en educar cristianamente a sus chicos. El chicuelo que crece en vuestras calles, primero os pedirá una limosna; después os la exigirá y al fin os la arrancará con la pistola en la mano". Manifestó la profunda admiración que experimentaba al ver tanta religiosidad, y exclamó: "¡Afortunada y bendita Barcelona, hablaré de ti y de tus virtudes en Italia, y mostraré esta medalla al Augusto y Sumo Pontífice y le diré lo muy amado y venerado que es aquí su nombre! ¡Afortunada y bendita Barcelona, tan fiel a la religión de tus mayores!"

Hízose en la misma sesión una colecta en pro de las Obras Salesianas y al final dio Don Bosco a todos su bendición. Viose entonces un espectáculo conmovedor: aquella muchedumbre de señores y señoras se apretujaban para acercársele y postrarse a sus pies, anhelosos de besarle la mano y recibir una palabra de aliento o una particular bendición. Hora y media duró el desfile, y ya era muy tarde cuando pudo volver a la casa de Sarriá, donde fue acompañado por los mismos carruajes que lo llevaron a Barcelona. Sintióse a la vuelta sumamente cansado y decía a Viglietti que mientras le colmaban de honores, pensaba en el dicho: "*Quam parva sapientia mundus régitur.*"

Por fortuna tuvo un poco de descanso en los últimos días de la Semana Santa, que en España están escrupulosamente consagrados a conmemorar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Salvador. La pasó en la intimidad con los salesianos y los alumnos, a los cuales dirigió varias veces la palabra.

Pero desde el mediodía del Sábado Santo volvió el trabajo de antes.

Accediendo siempre a numerosas invitaciones, celebró la Santa Misa en conventos y colegios y en casas particulares. El 21 de abril lo hizo en la de los Marqueses de Comillas. Conocida es de todos la grande fe y religiosidad de los beneméritos navieros. A Don Bosco le trataron como a un príncipe de la Iglesia. Su secretario Viglietti, sumamente impresionado, dice en su crónica: "Llegamos al palacio, que en verdad se puede llamar un palacio real. En él hay grandes riquezas, especialmente obras de arte y salones inmensos. Con frecuencia, cuando un rey o príncipe viene a Barcelona, se aloja en esta casa. Todo el servicio del altar era espléndido sobremanera: el misal todo guarnecido en oro y plata cincelada, con engastes de piedras preciosas; el cáliz, así como el copón, de oro macizo, adornados con diamantes, esmeraldas y topacios. En el palacio eran más de doscientas las personas, entre parientes y amigos, que querían recibir de Don Bosco una palabra, una sonrisa, una bendición."

Al salir a la calle le presentaron una obsesa, que echaba espumarajos y gritaba: "¡No, no! ¡No quiero salir!" La bendijo y, luego que estuvo calmada, le dio una medalla de María Auxiliadora. Ella la besó, y entró en la iglesia de Belén a oír Misa.

A la puerta esperaba el capellán de las religiosas de Loreto, cuya Superiora, anciana y gravísimamente enferma de cáncer, esperaba el consuelo de su bendición. Asimismo le presentaron una Hermana paralítica, Sor Cándida, la cual al recibir su bendición se puso a caminar y a dar saltitos de alegría.

Visitó también el Colegio de los Padres Jesuitas. El Padre Viladevall, profesor de Matemáticas, había contraído una laringitis que le había dejado afónico. El Santo le dio una medalla de María Auxiliadora para que se la pusiese al cuello, lo que él hizo "con no demasiada fe" (dice él mismo), y la Virgen le devolvió la voz.

* * *

De vuelta a Sarriá, una señora, desoladísima, desahogó su corazón diciéndole entre lágrimas que sus hijos le nacían muertos.

—Tranquilícese —le contestó—, que de hoy en adelante eso no sucederá más.

Y no sucedió: tuvo otros siete, todos sanos y robustos.

El 30 de abril hubo junta de Cooperadores en la parroquia de Belén. La sesión estaba convocada para las cuatro de la tarde, pero a la una tuvieron que abrir las puertas a la multitud, que llenaba las calles adyacentes, y a las tres hubo que cerrarlas porque no quedaba sitio para nadie más y todavía continuaba aglomerándose la muchedumbre en las calles, con la esperanza de entrar y ver u oír algo. Los guardias no lograban contener tanta gente, que irrumpió en la iglesia, echando abajo la balastrada de la puerta y, encaramada con grandes trabajos en las columnas y en las ventanas, permaneció extática contemplándolo. Era un espectáculo majestuoso e imponente. Tomó Don Bosco asiento en el presbiterio, a la derecha del Obispo y del Abad de los Trapenses, entre todas las autoridades eclesiásticas de la Diócesis y muchos representantes de las autoridades gubernativas y militares y de la Junta de la Asociación de Católicos de Barcelona. La Junta de Cooperadores y Cooperadoras, compuesta de la primera Nobleza de la ciudad, ocupaba los primeros puestos. El discurso estuvo a cargo del doctor Juliá, quien, al pedir la bendición episcopal, preguntó:

—¿Qué asunto he de desarrollar con más extensión?

—Hable usted —respondió el Obispo— de la Obra de este hombre de Dios, y procure que se entienda su misión.

Volviéndose entonces al Santo, prosiguió:

—¿Qué os parece, Don Bosco?

—Yo —respondió él profundamente conmovido— no puedo hacer otra cosa que exclamar: *Deo gratias!*

El discurso del doctor Juliá entusiasmó al auditorio y lo conmovió hasta el punto de derramar lágrimas. Y tuvo también Don Bosco que hablar y dijo que desearía poseer la voz que tenían las trompetas de que hablan las Sagradas Escrituras, para hacerse oír y para agradecer a los barceloneses sus demostraciones de fe, de religión, de caridad y de simpatía; anunció que al día siguiente celebraría en la misma iglesia la Santa Misa por todos los presentes y que había recibido una especial bendición del Padre Santo para todos los bienhechores de las Obras Salesianas de Barcelona y para los que asistieran al acto. El señor Obispo se levantó de su sillón, glosó en castellano sus palabras, y dio la bendición. Abriéronse entonces las puertas de la iglesia para la salida, pero la multitud, en vez de salir, se lanzó entusiasmada sobre Don Bosco para verlo, tocarle los vestidos y oír todavía una palabra de sus labios. Para sacarlo fuera y acompañarlo al coche, tuvieron no poco trabajo varios robustos caballeros. Mientras atravesaba la plazuela, aunque lloviznaba, toda la muchedumbre permaneció inmóvil y descubierta.

No fue menor el concurso del día siguiente para asistir a la Misa que había prometido. Dio a todos su bendición, agradeció con lágrimas en los ojos cuanto habían hecho por él y alabó la edificante piedad con que habían asistido al Santo Sacrificio. Adelantóse también el Decano de los Párrocos de Barcelona para dirigir la palabra al público; pero estaba tan conmovido que no pudo continuar, y tras breves momentos, terminó diciendo:

—¡Tenemos entre nosotros... un santo... un enviado del Cielo!

Estas palabras enardecieron a la multitud, que se lanzó sobre Don Bosco suspirando y gritando, hasta el punto de que sólo con grandes esfuerzos pudieron salvarlo de la ola que irrumpía en el presbiterio, y lo llevaron a la sacristía.

Por toda la ciudad no se hacía otra cosa que hablar de Don Bosco; las columnas de los periódicos aparecían llenas

de su nombre, y todas las conversaciones, trataran de lo que trataran, acababan por hablar de él. Don Bosco mismo hubo de decir que, en el entusiasmo, Barcelona había superado a París.

IV

LA FAMILIA MARTÍ-CODOLAR

El 4 de mayo la familia Martí-Codolar, emparentada con la de doña Dorotea, quiso obsequiar a Don Bosco y a toda la Familia Salesiana en su torre (quinta) de Horta. Habían invitado también a todos sus parientes y a algunos amigos para que tuvieran la dicha de pasar algunas horas con el Santo. Mandó su coche a buscarlo, con tres troncos de caballos y criados con librea, cuando ya todos los alumnos de Sarriá con su banda al frente iban llegando a la torre, pues estaban todos invitados. Cuando el Santo llegó, acompañado de don Manuel Pascual, la banda rompió en una marcha triunfal y don Luis y su señora se adelantaron a recibirlo. Don Manuel Pascual, cuñado de don Luis por su hermano de la esposa de éste, doña Consuelo, era un gran patricio y un gran orador; había inventado un saludo, especie de santo y seña con que se saludaban los Cooperadores: *A solis ortu usque ad occassum. Salesianus esto!*

Por la importancia que esta finca tuvo en la industria y turismo de Barcelona y más por la que ha tomado en la historia de la Congregación, nos parece conveniente dar de ello algunos detalles. Se los debemos al P. Juan Alberto.

Hablando con un poco de pedantería, diríamos que su historia se pierde en la noche de los tiempos. En efecto, hay noticias de ella desde el año 931, es decir, más de diez siglos, año en que el Obispo de Barcelona Teodorico dedica la iglesia de San Ginés dels Agudells, con dotación del conde Sunyer de Barcelona, dotación que comprende precisamente buena parte de las tierras del "Valle de Hebrón".

En el siglo XIV la dotación tiene cincuenta y ocho casas, entre ellas "Can (casa) Sajon", que es la más antigua de todo el valle. Son

abundantes las corrientes de agua superficial; de ahí parece derivarse el nombre Audells (*aquae tellus* = tierra de aguas), y el escudo: tres ánades nadando.

Un bosque rodeaba a San Ginés y sus posesiones. En él vivían unos ermitaños devotos de San Jerónimo, que se afirmaba procedían de Palestina.

Por evolución natural, los ermitaños se hicieron monjes, uniéndose a la Orden Jerónima, y entonces Violante de Bar, esposa de Juan II, les construyó un Monasterio y una iglesia, erigidos por Bula de Clemente VII, antipapa en Aviñón, que ellos pasaron a habitar el año 1393. Medio siglo después (precisamente en 1438) se les unieron frailes Jerónimos de Cotalba (Valencia) y el Obispo estableció allí una parroquia.

El Monasterio fue terminado por doña María de Portugal, esposa de Alfonso V de Nápoles. El Prior era Conceller y confesor de la familia real. Aumentaron las posesiones y derechos, incorporándose la "torre Jussana" o del Ardiaca, y más tarde el "Mas d'en Gausacho", que luego llamaron "Granja Vieja" (1722).

Esta finca no tuvo siempre un mismo nombre. Antes de fundarse el Monasterio, el noble Juan de Gabastida obtuvo de los reyes de Barcelona privilegios de aguas, lo que demuestra que poseía alguna finca en el valle. Sábese de cierto que Juan Hostalrich Gabastida lega por testamento a su hijo mayor o *hereu*, en 1494, el antiguo "Mas Soler" (1), y que la viuda de éste lo cede en enfiteusis a la familia Gausachs en 1540. Esta familia lo tuvo hasta 1722 en que, arruinada por crisis económicas, guerras de sucesión, devaluación de moneda y malas cosechas; lo vendieron a los Jerónimos, entregando la casa *destructam et inhabitabilem, absque januis et absque tectis*, con un horno de cocer tejas.

El hasta entonces "Mas d'en Gausachs" se llamará en adelante "Granja Vieja", núcleo principal de la propiedad de los Jerónimos, que por aquellas fechas tenían ya (detrás de lo que hoy es "Instituto de Previsión") la "Granja Nueva". Unieron ambas granjas con el camino de los olivos, y quedando Gausachs de colono, replantaron los campos y llenos de entusiasmo canalizaron aguas en la "Granja Vieja".

Pero eran los años de oposición religiosa y además la agricultura no rendía... La finca pasó, legítimamente, a otras manos, mucho antes de Mendizábal y su triste ley de desamortización de 1836 y 37. No fue, pues, profanada.

(1) En esta dependencia de la quinta, convertida en Teologado Salesiano, profesores y alumnos empezaron en 1951 la redacción de la prestigiosa revista *Jóvenes*.

En 1793 venden la "Granja Vieja" a José Milá de la Roca Serra, comerciante de Villanueva y Geltrú, quien arregla los papeles, las fincas, las aguas, pero muere prematuramente en 1803. Su hijo José Joaquín Milá de la Roca y Maynard, noble por la nobleza de su esposa, construye balsas (notable la de la Petxina, después llamada de las Estaciones), cercas, viñas, lagares, etc., y levanta de planta la casa nueva, que es el Teologado actual.

Esto y las modificaciones hechas en "torre Jussana" le ocasionan gastos ingentes, que a él no le espantan, fiado en sus posesiones de Caracas y Río de la Plata. Pero viene la guerra de la Independencia américo-hispana y en 1824 —el año de Ayacucho— tiene que vender la finca, que cambia su nombre por el de "Can Milá", al señor don Isidro Inglada Marqués, hijo de un gran comerciante de Villanueva y Geltrú, que tiene ricas posesiones en Cuba.

Comercialmente relacionado con Miguel Martí Pujades, de larga y afianzada tradición comercial, corredor real de Su Majestad, va un día, como tantos otros, a gestionar un contrato y quiere Dios que la persistente lluvia le obligue a permanecer en la casa todo el día. Al anochechar quiere marcharse a todo trance y Teresa Codolar, hermana de Luisa Codolar, la esposa de Martí, le ofrece el paraguas. ¿Cómo se lo daría, con qué finura y elegancia cristiana? Pues por el paraguas vino la mano. Poco después eran novios y luego esposos. Mas no tuvieron sucesión, y por herencia la finca quedó en la familia Martí Pujades Codolar, pues muertos Inglada y Teresa con un año de distancia, heredó Joaquín Martí y Codolar, hijo de Miguel y de Teresa.

Joaquín arregló las ruinas y construyó la balsa cuadrada del camino de los olivos. Muerto él, su viuda María Ángeles Gelabert Valls (1804-89), hija de un fabricante de tejidos, llama a su hijo Luis Martí Gelabert, de dieciséis años, que estudiaba en el "Colegio de Cataluña", hoy "Valldemia", de Mataró, para ponerlo al frente de los negocios y formarlo bajo su dirección de "mujer fuerte", según la Escritura Santa. Y tuvo buen ojo. Habilísimo en el comercio, culto y artista, lleva la finca al máximo esplendor. La transformaron en finca noble, con tal gusto y arte, que se hizo pronto célebre; a los cuatro años (1828) recibían y alojaban a Fernando VII. Construyeron un bosque en estilo neoclásico, una fachada del mismo estilo, pusieron las cuatro estatuas simbólicas de las estaciones en la balsa de Petxina y el monumento a Fernando VII. En todo esto se vio admirablemente secundado por su hijo Luis Martí-Codolar, que a las cualidades financieras y artísticas de su padre, unía las de escritor fácil y apasionado de los clásicos.

En 1865 empezó el parque zoológico; embellece toda la finca con raras variedades botánicas, construye la balsa redonda del bosque.

Es la torre más interesante y hermosa de Barcelona y Cataluña; rivaliza con las mejores de Italia y Francia; las guías turísticas no pueden prescindir de ella. Está preparada como para formar una dinastía. Don Luis Martí-Codolar casa con doña Consuelo Pascual de Bofarull, hija de don Sebastián Pascual Inglada, director de bancos, diputado en Cortes, gran señor.

Dios bendice este hogar, en donde, si hay mucha riqueza, también hay mucha caridad y espíritu cristiano.

Al llegar Don Bosco, todos prorrumpieron en vítores. Con la familia se adelantó también a su encuentro el Abad Mitrado de la Trapa, que figuraba entre los convidados. La banda tocó las marchas reales española e italiana. El Santo pasó bajo un gran arco de ramaje que ostentaba escrita en flores la leyenda: “¡viva Don Bosco!” Él sonreía bondadosamente. Lo introdujeron en la sala de conciertos y las hijas de don Luis y una prima suya lo obsequiaron con una pieza de piano, violín y violoncello.

En seguida el banquete, servido bajo los árboles del parque. Centenares eran los comensales, pues entre ellos estaban todos los niños de Sarriá, huérfanos casi todos y pobrecitos, pero tan correctos.

El Correo Catalán, cuyo redactor formaba parte del “simposio”, con fecha 5 lo describe así:

“Escribo estas líneas bajo la más dulce de las impresiones... Lo que ha pasado en aquellos jardines hermosos con las galas de la primavera y por el gusto exquisito de sus dueños, llenos de flores perfumadas, poblados de fieras reclusas, de aves raras, de estatuas, de plantas tropicales y de cuanto el capricho y la inteligencia de un afamado comerciante y naviero ha recogido y mandado traer de remotos climas y de distantes tierras, es de difícil explicación.

El obsequio comenzó con un bien servido banquete... Después de él la banda salesiana tocó piezas de concierto.

En un “parterre”, rodeado de cedros del Líbano, sentáronse Don Bosco y el Abad mitrado; colocados a un lado y otro y a su alrededor los niños de Sarriá y la familia, ami-

gos y servidores de los dueños. (Como se ve, una fraternidad completa salesiana, un paradigma de la armonización de las clases sociales.) El Prelado trapense, con voz elocuente y llena de unción, improvisó un discurso en el que reflejó los sentimientos de que estaba poseído y encareció a los niños el deber de aprender, obedecer y trabajar para ser útiles a la sociedad y poder más tarde constituir familias modelo. Con una naturalidad que encantó, pidió a Don Bosco se sirviese bendecir al grupo; y como Don Bosco, calificándose a sí mismo de pobre mendicante, manifestó que donde estaba presente un Prelado de la Iglesia, él, simple eclesiástico, debía impetrar la bendición en vez de darla, el Abad se puso de rodillas, se quitó las insignias prelaticias y, postrándose con toda la concurrencia, recibió la bendición del Santo valetudinario, héroe de la caridad, fundador de una obra grandiosa que por sus frutos constituye un auténtico milagro...”

En seguida se sacó una fotografía con una máquina instantánea al efecto preparada. En el centro está Don Bosco. Tan perfecto salió que, al decir de todos, es “el mejor retrato de Don Bosco”. Hugo Wast lo describe así: “Envuelto en el amplio manto que usan los sacerdotes españoles, sentado en un sillón al lado del Abad de la Trapa, detrás de él, entre muchos que asoman la cabeza para salir en el cuadro, se ve a dos personajes cuya Causa de Beatificación ha sido iniciada en Roma y avanza con firmes pasos: Don Rúa, que se agacha como para susurrar una palabra, y doña Dorotea de Chopitea y de Serra, la gran benefactora de la Congregación en Barcelona.

“Don Bosco tiene las manos juntas, como con frío; el cabello revuelto, un poco gris y muy tupido aún; el semblante fatigado; los ojos nublados por la incipiente ceguera y en los labios la perpetua sonrisa templada y tierna. Sonrisa de abuelo resignado a morir porque se ve renacer en los nietos. En primera línea aparecen varios muchachitos, los “biri-chini” de Barcelona, más amados quizás que los de Turín,

porque eran los hijos de sus hijos, la tercera generación salesiana.”

Entre estos niños está el protomártir salesiano español, Don José Calasanz Marqués.

Una ligera sombra entristeció por breves momentos la alegría de aquella emocionante jornada. Uno de los presentes le dijo al Santo:

—¡Oh Don Bosco, es necesario que usted le ruegue al Señor para que todos los que estamos aquí reunidos lo estemos en el Cielo.

El Santo se puso serio, y en el silencio general, dejó caer estas palabras:

—Bien lo quisiera yo; pero tal vez no será así.

Estas palabras causaron el natural efecto en todos. Pero Don Bosco, para serenar los ánimos, recobró su habitual sonrisa y dijo:

—Pues bien, recémosle a la Virgen, que es tan buena, y Ella arreglará las cosas.

El episodio lo cuenta Dom Roberto Vidal, monje de la Abadía del Desierto, en una carta al *Boletín Salesiano* francés, con fecha 20 noviembre 1936. A fuer de historiadores tenemos que reseñarlo.

Después de esto, Don Bosco se retiró a descansar un rato. La habitación en que lo hizo, quedó desde ese momento considerada por la familia Martí-Codolar como lugar verdaderamente sagrado.

Media horita después, los parientes y amigos de don Luis tuvieron una audiencia con Don Bosco.

Por último entraron don Luis y su consorte, durante algo la entrevista. De lo que allí se trató no se supo nada; sólo que cuando los dos salieron estaban vivamente impresionados y tenían los ojos arrasados en lágrimas, y exclamaban con ademanes de gran admiración:

—¡Es un Santo! ¡Es un Santo!

Con curiosidad de periodista, quien esto escribe, que estando en Sarriá frecuentemente lo mandaban a celebrar en la quinta o en la casa de Barcelona, logró de ellos una confidencia. Don Bosco les había hablado, entre otras cosas, de los peligros que en sí tienen las riquezas; que como Dios los amaba tanto a ellos por su caridad, se prepararan a una grande prueba, cuyo objeto serían esas mismas riquezas, tan trabajosamente como honrada e inteligentemente ganadas; que la prueba sería dura, pero la superarían favorablemente con trabajos de otra índole que los actuales. Por eso, añadían, cuando la quiebra vino y don Luis tuvo que entregar todos sus bienes, no quebró su espíritu.

Afortunadamente la quiebra no afectó a la finca, porque estaba inscrita y registrada a nombre de doña Consuelo desde el principio del matrimonio. Y fue la base de nuevas empresas. El parque zoológico pasó a ser propiedad del Ayuntamiento de Barcelona, quien trasladó todos los animales al de la ciudad. Muchos recordamos aún el elefante (*Vavi* = abuelo), delicia de los muchachos y admiración de los mayores. Y en su lugar, don Luis y sus hijos, especialmente don Sebastián, crearon una granja de flores, de aves de corral y una vaquería, que creó nuevas riquezas.

Años más tarde, la Compañía Internacional de Teléfonos Interurbanos, deseando establecerlos en España, buscaba un hombre de empresa para confiárselos. En Barcelona todos pensaron en Martí-Codolar. Pero había que depositar antes de veinticuatro horas una fianza de cien mil pesetas. Don Manuel y don Policarpo Pascual y otros allegados y amigos la aportaron y antes del plazo fijado, las tenían depositadas. Así la familia Martí-Codolar y Pascual quedará para siempre ligada a este adelanto patrio. La profecía de Don Bosco en aquella memorable tarde del 4 de mayo de 1886 estaba suficientemente cumplida.

Suficientemente, porque hubo otros extremos de los cuales no poseemos datos seguros.

A las cuatro de la tarde Don Bosco bajó, y con sus chicos paseó por los espléndidos jardines y le interesaron no poco la colección de aves acuáticas y terrestres, los camellos, osos, ciervos, elefantes, monos, cocodrilos y otros animales exóticos. Los aficionados sacaron bastantes fotografías, de las cuales se conocen hasta diez, todas diferentes.

El citado redactor de *El Correo Catalán* escribe: “El pavo real abrió su cola como para ufanarse y honrar a tal admirador; el elefante mostró sus blancos marfiles y agitó su trompa

con alegría; los pelicanos comparecieron a prestarle homenaje y hasta los camellos salieron a hincar la rodilla.

"Las muchachas de servicio, los labriegos, los criados y aun los niños pudieron libremente tener la satisfacción de hablar y de comunicar sus sentimientos al venerable anciano, que los oyó, los acarició y trató con la bondad angélica que establece hacia él una atracción invencible.

"Los niños salesianos merendaron servidos por las mismas señoras que concurrían a la fiesta... J. M. G."

Los arreboles de la tarde empurpuraban ya el poniente cuando el Santo dejó la quinta, con el mismo acompañamiento y ceremonial con que había venido. Algo de su espíritu quedaba allí, porque siempre se ha sentido flotando entre aquellos frondosos árboles y plantas bellísimas un no sé qué de misterioso y santo.

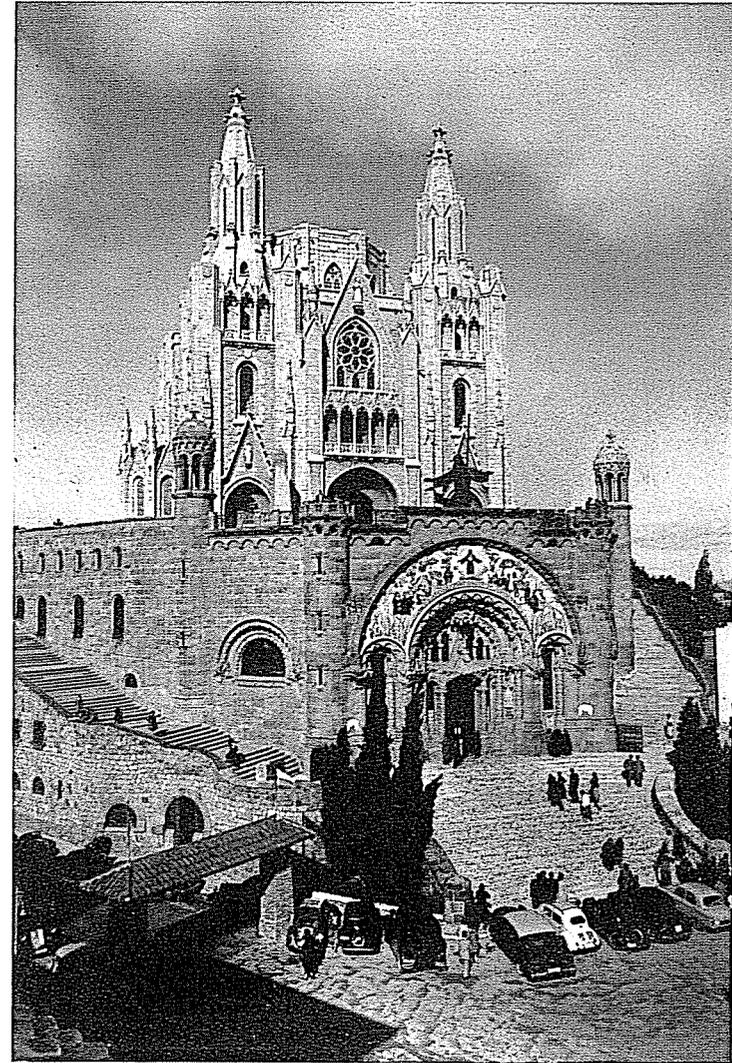
La familia Martí-Codolar, al igual que doña Dorotea, quedó para siempre vinculada a la Familia Salesiana, de un modo particular. Ya en su crónica escribió el secretario Viglietti:

"Parecerá cosa singular, y, sin embargo, creo no exagerar diciendo que en ningún sitio hemos hallado tanto afecto y tanta veneración por Don Bosco como en esta familia. Es Don Bosco mismo quien hoy me lo decía."

Este afecto y veneración tomó caracteres de ternura filial en la última enfermedad del Santo. Como sentía una inapetencia y atonía grande, esta familia no descansó hasta hallar entre los caldos andaluces uno que lo tonificara.

Y después de la muerte del Santo han seguido haciendo lo mismo con sus hijos. La casa de Sarriá les debe buena parte de lo que es. Y hay detalles de una finura que sólo a espíritus muy delicados se les pueden ocurrir, como aquel de la vaca de los cuarenta y dos litros diarios. Era, si no erramos, en 1912. El señor Martí-Codolar compró en Holanda aquella vaca, y en lugar de tenerla en su granja, la mandó a Sarriá.

Jamás faltaron en la fiesta de María Auxiliadora, y al día



El Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo en el año 1957.

siguiente de ella volvían a oír la Santa Misa y comulgar en la capillita privada en que Don Bosco celebraba cuando, durante su estancia, estaba muy cansado.

Y para la casa de San José, en Barcelona, y particularmente para Don Aime (no hablemos de Don Rinaldi) fueron padres y hermanos (1).

Después de la visita de Don Bosco, la "torre" recibió otras mejoras, como la suntuosa fachada en 1889.

Algo más tarde se construye "el Cigarral", cantado por Marquina, y donde escribe —en la temporada que como huésped pasa en la quinta— "En Flandes se ha puesto el sol".

Otros huéspedes ilustres albergó la finca: Fernando VII y su esposa María Josefa Amalia, en marzo de 1828; la Reina Cristina en 1888; en la quinta dejaba al reyecito Alfonso XIII mientras los actos oficiales; Don Rúa en 1899; Don Álbera en 1911; Don Rinaldi, ya Superior General, en 1926; Don Zigiotti en 1953...

La familia conservó con gran veneración algunos objetos: el rosario de Don Bosco, la estatuita de la Virgen y el crucifijo —muy hermosos— que tenía Don Bosco sobre su escritorio; avellanas de las multiplicadas, etc. Varias de esas reliquias se las regalaron a la casa de Sarriá.

(1) De labios de Don Aime oímos en Bogotá este relato, confirmado más tarde por el Padre Viñas: "Todos los años me invitaba don Luis el día de su Santo a comer con ellos, y de postre me daba una buena limosna, en lugar del puro habano. Solía llevar conmigo, porque así lo quería él, unos cuantos chicos cantores, con su maestro, que era el clérigo Guillermo Viñas. El año 1900 teníamos grandes obras de ampliación (en la casa de San José), y llegada la hora del café y del puro, y ya en la salita, sacó un fajo de billetes amarillos (de mil pesetas) y empezó a dármelos, contando:

—Uno, dos, tres... diez.

—Siga, don Luis, no tenga miedo.

—Once... quince.

—Sin miedo, don Luis.

—Dieciséis, diecisiete... veinticuatro. Y como éste es el número de María Auxiliadora, hagamos alto por hoy.

Los hijos sobrevivientes de don Luis y doña Consuelo Pascual: don Javier y doña Ángeles, han sellado con el broche de oro de una generosidad sin par las benemerencias de sus padres, cediendo a la Congregación la finca —que les tocó en herencia—. Allí se forman en los estudios superiores de Sagrada Teología los sacerdotes salesianos. Anualmente salen, para repartirse por las casas salesianas de la Inspectoría y por las Misiones del mundo, decenas de sacerdotes salesianos...

Pero esto ya pertenece a la historia contemporánea.

v

EL TIBIDABO

Famosa y muy popular es en Barcelona la Basílica de Nuestra Señora de la Merced, frecuentada también por numerosos forasteros que van a visitarla desde muy lejos. Don Bosco, el 5 de mayo, la víspera de su partida, quiso visitar a la bendita Virgen para darle gracias por los beneficios que durante su estancia en la ciudad le había con largueza concedido. Mucho antes de que llegara al templo, éste, la plaza y las calles próximas estaban llenas de gente. Recibido por muchos distinguidos señores, fue acompañado al presbiterio, donde un coro de niños entonó la "Salve". Después, el Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl, junto con otros personajes, se le acercó y le dijo:

—Para perpetuar el recuerdo de vuestra visita a esta ciudad, se han reunido estos señores, y de común acuerdo han acordado cederos la propiedad del monte "Tibidabo", a fin de que en la cumbre del mismo, que amenazaba convertirse en semillero de irreligión, se levante una ermita al Sagrado Corazón de Jesús, para mantener firme e indestructible la religión que con tanto celo y ejemplo nos habéis predicado, y es la herencia de nuestros padres.

El Santo, íntimamente conmovido, respondió:

—Me siento confuso de la inesperada y nueva prueba que me dais de vuestros sentimientos religiosos y de vuestra piedad. Os lo agradezco, y sabed que en este instante sois instrumento de la Divina Providencia, porque cumplís sus inescrutables designios. Cuando salí de Turín para venir aquí, pensaba entre mí: "Ahora casi está terminada la iglesia del Sagrado Corazón de Roma; preciso es que estudie otra empresa para honrar y propagar la salutífera devoción al Corazón de Jesús." Y una voz interior me dejaba tranquilo pensando que aquí podía satisfacer mi deseo; era una voz que me repetía: "Tibi dabo! Tibi dabo!"

Interrumpido por su llanto y por el de los circunstantes, Don Bosco continuó:

—Sí, señores; sois los instrumentos de la Divina Providencia; con vuestra ayuda muy pronto se elevará en ese monte un majestuoso santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, en el cual todos podrán acercarse a los Santos Sacramentos, y será un perpetuo recuerdo de vuestra caridad y de vuestro afecto a la religión católica, de la que tantas y tan hermosas pruebas me habéis dado (1).

Hállase Barcelona rodeada de bellas colinas, entre las que sobresale el llamado "Tibidabo", porque, según quiere la leyenda, ése es el monte adonde el demonio transportó al Divino Salvador, lo tentó y le dijo: "*Tibi dabo omnia regna mundi, si cadens adoráveris me.*" En aquel monte quisieron edificar, años antes, un templo protestante y hacer peor uso de él. Poco después de la visita de Don Bosco erigióse allí una capillita en honor del Sagrado Corazón, que costó doña Dorotea, y más tarde se emprendió la construcción del templo monumental, que el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid declaró "Templo Nacional Expiatorio". Su

(1) Por un cúmulo de circunstancias extrañas, la propiedad cedida a Don Bosco quedó luego reducida a la mera cumbre, y no toda. Aprovechándola bien, se ha podido cumplir la palabra.

espléndida cripta se abrió al culto divino en 1911, viniendo ex profeso a la inauguración el Reverendísimo Rector Mayor, Don Pablo Álbera. Arrasada en parte por los rojos en 1937, se restauró, terminada la Cruzada, y se prosiguió con celeridad el templo, que es una verdadera joya arquitectónica. Su finalidad, su emplazamiento, la manera como se va levantando lo hacen una maravilla única.

Unido a él florece un seminario menor para vocaciones sacerdotales y religiosas. Su Escolanía y su "Clero juvenil" dan gran esplendor a sus funciones.

Don Bosco profetizó que de allí saldrían muchos misioneros.

VI

LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

Era al caer de la tarde de uno de los primeros días de mayo. Don Bosco estaba sumamente fatigado y a Don Branda le pareció un poco preocupado también. Acompañándole al cuarto, le preguntó:

—Pero, Padre, ¿qué le pasa?

—Nada.

Insistió Don Branda, mas viendo que nada podía conseguir, fue a buscar a Don Rúa; y tanto le instaron los dos juntos, que al fin hubo de decirles:

—No quería hablar, pero me veo obligado a hacerlo; es necesario que cuente un sueño que he tenido. No sé si estaba dormido o despierto, pero se me ha aparecido la Santísima Virgen y me ha dicho: "¿Te acuerdas de cuando me aparecí a ti en Becchi y te profeticé todo lo que has hecho en Turín? Pues bien, ahora quiero hablarte, no sólo de tus Religiosos, sino también de tus Religiosas y del fruto que harán desde Oriente hasta Occidente. Y así como se cumplió aquello primero que te dije, así se cumplirá cuanto ahora te diré.

Calló, y aunque no quiso decir una palabra más, por lo

que hizo luego y sucedió después, se vio claramente que la Santísima Virgen le había impuesto un sacrificio mandándole fundar allí una casa de Religiosas Salesianas, y aun le indicó el sitio en que había de ser.

El 3 de mayo por la mañana, rodeado de gran número de sus hijos y paseando por el patio, manifestó deseos de ver toda la huerta hasta el extremo.

Al llegar allí se quedó parado, mirando una magnífica torre que al otro lado de la calle había, rodeada de huertos y jardines, y como si ya la hubiese visto en otra ocasión, dijo:

—Verdaderamente es ésa.

Luego, dirigiéndose a Don Branda, que estaba a su lado, añadió:

—Compra esa casa para las Hijas de María Auxiliadora y yo haré que vengan pronto.

Como estaba por aquel entonces Don Branda cargado de deudas y sin saber cómo acabar el segundo piso de los talleres, no estaba ciertamente muy dispuesto a aceptar aquel encargo; y así, para distraer de aquello a Don Bosco, lo llevó atrás hablándole de otra cosa.

Pero al poco rato vuelve Don Bosco a lo mismo, y le dice:

—Iré a Turín; hablaré con la Madre General; en Niza se prepararán las primeras Hermanas que han de venir a España, y cuando vayas a Turín, les enseñarás algo de español; luego las traerás contigo a Sarriá.

Respondióle Don Branda:

—Antes hay que hacer otras cosas.

—¿Cuándo irás a Turín?

—A fines de agosto.

—Bien. Pues cuando vayas, primero harás los Ejercicios Espirituales y luego enseñarás el español a las Hermanas que ya estarán aguardándote en Niza.

Tres días después, el 6 de mayo, partía Don Bosco de Barcelona para no volver más, y al despedirse por última

vez de su querido hijo Don Branda, mirándolo fijamente a la cara, le dijo:

—Entendidos, ¿eh? Prepárame la casa que te dije para las Hermanas.

* * *

Dos meses se pasaron sin hacer nada, consolándose entre tanto Don Branda con el pensamiento de que a veces también los santos tienen rarezas.

Pero como no le dejase el remordimiento de no hacer nada, y temiendo por otra parte disgustar a su santo Padre, acudió con su duda al común refugio de todos los salesianos de España por aquel tiempo, doña Dorotea de Chopitea.

Parecióle a esta señora completamente imposible poder obtener para las Hermanas Salesianas aquella casa, que además de pertenecer a un señor muy rico, estaba éste tan encariñado con ella, que jamás la dejaba ni aun para una corta temporada en Barcelona.

Y así, dijo:

—Lo único que podríamos hacer, sería pedirle por favor a ese señor que nos venda un trozo de terreno de su huerta; allí construiremos una casita para las Hermanas.

Ella misma se encargó de mandar a su hijo político, don Narciso María Pascual, para hacer esta proposición.

Cuando la oyó aquel señor rico, se indignó mucho.

—Pero, ¿cree usted —dijo— que a mí me hace falta dinero?

—De ninguna manera. Usted dispense. Si he venido aquí, ha sido únicamente para complacer a una persona para mí muy querida.

Y don Narciso salió inmediatamente de la casa, pidiéndole mil perdones.

Cuando se enteró Don Branda de esta escena, se alegró infinitamente, y mucho más cuando supo, poco tiempo después, que el señor Obispo acababa de prohibir terminantemente que viniesen a Barcelona nuevas Religiosas, pues “las

había ya en exceso”, y encargaba a todos los Párrocos de la Diócesis que de ningún modo le presentasen solicitudes para admitir nuevas Comunidades, pues todas serían rechazadas.

Con la alegría de pensar que ya no tenía obligación de buscar casa para las Hermanas, partió Don Branda para Turín.

Al llegar, supo que Don Bosco se hallaba en San Benigno Cavanese, y allí fue inmediatamente.

Apenas lo vio llegar, Don Bosco le dijo:

—¡Oh! ¿Ya estás aquí? ¿Cuándo has llegado? Mira, he tratado ya de las Hermanas que han de ir a Sarriá.

Don Branda, que quería hablar a solas con Don Bosco de este asunto, contestó:

—Primero tengo que hacer los Ejercicios y después preparar algunas provisiones.

—Sí, sí —dijo Don Bosco—, haz los Ejercicios Espirituales, prepara también tus provisiones y después... ¡entendidos!

Cuando pudo, le dijo Don Branda que el señor Obispo había prohibido terminantemente se introdujesen nuevas Religiosas en la Diócesis de Barcelona.

Oíale en silencio Don Bosco, y cuando hubo acabado, le dijo:

—Y la casa, ¿ya la has comprado?

—No, ni es posible, pues el dueño ni siquiera quiere que le hablen de eso.

—Bueno, bueno, tú irás a Turín y después a Niza, y no te marcharás sin que te lleses a las Hermanas.

No hubo más remedio; después de hacer sus Ejercicios Espirituales en Turín, fue a Niza para enseñar el español a unas pocas Hermanas que le estaban aguardando.

Desde allí escribió a doña Dorotea para ver si de algún modo se podía obtener el permiso del señor Obispo. Habló doña Dorotea con el Vicario General, y éste le dijo que estaba Su Excelencia tan puesto en no admitir nuevas Religiosas, que era completamente inútil hablarle de ello.

Apenas acababa de recibir Don Branda la carta de doña Dorotea en que le contaba todo eso, cuando recibe otra del Secretario del señor Obispo de Barcelona, en que le decía lo siguiente:

“Estamos en Arenys de Mar (a una hora de Barcelona): ha ocurrido un caso bastante doloroso. En una familia ha muerto de repente el padre; y la madre, por el dolor de tal pérdida, le siguió al sepulcro, dejando en orfandad un niño y una niña. La hermana del señor Obispo le suplica encarecidamente se haga cargo del niño, pues la niña ingresará en un benéfico Asilo de Religiosas.”

Don Branda contestó inmediatamente que con mucho gusto haría esta obra de caridad si pudiera, pero que por entonces no podía ser, por razón de la gran pobreza de los Salesianos; que a pesar de ello, se le ofrecía un medio para complacerle y atender a esta necesidad. Si la hermana del señor Obispo obtuviese de Su Excelencia el permiso para que se estableciesen en Sarriá las Hijas de María Auxiliadora, éstas se encargarían del arreglo de la ropa de los Salesianos, los cuales con esto ahorrarían gastos y con este pequeño ahorro se podría atender al mantenimiento y educación del niño.

La respuesta fue favorable.

He aquí suprimido el primer obstáculo.

Quedaba siempre el de la casa.

Don Branda escribió a Doña Dorotea desde Turín diciéndole: “Estoy aquí esperando a las Hermanas. Nuestra marcha no puede tardar mucho. Por amor de Dios, búsqume una casa.”

Doña Dorotea hizo cuanto pudo. Fue a ver a un sobrino soltero, que era Juez de Barcelona y tenía una torre en Sarriá. Le informó de todo y le pidió su casa para hospedar provisionalmente a las Hermanas.

El sobrino accedió gustoso y Doña Dorotea escribió a Don Branda: “Vengan ustedes.”

El 18 de octubre de 1886 llegaron a Marsella y el 21 a

Barcelona. Doña Dorotea los aguardaba en la estación. En su coche subieron con ella la Madre General y Don Branda. Sentados ya, les dio noticia de que no podían ir a la casa preparada, pues su sobrino tenía el tifus, pero en cambio su yerno, don Narciso María Pascual, les cedía por un mes la suya, situada frente al colegio de los Salesianos.

Todo el mes se empleó en buscar casa para las Hermanas, que al fin se encontró, aunque muy poco a propósito.

El 25 de diciembre de aquel mismo año, murió de repente el dueño de la posesión indicada, que Don Bosco había visto milagrosamente.

La heredera, hija única, estaba casada con un rico banquero de Barcelona, bienhechor insigne de los Salesianos.

Cuando algún tiempo después fue Don Branda a visitarle para cobrar las diez pesetas que cada mes le daba de limosna, recibida ésta, dijo tímidamente:

—Si no fuera molestarle, quisiera hacerle una pregunta.

—Diga.

—Su señora ¿no ha heredado una torre?

—Sí. ¿La quiere comprar? ¿Tanto dinero tiene? Ya me han ofrecido doscientas cincuenta mil pesetas. ¿Me quiere dar más?

—Al contrario, mucho menos.

—¿De dónde sacará el dinero?

—Del Banco de la Divina Providencia.

En esto sonó la señal de comer, y le dijo aquel señor:

—¿Usted no quiere comer?

—¡Oh, no! Yo debo continuar recogiendo las limosnas y no iré a comer hasta no haber terminado.

—¿Cuánto le falta?

—Cien pesetas.

—Si es tan poca cosa, se las daré yo y comerá con nosotros sin pérdida de tiempo.

Durante la comida, añadió Don Branda:

—¿Y la torre?

—Iré con mi señora a hacerles una visita.

—¿Cuándo?

—¿El día de Reyes.

—Bien, muy bien.

El día de Reyes fueron, efectivamente, y Don Branda lo había dispuesto todo para que fueran recibidos con toda solemnidad. A la puerta los esperaba la banda de música; visitaron toda la casa y se marcharon altamente satisfechos. Al salir le dice a Don Branda el señor Girona:

—Pase usted por mi casa.

Fue muchas veces y siempre con la intención de obtener la finca lo más barata posible. Tanto hizo, que el precio de la torre fue bajando a doscientas, ciento ochenta, ciento setenta y finalmente a ciento treinta mil pesetas.

Al fin, cansado de tanta insistencia, el señor Girona le dijo a Don Branda:

—Le vendo la torre porque mi mujer le ha tomado tal aversión después de la muerte de su padre, que no me ha permitido volver a entrar en ella. Pero le pongo una condición, sobre la cual no transijo, y es que al firmar la escritura me ha de pagar al contado las setenta mil pesetas por cuyo precio se la vendo a ustedes. Es ésta la suma que yo debo satisfacer al Estado por la sucesión de la herencia de mi mujer. Sin cumplir esta condición, no la vendo; no venga más a molestarte.

Corrió al punto Don Branda a casa de doña Dorotea para contarle lo ocurrido.

Mientras oía la señora esta historia, vio Don Branda que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

—¿Por qué llora? —le preguntó—. No se apure. Dejémoslo estar. Si no puede ser, es señal de que Dios no lo quiere.

—No, no; al contrario —se apresuró a decir la buena señora—. Estoy conmovida por otra cosa. Ha de saber que por la división del patrimonio he dado a cada uno de mis hijos grandes cantidades, reservándome sólo el usufructo de setenta mil pesetas que he depositado en un Banco especial,

pensando que si se perdiesen todos mis bienes, con esto podría vivir modestamente con María (la camarera). Ahora veo que Dios me quiere verdaderamente pobre, y lo seré... Conteste, pues, que las setenta mil pesetas están a punto.

—Pero, señora —dijo Don Branda—, piense bien lo que hace.

—Lo he pensado; las setenta mil pesetas son para la torre.

Volvió, pues, al punto don Branda a casa del banquero para cerrar el contrato.

Éste le dijo:

—Todavía una cosa: los gastos de la escritura, ya se entiende que son cosa suya; tres o cuatro mil pesetas.

Don Branda contestó:

—Por amor de Dios, piense lo que dice. Yo le puedo dar setenta mil pesetas porque las tengo, pero setenta y cuatro mil, no.

El banquero condescendió por caridad, y quedó cerrado el contrato.

* * *

Todo esto sucedía en el mes de marzo, y se fijó para firmar la escritura el 19, fiesta de San José; en este día fueron entregadas las llaves de la torre a los Padres Salesianos.

En resumidas cuentas, al cumplirse un año justo, a principios de mayo de 1887, de que la Santísima Virgen se había aparecido a Don Bosco y le había indicado el sitio donde quería que se estableciese en España la primera casa de las Hijas de María Auxiliadora, estas santas Religiosas estaban ya establecidas en ella, en el actual Paseo de San Juan Bosco.

Al abrirse el colegio se le dio el nombre de Santa Dorotea, en memoria de su fundadora, y al poco tiempo ya no habían en él las niñas que iban acudiendo.

Mandó entonces doña Dorotea agrandar la casa por detrás, construyendo, junto a la primitiva torre, un cuerpo de edificio de tres pisos, casi el doble de la primitiva casa.

En la planta baja estaba la capilla de María Auxiliadora, que recientemente ha sido trasladada a la hermosa iglesia construída en la huerta de la casa, bajo la dirección del arquitecto Marqués de Sagnier, con las limosnas de personas caritativas.

VII

LA PARTIDA

También el viaje de regreso fue un continuado triunfo. Dios quería glorificar a su Siervo.

El 6 de mayo partió de Barcelona. Celebró Misa en casa, inaugurando el nuevo altar de María Auxiliadora, entre la emoción general. Después de Misa, subió a su aposento y desde allí bendijo a la multitud, que lloraba y pedía volver a verlo. Al darles el último adiós, dijo que esperaba volver a verlos a todos en el Paraíso, donde serían recibidos, no por un pobre sacerdote, sino por María Santísima y por Jesús, para gozar de la eterna dicha.

Después de almorzar, volvió a la capilla para saludar a Jesús Sacramentado y bendecir a los internos, que afligidos y derramando lágrimas, estaban allí reunidos.

Los empleados del ferrocarril de Sarriá solicitaron el honor de verlo una vez más en sus coches, y le prepararon uno reservado, en el que le hicieron compañía las autoridades de Sarriá y varios cooperadores y amigos. En la penúltima estación, descendió y continuó el viaje en coche particular, a fin de evitar nuevas fatigas y conmociones en la estación de Barcelona; allí se le ofreció un coche-salón, en el que subieron a obsequiarlo los principales ingenieros del ferrocarril y los más ilustres bienhechores, algunos de los cuales lo acompañaron buen trozo del trayecto.

El prócer gerundés, don Joaquín Carles, deseaba que Don Bosco honrase su palacio. El Santo condescendió, tanto más que necesitaba algún descanso.

En la estación de Gerona le esperaba una muchedumbre inmensa, a cuya cabeza se encontraban las autoridades eclesiásticas y civiles. Descendió del tren, y en su carruaje, el señor de Carles le condujo al suntuoso palacio, ya honrado con la estancia de catorce reyes, y le hizo ocupar el mismo aposento en que habían reposado tantos augustos personajes.

En Montpellier recibió la visita del doctor Combal, que dijo de nuevo a Don Rúa:

—Don Bosco no tiene más enfermedad que un extremo desgaste. Si nunca hubiese hecho milagros, yo diría que el mayor de todos es su existencia. Es un organismo deshecho, es un hombre muerto de fatiga, pero todos los días continúa trabajando, come poco y, no obstante esto, vive; éste, para mí, es el mayor de los milagros.

El 15 de mayo por la tarde llegaba a Turín, acogido con gran ternura y entusiasmo, como era natural, después de una ausencia tan larga y un viaje tan fatigoso.

CAPÍTULO LXVII

Arreboles de ocaso

I

Lleno de gratitud, Don Bosco celebraba la solemnidad de María Auxiliadora, cuya vigilia fue realizada con el primer pontifical de Monseñor Cumino, Obispo de Biella, y el 24, con otro de Monseñor Chiesa, Obispo de Pinerolo, con asistencia del Cardenal Alimonda. Innumerables forasteros acudieron a dar gracias a María Auxiliadora por favores obtenidos; y Don Bosco dio de nuevo, con lágrimas en los ojos, la bendición a aquellas multitudes. Estaba cansado, sin alientos, y a punto de sucumbir; a pesar de ello, mártir del trabajo, quiso contentar a todos y hablar con todos... La víspera, al volver a su habitación, después de la conferencia a los Cooperadores, empleó tres cuartos de hora en atravesar el patio. Todos tenían una palabra que decirle o una bendición que implorar.

Una pobre madre le presentó un niño moribundo; después de pocos instantes, con el niño sano, ponía una limosna en las manos del Santo por la gracia recibida.

El 23 de junio fue a visitarlo el Presidente del Perú y le pidió con insistencia que enviase a los Salesianos a aquella República.

El día de San Juan, aunque muy debilitado, habló con tal viveza y entusiasmo, que impresionó grandemente a la reunión. Lo mismo ocurrió en las de los Antiguos Alumnos,

en las que elevó un himno de gracias a la Divina Providencia y predijo la expansión de la obra.

El 15 de julio, hablando de la obra de los Cooperadores Salesianos, decía a los sacerdotes allí reunidos: *“Acabáis de decir que la Obra de los Cooperadores Salesianos es apreciada por todos. Y yo añado que se extenderá por todos los países y se difundirá por toda la Cristiandad. Vendrá un tiempo en que el nombre de Cooperador será sinónimo de verdadero cristiano. ¡La mano de Dios la sostiene!”*

En sus últimos años, el pensamiento de Don Bosco se dirigía con frecuencia al porvenir de su Congregación. Un día de 1886, hablando del “sueño” que había tenido en Barcelona, decía conmovido:

—Yo no lo veré ya; pero mis hijos verán lo que María Santísima les ha preparado en la China.

Varias veces le sorprendieron mirando el mapa de África, de Angola, de Bengala y del Congo. Hablaba con frecuencia de Angola, diciendo que aquella misión se debía aceptar si la ofrecían (1).

Confaba en una gran expansión misionera también en el Brasil, y dijo que los salesianos tendrían en aquella república doscientas casas (que hoy existen ya).

El 15 de Agosto (1886) el Eminentísimo Cardenal Alimonda fue a felicitarlo por su cumpleaños y tuvo con él una larga entrevista. Aquella tarde durante la distribución de premios a los jóvenes estudiantes, en conmemoración de su nacimiento, llegó del Uruguay el misionero Don Luis Laksana. Con majestad prelatia y sencillez de niño avanzó por entre la multitud de chicos y padres de familia y autoridades y fue a sentarse a la derecha del Padre, habiéndole

(1) En 1890 los Salesianos aceptaron una fundación en Angola; poco después, la Misión del Congo Belga. En cuanto a China, la Obra Salesiana estaba tan floreciente cuando advino el comunismo, que tenía cuarenta centros de Misión y se registraban conversiones en masa.

cedido cortésmente el sitio quien lo ocupaba. Don Bosco lo hizo hablar, y él, que era un grande orador, relató que en el mes de mayo anterior le habían ofrecido medios para una fundación en Santiago de Chile, y cinco minutos después, recibió una copia del sueño que tuvo Don Bosco en Barcelona, que precisamente hablaba de una casa de Santiago.

* * *

En aquellos días se terminaba la fachada de la iglesia del Sagrado Corazón, según los planos del conde Vespignani.

El 31 de agosto (1886) se reunió el cuarto Capítulo General de la Sociedad Salesiana, el último que pudo presidir el Santo. Su aspecto y sus palabras edificaron a todos, pero sus achaques inspiraban preocupación. El 14 de septiembre por la mañana después de muchas vacilaciones se decidió a ir a Milán. El Arzobispo Monseñor Luis de Calaviana, le envió su carruaje a la estación, donde lo esperaban muchos señores, señoras y sacerdotes. Cuando lo vieron andar con tanto trabajo, encorvado pero sonriente, la multitud que se amontonaba y se postraba a su paso iba repitiendo: "¡He ahí un Santo!, ¡un gran Santo! ¡El Santo de Turín!"

El Arzobispo lo abrazó tiernamente, lo recibió con expresivas demostraciones de estima y amistad, y quiso que le diera su bendición.

Al día siguiente, el Padre Luis Lasagna habló a los Cooperadores en la iglesia de la Madonna dalle Grazie. Don Bosco entró en ella sostenido por el Arzobispo y por el célebre historiador César Cantú, que ya hacía años había sido con mucha complacencia suya, inscrito entre los Cooperadores Salesianos. Aquel gran templo estaba lleno de gente que admiraba la solemne escena en religioso silencio. Después del canto de un motete, el misionero desarrolló la conferencia y luego siguió la Bendición.

Don Bosco salió acompañado de las más afectuosas demostraciones de la multitud en la plaza y en las calles in-



Floración de santidad. Además del Padre, hay dos santos canonizados: Santa María Mazzarello y Santo Domingo Savio. Un Venerable: Don Rúa. Diez Siervos de Dios, cuyas Causas de Beatificación y Canonización siguen su curso: Don Andrés Beltrami, el Príncipe Augusto Czartorisky, Sor Teresa Valsé, Sor Magdalena Morano, el P. Mertens, Mons. Versiglia, el P. Caravario, Ceferino Namuncurá, doña Dorotea de Chopitea, Don Felipe Rinaldi. A ellos hay que añadir los 111 salesianos y dos Hijas de María Auxiliadora, martirizados durante nuestra Cruzada.

mediatas. Luego fue al Seminario de San Carlos, en donde le presentaron una niña sorda, la cual después de su bendición recobró el oído. Don Bosco se apresuró a volver al palacio arzobispal. Hasta allí lo siguió también un gran gentío, que le obligó a dar audiencias toda la tarde; y lo mismo tuvo que hacer al día siguiente, hasta la hora de su partida.

* * *

De allí a pocos días, se esparcieron nuevas alarmas sobre su salud. El 21 de septiembre el Director de *La Croix* de París telegrafaba al Superior del Instituto Salesiano en Turín: "Tomo viva participación desgracia ocurrida; rogamus telegrafíen pronto noticias de Don Bosco." Respondió Don Bosco mismo diciendo que estaba bien y que agradecía la atención. A pesar de ello, varios periódicos anunciaron que estaba gravemente enfermo. No había para tanto: era evidente que de día en día iba declinando; pero con su maravillosa energía, la fiebre del trabajo y su entrañable afecto a sus hijos, les inspiraba gratas esperanzas, aunque continuamente lo vigilaban y querían obligarle a descansar.

En aquel tiempo se preparaba a expedir una circular, traducida en varias lenguas, a los Cooperadores y a todos los jefes de Estado, a los ministros y a los más distinguidos personajes de Europa, lo mismo que a todos los periódicos, pidiendo socorros para todas las Misiones de América. También la remitió al Emperador de la China y al Sha de Persia, porque no trataba sólo de recoger limosnas sino de que su obra fuese universalmente conocida. La carta anunciaba también la próxima partida de otros treinta misioneros. Estos, en efecto, a las órdenes del Padre Lasagna, se despidieron de sus Hermanos al principio de diciembre.

El 4 de noviembre de 1886 fue abierta una nueva casa para la formación de personal en Foglizzo Canavese; diócesis de Ivrea. Se bendijo la capilla, y en ella, entre otros setenta y cinco aspirantes a la Sociedad Salesiana, vistió el honroso